La Calle del Terror: donde viven tus peores pesadillas. . .

LA CALLE DEL TERROR

La Chica Nueva

Tenía que conocer su secreto...
¡o morir en el intento!

R. L. STINE

¿Seguro Que Quieres Cruzar LA CALLE DEL TERROR?

Las cosas más horripilantes parecen ocurrirles a los que viven en la Calle del Terror.

El pueblo de Shadyside es bastante agradable. Y los estudiantes de Shadyside High parecen ser un grupo normal de chicos.

Entonces, ¿por qué todo el mundo cuenta esas historias sobre la Calle del Terror...?

Sobre terrores inexplicables, gritos perturbadores en la noche, pesadillas retorcidas...

Sobre personas que se aventura en los bosques de la Calle del Terror y nunca se les vuelve a ver...

Sobre extraños gritos nocturnos procedentes de la vieja mansión de Simón Fear, una casa abandonada desde hace cincuenta años...

Sobre adolescentes perdidos, incendios misteriosos, crímenes brutales, misterios sin resolver...

Sobre gente normal –gente como tú– que se adentran en la Calle del Terror... ¡y nunca vuelven a ser normales!

Adelante. Dé un paseo por la Calle del Terror. Esas historias no pueden ser ciertas. De ninguna manera. No puede haber tanto terror esperándote en una estrecha y vieja calle, ¿verdad?

Libro de R. L. Stine

La Calle del Terror: LA CHICA NUEVA
La Calle del Terror: LA FIESTA SORPRESA
La Calle del Terror: DURANTE LA NOCHE

Disponible de ARCHWAY PaperBacks

LA CALLE DEL TERROR

La Chica Nueva

R. L. STINE



AN ARCHWAY PAPERBACK
Publicado por POCKET BOOK
Nueva York Londres Toronto Sydney Tokyio Singapur

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

AN ARCHWAY PAPERBACK Original



Un Archway Paperback publicado por

POCKET BOOKS, una división de Simón & Schuster Inc.
1230 Avenue of the Americas, Nueva York, NY 10020

Traducido por: César Augusto Muñoz Muñoz (2024).

ISBN: 0-671-70737-X

Primera edición en rústica Archway junio de 1989

10 9 8 7 6 5 4 3 2

Impreso en EE. UU.

IL 6+

La Chica Nueva

prólogo

Adiós, Ana.

Adiós, Ana.

Mírala ahí abajo, toda arrugada. Su vestido todo arrugado.

A ella no le gustaría eso. Siempre fue tan pulcra.

No le gustaría la sangre, tan oscura y sucia.

Siempre fuiste tan perfecta, Ana. Siempre tan brillante y reluciente, como si nacieras cada día.

—Mi diamante—, decía siempre mamá.

¿Y quién era yo, entonces?

¿Quién era yo cuando eras la Pequeña Doña Perfecta?

Bueno, ahora eres perfecta. Estás perfectamente muerta, ja, ja.

No debería reírme. Pero fue tan fácil.

Nunca imaginé que sería tan fácil. Oh, soñé mucho con ello. Lo soñé y lo deseé, y, oh, me sentía culpable.

Pero nunca supe que sería fácil.

Un empujón.

Un empujón, y caíste.

Mírate ahí abajo, toda arrugada. Tan perfectamente arrugada.

Y ahora la puerta principal se está abriendo. Están regresando. Y empezando a llorar.

Es una tragedia horrible, después de todo.

Un horrible y trágico accidente.

Debo llorar por ti ahora. Y debo correr y decirles

—¡Anna está muerta, mamá!¡Ven rápido! Todo es demasiado horrible... ¡Pero Ana está muerta!"

capítulo 1

Cuando Cory Brooks vio a la chica nueva por primera vez, estaba de cabeza en el comedor.

En realidad, estaba haciendo el pino con una mano mientras equilibraba una bandeja de almuerzo llena en su mano libre, sus Converse negras de tiro alto se situaban correctamente donde de normal debería estar su cabeza.

Unos segundos antes David Metcalf, el mejor amigo de Cory y temerario compañero del equipo de gimnasia de Shadyside High, había sugerido que Cory no podía realizar tal hazaña.

—Eso es demasiado fácil, tío—, había dicho Cory, sacudiendo la cabeza. Cory nunca dejaba pasar la oportunidad de demostrarle a David que estaba equivocado. Dudó sólo un segundo, pasándose la mano por el pelo negro y rizado y mirando a través de la gran sala abarrotada para asegurarse de que ningún profesor le observaba. Luego se dio la vuelta en el

aire, aterrizó y se balanceó sobre la cabeza y la mano, sin inclinar siquiera la bandeja cargada.

Y ahora David estaba aplaudiendo y silbando su aprobación desde una mesa cercana, junto con varios otros espectadores riendo y animando. "¡Ahora hazlo sin manos!" David llamó.

—¡Sí, hazlo! —instó Arnie Tobin, otro compañero del equipo de gimnasia.

—¡Hazlo sin cabeza! —, gritó otro bromista. Todos se rieron.

Cory, mientras tanto, empezaba a sentirse un poco incómodo. La sangre se le subía a la cabeza. Se sentía un poco mareado y le empezaba a doler la parte superior de la cabeza por la presión contra el duro suelo de baldosas.

—¡Te reto a que te comas el almuerzo así! —David llamó, siempre desafiando a Cory a mayores glorias.

—¿Qué hay de postre? ¿Pastel al revés? –, gritó una joven desde cerca de las ventanas. Varios chicos gimieron y abuchearon su desaprobación de esta broma de mal gusto.

—¡Cory, qué buena pinta! —, gritó alguien.

—¿Qué está pasando? —, gritó una voz alarmada, la voz de un profesor.

Las bromas, las voces altas, los vítores y las risas parecieron desvanecerse cuando la chica nueva entró flotando a la vista de Cory. Era tan pálida, tan rubia, tan clara, tan hermosa, que al principio pensó que se la estaba imaginando. ¡Toda la sangre que le corría por la cabeza debía de hacerle ver cosas!

Caminaba en dirección a la pared del fondo, dirigiéndose rápidamente hacia la puerta doble. Cory sólo alcanzó a verla, del revés. Ella se detuvo para mirarle. Vio unos ojos azul pálido. Sus ojos conectaron con los suyos. ¿Sabía ella que él

la estaba mirando? ¿Estaba sonriendo o frunciendo el ceño? Era imposible saberlo desde su posición. Entonces ella sacudió su cabeza rubia, como si rompiera la conexión a propósito que ambos habían formado, y desapareció de su vista.

Esos ojos.

«¿Quién será?» pensó Cory. «Es increíble».

Pensando en la chica nueva, se olvidó de concentrarse en el delicado equilibrio que le mantenía erguido. La bandeja cayó primero. Luego Cory cayó, su cara se estrelló estrepitosamente sobre su comida, su pecho golpeó el suelo con fuerza, sus largas piernas se desparramaron detrás de él.

Toda la sala estalló en una ola de carcajadas y aplausos sarcásticos.

—¡Hazlo otra vez! —retumbó la voz de Arnie Tobin. Arnie podía eclipsar a cualquier multitud.

David se apresuró a ayudar a Cory a levantarse. "¿Alguna idea brillante más?" Cory gimió, quitándose los espaguetis y la salsa de tomate del pelo.

—La próxima vez cómprate un bocadillo —, dijo David, riéndose. Tenía el pelo color zanahoria y pecas casi igual de anaranjadas, y una risa chillona y aguda capaz de hacer que los perros agudizaran el oído a muchos kilómetros a la redonda.

Cory utilizó la parte delantera de su camiseta para limpiarse la salsa de los espaguetis de la cara. Cuando levantó la vista, la señora MacReedy, la monitora del comedor, estaba frente a él. No dijo nada. Se limitó a sacudir la cabeza.

—Lo siento —, dijo Cory, sintiéndose un completo estúpido

—¿Sobre qué? —preguntó la señora MacReedy, manteniendo la cara seria.

Cory se echó a reír. Menos mal que la señora MacReedy tenía sentido del humor.

—Fue idea de Arnie—, le dijo David, señalando hacia la mesa donde Arnie se metía palitos de pretzel en la boca de tres en tres.

—No creo que Arnie se le haya ocurrido nunca una idea—, dijo la señora MacReedy, todavía con la cara seria. Luego le guiñó un ojo a Cory y se marchó.

Todavía empapado de fideos y salsa de tomate, Cory se agachó para recoger la bandeja.

—Oye, David, ¿quién era esa chica?

—¿Qué chica?

—La chica rubia. La que se fue mientras...

—¿Quién? —David parecía confundido. Recogió los cubiertos desparramados de Cory y los arrojó sobre la bandeja.

—¿Una chica nueva?

—¿No la has visto? —Cory gimió.

—No. Te estaba viendo hacer el ridículo.

—¿Yo? ¡Fue idea tuya!

—No fue idea mía tirarme de cabeza en un plato de espaguetis.

—Ella es rubia y llevaba un vestido azul pálido.

—¿Quién?

—La chica que vi.

—¿Viste a una chica con un vestido en la escuela?

—No me crees, ¿eh? —Cory miró hacia la puerta como si todavía pudiera estar allí. Pero entonces su estómago gruñó, y recordó que acababa de arruinar su almuerzo sin haber probado ni un solo bocado.

—Oye, David, ¿tienes algo de dinero? Me muero de hambre.

—A mí no me mires, tío—, dijo David, sonriendo y retrocediendo.

—Venga. Me lo debes. —Cory dejó la bandeja en una mesa vacía y empezó a ir tras él.

—Ni hablar, tío.

—¿Dónde está tu almuerzo? Lo dividiremos. —Cory cambió de dirección y se dirigió hacia la mesa de David.

—¿Mi almuerzo? Olvídalo. No he...

Cory cogió la manzana de la bandeja de David, luego cogió un puñado de palitos de pretzel de la de Arnie.

—¡Eh, los necesito! —Arnie protestó, haciendo un movimiento inútil para recuperarlos.

—Sé bueno —, dijo Cory con la boca llena de manzana. —Tenemos entrenamiento después de clase, ¿verdad? Si no como, estaré demasiado débil para subirme a la barra de equilibrio.

—Me harás llorar—, dijo Arnie mientras partía los palitos salados de la mano de Cory y se metía los rápidamente en su propia boca.

—Tal vez el resto de nosotros tengamos una oportunidad.

Cory detectó algo más que un poco de resentimiento en Arnie. Se sentía mal por eso, pero ¿qué podía hacer? No podía evitar ser un gimnasta con más talento que sus compañeros de equipo. Había estado en el equipo universitario de gimnasia desde su primer año en Shadyside. Y el entrenador Welner realmente pensó que tenía una oportunidad de hacer todos los campeonatos estatales en la primavera siguiente.

«Menos mal que el entrenador no me vio caer en mi almuerzo», pensó Cory. Se terminó los últimos palitos de Arnie y sorbió las últimas gotas de la leche con chocolate de David, luego aplastó el envase de cartón en la mano.

—Un almuerzo bien equilibrado—, dijo, eructando.

Arnie estaba ocupado mostrando a David una nueva forma de dar cinco bofetadas a alguien. Tenía una mirada seria en su cara normalmente sonriente y golpeaba la mano de David una y otra vez, tratando de hacerlo bien.

—Así no, imbécil—, repetía.

Cory no sabía quién era el imbécil.

—Hasta luego—, les dijo, tirando el cartón de leche aplastado en una papelera a medio camino de la habitación. No levantaron la vista.

Se dirigió hacia las puertas dobles, ignorando a algunos chicos que se reían de su camisa manchada y de la salsa de tomate congelada en su pelo.

—Eh, Cory, piensa rápido—. Alguien le lanzó un cartón de leche. Rebotó en una mesa y cayó al suelo.

No se dio la vuelta. Estaba pensando de nuevo en la chica del vestido azul. Sólo la había visto unos segundos, boca abajo. Pero sabía que era la chica más guapa que había visto nunca.

Maravillosamente hermosa.

La frase le vino a la cabeza.

Se dio cuenta de que la estaba buscando mientras se dirigía a su taquilla.

«¿Dónde está? ¿Quién es? No la había imaginado... ¿verdad?»

—Hey, Cory... ¿nadaste en tu almuerzo?

No se giró para ver quién era. Se dio cuenta de que debía tener muy mal aspecto. De repente esperó no encontrarse con la chica ahora. No quería que ella lo viera con salsa de tomate en el pelo y por toda la camisa.

Se paró frente a su taquilla, intentando decidir qué hacer. «¿Hay tiempo para ir a las duchas?» Miró el reloj. No. había llegado la hora.

El timbre de la quinta hora sonaría en menos de dos minutos. Tal vez podría faltar a inglés. No. El Sr. Hestin estaba explicando la tarea de hoy.

Lisa Blume se acercó y empezó a girar la cerradura combinada para abrir su taquilla. Abrió el candado y le miró.

—Estás estupendo.

—Gracias. —Se miró la camisa. —¿Esto te recuerda a cuando éramos pequeños?

—No. Entonces estabas más arreglado. —Ella se rio.

Cory y Lisa llevaban toda la vida viviendo uno al lado del otro en el barrio de North Hills.

Habían jugado juntos desde que eran pequeños. Sus dos familias estaban tan unidas que eran como una gran familia.

Al vivir tan cerca, Cory y Lisa se habían hecho grandes amigos, incluso en aquellos años en los que los niños sólo juegan con niños y las niñas sólo con niñas. Ahora, como adolescentes, se conocían tan bien, se sentían tan cómodos el uno con el otro, que su amistad parecía parte natural de la vida.

Lisa era guapa y morena, tenía el pelo largo y negro que le caía en rizos hasta los hombros, los ojos negros en forma de diamante y los labios oscuros que se curvaban en una media sonrisa cada vez que decía algo gracioso, algo que solía ocurrir con mucha frecuencia. Muchos chicos decían que parecía una estrella de cine. Lisa fingía no sentirse halagada por esa comparación, pero en el fondo se sentía muy complacida por esos cumplidos.

Ahora estaba parada delante de su taquilla mientras miraba fijamente a Cory.

—Estaba haciendo el pino en el comedor—, le dijo él como si eso justificara por completo el porqué del aspecto que tenía.

—Otra vez no—, dijo ella. agachándose para recoger algunos libros del fondo de la taquilla.

—¿Para quién estabas presumiendo esta vez?

Su pregunta le molestó.

—No he dicho que estuviera presumiendo. Sólo dije que estaba de cabeza.

—David te retó a hacerlo. ¿Verdad?

—¿Cómo lo supiste?

—Cuestión de suerte. —Se levantó, con los brazos llenos de folios y cuadernos. —No puedes entrar así a clase. Hueles a pizza.

—¿Qué puedo hacer?

—Toma. Te presto una camiseta—. Volvió a agacharse para rebuscar en la desordenada taquilla.

—¿Una camiseta de chica? No puedo llevar una camiseta de chica—. Agarró la manga de su jersey y empezó a tirar de ella hacia arriba.

Ella se zafó de su agarre.

—No es una camiseta de chica. Es de Gap. Es para chicas o chicos. Ya sabes. Es sólo una camiseta—. Sacó la camiseta de rayas blancas y negras y se la tendió. — ero lávate el pelo antes de ponértela.

Sonó el timbre de aviso. Las puertas de las taquillas se cerraron de golpe. El pasillo se quedó en silencio y los chicos desaparecieron en sus clases de quinto curso.

—Sé realista. ¿Cómo puedo lavarme el pelo?

Señaló la fuente que había al otro lado del pasillo. Él le sonrió agradecido.

—Eres lista, Lisa. Siempre he dicho que eras lista.

—Eso es un verdadero cumplido viniendo de un tipo que mete la cabeza en sus espaguetis—, dijo ella, su boca embozó esa media sonrisa familiar e irónica.

—Mantenme el agua abierta—, dijo él, caminando rápidamente hacia la fuente. Miró por el pasillo para asegurarse de que nadie le observaba. El pasillo estaba casi desierto.

—De ninguna manera, Cory. No quiero llegar tarde—. Ella le siguió de todos modos. —Y sinceramente no quiero que me vean contigo con esas pintas que llevas.

—Eres mi amiga, Lisa.

No la vio fruncir el ceño. Ella odiaba esa palabra. Odiaba ser solo una amiga. Suspiró y giró el pomo del agua. Luego se quedó allí esperando que no pasara nadie mientras él hundía la cabeza en la fuente y luchaba frenéticamente por restregarse la salsa seca de sus rizos enmarañados y llenos de tomate.

Sonó el timbre. Ella soltó rápidamente la fuente.

—Cory, tengo que irme.

Se levantó, con el agua cayéndole por la cara.

—Menos mal que el agua de esta fuente nunca se enfría—, dijo. Se quitó la camiseta manchada y se secó el pelo con ella.

—Cory... de verdad. No quiero llegar tarde—. Le tiró la camiseta limpia y, luchando por sujetar su brazo cargado de libros, corrió a clase.

La camiseta a rayas cayó al suelo delante de las zapatillas de Cory. Todavía frotándose el pelo con la camiseta sucia, se agachó para recogerla.

Cuando se levantó, volvió a verla.

Primero vio su vestido azul. Luego vio su pelo rubio.

Estaba a mitad del pasillo, yendo deprisa a clase. Había algo extraño en su forma de moverse. Sus pies no hacían ruido al correr. Era tan ligera que parecía flotar a unos centímetros del suelo.

—Eh, espera...—, la llamó.

Ella le oyó. Se detuvo y giró la cabeza, con el pelo rubio revoloteando tras ella. Una vez más, sus ojos azules se cruzaron con los de él. ¿Qué había en sus ojos? ¿Era miedo?

Sus labios se movieron. Le estaba diciendo algo, pero él no podía oírla.

—Por favor, no hagas esto...

«¿Es eso había dicho? No.»

No era eso. No podía ser eso. Cory leía muy mal los labios.

«¿No hagas esto?»

No.

¿Qué había dicho realmente? ¿Por qué parecía tan asustada?

—Por favor, espera...— la llamó.

Pero ella desapareció dentro de un aula.

capítulo 2

Cory cerró de golpe la taquilla del gimnasio y golpeó con rabia su puño contra ella.

—Oye, ¿qué te pasa, tío? —David preguntó, todavía en su práctica sudaderas.

—¡Apesto! —gritó Cory. —Hoy parecía un estúpido en las barras.

—¿Qué más hay de nuevo? —dijo David encogiéndose de hombros. —Al menos no te has torcido el tobillo—. Se frotó el tobillo, que estaba hinchado casi hasta el tamaño de una pelota de softball.

—Hasta luego—, murmuró Cory con disgusto. Arrojó su toalla mojada sobre la cabeza de David y salió enfadado por la puerta del vestuario. Acababa de tener el peor entrenamiento del año, tal vez de su vida. Y sabía por qué.

Era la chica nueva.

Cory llevaba tres días buscándola. No la había visto desde aquel breve instante en aquel pasillo antes de la quinta hora del lunes. Pero desde entonces no había sido capaz de quitársela de la cabeza. Era tan hermosa.

Incluso había soñado con ella aquella primera noche que la vio.

En el sueño estaba comiendo tranquilamente en el colegio. Ella parecía flotar por el comedor. Se acercó a su mesa, sus ojos azules brillaban como el océano a la luz del sol. Se inclinó hacia él y su pelo le cayó sobre la cara, suave y fragante.

Empezó a besarle la cara, la mejilla, la frente, la otra mejilla, besos suaves, tan suaves que él no podía sentirlos.

Quería sentir sus besos. Intentó sentirlos. Pero no sentía nada.

Levantó la mano para tocarle la cara. Su mano pareció atravesarla.

Y se despertó.

El sueño permaneció con él. Debería haber sido un sueño agradable, un sueño emocionante. Pero no lo fue. Había algo inquietantemente frío en aquel sueño. ¿Por qué no podía sentir sus besos o tocar su cara?

Durante los tres días siguientes, la buscó en el comedor y en los pasillos entre clase y clase. Incluso había esperado en la puerta principal después de clase, con la esperanza de verla. Pero no había aparecido. Y ninguno de los chico a los que Cory había preguntado sabía quién era aquella chica ni recordaba haberla visto.

Ahora, mientras caminaba por el pasillo vacío, intentaba pensar por qué había sido tan inoportuno durante el entrenamiento de gimnasia, pero su cabeza seguía flotando en su mente. Y una vez más la imaginó flotando por el pasillo.

—¿Eres real? —preguntó Cory en voz alta, su voz resonando en las paredes de azulejos.

—Sí, soy real. Pero ¿qué eres tú? —, respondió la voz de una chica, que casi le sacó de su asombro.

—¿Eh? —Se dio la vuelta y encontró a Lisa detrás de él, con una mirada interrogante.

—¿Hablas solo estos días?

Sintió que se le enrojecía la cara.

—¿Qué haces aquí? Son más de las cinco.

—También es mi escuela, ya sabes. Puedo quedarme todo el tiempo que quiera. Ustedes los deportistas se creen los dueños.

Se encogió de hombros. No estaba de humor para bromear con ella.

—Estaba trabajando en el Espectador. Lo estábamos pegando hoy.

Lisa era subdirectora del periódico del instituto Shadyside.

—¿Supongo que estabas haciendo piruetas en el gimnasio?"

—No son piruetas—, dijo malhumorado. —Tenemos un partido contra Mattewan el viernes por la noche.

—Buena suerte—, dijo ella, dándole un puñetazo en el hombro. —Son bastante buenos, ¿verdad?

—No son tan buenos.

Caminaron por el pasillo, sus pasos resonaban con fuerza. En sus taquillas se detuvieron para sacar sus chaquetas y mochilas.

—¿Te vas a casa? —preguntó Lisa. —¿Quieres que te acompañe?

— Claro —, dijo, aunque en realidad no quería.

Salieron por la puerta trasera y bajaron al aparcamiento de profesores. Más allá del aparcamiento estaba el estadio de

fútbol, un óvalo de hormigón con largas gradas de madera a ambos lados. Y detrás del estadio estaba Shadyside Park, un amplio parque de hierba lleno de robles centenarios, sicómoros y sasafrás, que descendía gradualmente hasta las orillas del río Cononconka, en realidad un estrecho arroyo serpenteante.

La cercanía del parque lo convertía en un lugar de encuentro vespertino para casi todo el mundo que no tuviera un trabajo extraescolar. Era ideal para quedar con los amigos, relajarse, disfrutar de picnics extraescolares o fiestas improvisadas, estudiar, besarse, jugar partidas interminables al frisbee, echar la siesta o simplemente contemplar las ardillas o el lento fluir del río.

Pero esta noche no. El viento era frío y borrascoso, y agitaba marañas de hojas marrones en espiral sobre el aparcamiento. Abrochándose las chaquetas contra el frío inesperado, Cory y Lisa miraron hacia un cielo cerrado y oscuro, un cielo de noviembre, un cielo de nieve.

—Vayamos por delante—, dijo él. Se dirigieron hacia la parte delantera del colegio. Ella se apoyó en él mientras caminaban. Supuso que intentaba entrar en calor.

—Supongo que es invierno de verdad—, dijo ella.

Tomaron Park Drive y se dirigieron hacia North Hills, un paseo que habían hecho juntos miles de veces. Esta noche le pareció diferente. Supuso que estaba de mal humor.

Permanecieron en silencio durante largo rato, inclinados cuesta arriba, con el viento azotándoles primero a sus espaldas y luego soplándoles con fuerza en sus cara. Luego hablaron los dos a la vez.

—¿Has visto a una chica con el pelo rubio y...?. —dijo él.

—¿Vas a hacer algo este fin de semana? ¿El sábado por la noche? —dijo ella.

Los dos dejaron de hablar al mismo tiempo y volvieron a empezar al mismo tiempo.

—Tú primero. —Ella le empujó.

—No. Tú. —Él le devolvió el empujón, pero no tan fuerte.

Un coche les tocó el claxon. Probablemente alguien de la escuela. Un Honda Accord azul oscuro pasó a toda velocidad. Estaba demasiado oscuro para ver quién iba dentro con tanta prisa.

—Te pregunté si ibas a hacer algo el sábado por la noche—, dijo ella, apoyándose de nuevo contra él.

—No. Creo que no.

—Yo tampoco —, le dijo ella. Su voz sonaba rara, un poco tensa. Pensó que sería por el viento.

—¿Has visto a una chica con el pelo rubio y grandes ojos azules? —, le preguntó.

—¿Qué?

—Una chica muy guapa, pero de aspecto extraño. Un poco anticuada. Muy pálida.

Ella le soltó el brazo. Él no vio la expresión de decepción en su cara.

—¿Te refieres a Ana? —, preguntó.

Dejó de caminar y se volvió hacia ella, con expresión repentinamente asombrada. Las farolas se encendieron. Parecía que se estaba iluminando por la respuesta de ella.

—¿Ana? ¿Así se llama? ¿La conoces?

—Es una chica nueva. Muy pálida. Rubia. ¿Lleva el pelo peinado hacia atrás con un pasador delante? ¿Lleva vestidos todo el tiempo?

—Sí. Es ella. Ana. ¿Cuál es su apellido?

—No lo sé —, espetó Lisa, y luego se arrepintió de haber revelado lo molesta que estaba. —Corwin, creo. Ana Corwin. Está en mi clase de física de tercero.

—Vaya —, dijo, sin moverse, con los árboles proyectando sombras sobre su cara al doblarse con el viento.

—Tú la conoces. ¿Cómo es?

—No, Cory, no la conozco. Ya te lo he dicho. Es una chica nueva. No la conozco de nada. Nunca dice una palabra en clase. Se sienta en la última fila, pálida como un fantasma. Se ausenta mucho. ¿Por qué tienes tanto interés en conocerla?

—¿Qué más sabes? —preguntó Cory, ignorando su pregunta. —Venga.

—Ya está—, dijo Lisa con impaciencia. Empezó a caminar delante de él, dando largas zancadas.

—Creía que me la había inventado—, dijo corriendo para alcanzarla.

—No. Es real—, replicó Lisa. —No parece real. Pero lo es. ¿Estás enamorado de ella o algo así? Oh. Ya sé. David y tú hicisteis una apuesta para ver quién conseguía antes una cita con ella—. Ella lo empujó de nuevo, casi tirándolo de la acera. —Tengo razón, ¿no? Vosotros siempre os metéis con las chicas nuevas.

De nuevo él pareció no oírla.

—¿No sabes nada más de ella? ¿En qué clase está? ¿Dónde vive?

—Oh. Sí. Lo he oído. Se trasladó aquí desde Melrose. Su familia se mudó a una casa en la Calle del Terror.

—¿Calle del Terror? —Cory se detuvo en seco petrificado.

La Calle del Terror, una calle estrecha que serpenteaba junto al cementerio de la ciudad y de los espesos bosques en el extremo sur de la ciudad, tenía un significado especial para todos en Shadyside. La calle estaba maldita, decía la gente. La fachada ennegrecida de una mansión quemada, la antigua mansión de Simón Terror, se alzaba en lo alto de la primera manzana de la calle Fear, con vistas al cementerio y

proyectando sombras espeluznantes que se extendían hasta los oscuros y frondosos bosques. Se decía que de la mansión salían aullidos aterradores, mitad humanos, mitad animales, horribles gritos de dolor, a altas horas de la noche.

La gente de Shadyside creció escuchando historias sobre la Calle del Terror: sobre personas que se adentraban en sus bosques y desaparecían para siempre; sobre extrañas criaturas que supuestamente vagaban por los bosques de la Calle del Terror; sobre misteriosos incendios que no podían apagarse y extraños accidentes que no tenían explicación; sobre espíritus vengativos que rondaban por las viejas casas y merodeaban entre los árboles; sobre asesinatos sin resolver y misterios inexplicables.

Cuando Cory y Lisa eran niños, a sus amigos les gustaba retarse a pasear por la Calle del Terror de noche. Era un reto que pocos niños estaban dispuestos a aceptar. Y los que lo hacían nunca permanecían mucho tiempo en la Calle del Terror. Ahora, aunque Cory era mayor, las palabras “Calle del Terror” seguían produciéndole muchos escalofríos.

—Creo que Anna debería estar en la Calle del Terror—, dijo Lisa, dedicándole a Cory una media sonrisa. —Podría embrujar una de esas viejas casas tan bien como cualquier fantasma.

—Creo que es la chica más guapa que he visto nunca—, dijo él, como si sintiera que tenía que defenderla de todos los ataques.

—Entonces, ¿tienes una apuesta con David o qué? —, preguntó ella.

—No—, espetó él, ensimismado.

Llegaron a sus casas, viviendas unifamiliares de tejas oscuras, casi idénticas, alejadas de la calle tras altos setos de árboles de hoja perenne, en amplios jardines bien cuidados,

como la mayoría de las casas de North Hills, la zona más bonita de la ciudad.

—Sobre el sábado por la noche...—, volvió a intentarlo.

—Sí. Sí, claro. Hasta mañana—, dijo él, y empezó a trotar por el largo camino asfaltado hasta su casa. Ana. Ana Corwin. El nombre se repetía en su mente. Qué nombre tan bonito y sofisticado.

—Así es, operadora. El apellido de la familia es Corwin. Debe ser un número nuevo. En la Calle del Terror.

—Lo estoy buscando, señor—, dijo la operadora de información. Hubo un largo silencio.

«¿Por qué me pone tan nervioso llamar al servicio de información?», se preguntó Cory.

Había pensado en Ana durante toda la cena. Ahora, en su habitación, se había decidido conseguir su número de teléfono. «Sé que voy a estar demasiado nervioso para llamarla», pensó. Sólo quiero conseguir su número. Por si algún día quiero llamarla.

Hubo un largo silencio. Estaba inclinado sobre el escritorio de su habitación, con el lápiz sobre el bloc amarillo que tenía cerca del teléfono.

—Sí, lo encontré. Es un número registrado recientemente—. La operadora le leyó el número y él lo apuntó.

—¿Y cuál es su dirección en la Calle del Terror, operadora?

—Se supone que no debemos darla, señor.

—Vamos. Prometo no decírselo a nadie—. Cory se rio.

Sorprendentemente, la operadora también se rio.

—Supongo que no pasará nada. De todas maneras, es mi última noche. Es el Cuarenta y Cuatro de la Calle del Terror.

—Muchas gracias, operadora. Eres una buena persona.

—Tú también eres agradable—, dijo ella, y se desconectó rápidamente.

Cory se quedó mirando el número de teléfono de Ana en el bloc amarillo. «¿Debía llamarla?»

«Si la llamaba, ¿qué le diría?»

«Llámala, Cory. Llámala. No seas tan gallina. Es sólo una chica, después de todo. Claro, es la chica más hermosa que hayas visto. Pero es sólo una chica.»

Levantó el auricular. Tenía la mano fría y húmeda a pesar del calor que hacía en la habitación. Se quedó mirando el número en el bloc amarillo hasta que se desdibujó ante sus ojos.

«No. No puedo llamarla. ¿Qué le diría? Tartamudearía y parecería un imbécil. Ella ya piensa que soy un imbécil después de verme de cabeza en el comedor. ¿Cómo se me ocurrió aceptar?»

Colgó el auricular del teléfono.

«No. No puedo. No puedo.»

«Claro. ¿Por qué no?»

Levantó el auricular.

«Esto es estúpido. Voy a hacer el ridículo. Marcó su número de teléfono.»

«Cuelga el teléfono, Cory. No seas idiota.»

Sonó una vez. Dos veces.

«Tal vez ni siquiera recuerde quién soy.» Volvió a sonar. Otra vez.

«No hay nadie en casa, supongo. ¡Uf!»

Dejó que sonara cuatro veces más. Estaba a punto de colgar cuando oyó un clic al otro lado, y la voz de un joven respondió:

—¿Sí?

—Oh. Hola. —Por alguna razón no esperaba que contestara nadie más que Ana. De repente tenía la boca tan seca que se preguntó si podría hablar.

—¿Sí?

—¿Está Ana?

—¿Qué?

¿Quién era este tipo? ¿Por qué sonaba tan molesto? Tal vez Cory lo había despertado.

—Lo siento. ¿Es esta la casa Corwin? —Preguntó Cory.

—Sí, lo es—, gruñó el joven en su oreja.

—¿Podría hablar con Ana, por favor?

Hubo un silencio muy largo.

—Lo siento. Somos los Corwin. Pero aquí no hay ninguna Ana.

El teléfono se cortó.

capítulo 3

Cuando Cory llegó a la escuela a la mañana siguiente, Ana Corwin fue la primera persona a la que vio.

Llovía con fuerza, una lluvia helada impulsada por vientos borrascosos. Entró corriendo en el edificio por la puerta principal, con la americana puesta por encima de la cabeza. Sus zapatillas mojadas resbalaron por el suelo y casi chocó con ella.

—Oh. —Se agarró a la pared y se detuvo. Se bajó la chaqueta y se quedó mirándola. Su taquilla era la primera junto a la puerta. Ella estaba sacando libros del estante superior y no pareció darse cuenta de que él casi choca con ella.

Llevaba un jersey blanco sobre una falda gris. Llevaba el pelo recogido con una cinta blanca.

Está tan pálida, pensó. Es como si casi pudiera ver a través de su piel.

De repente, la voz áspera del joven al teléfono volvió a él. "Somos los Corwin. Pero aquí no hay ninguna Ana."

Bueno, aquí estaba.

¿Qué intentaba demostrar aquel tipo? ¿Por qué le había mentido a Cory?

Tal vez era un novio celoso, pensó Cory. O tal vez Cory se había equivocado de número y el tipo le estaba gastando una broma pesada.

—Hola—, dijo, bajándose la mochila del hombro. Un chorro de agua se derramó de ella, sobre sus zapatillas ya empapadas.

Se giró, sorprendida de que alguien le estuviera hablando. Sus ojos, esos increíbles ojos, miraron los de él, y luego bajaron rápidamente la mirada.

—Hola—, dijo. Luego se aclaró la garganta, nerviosa.

—Eres nueva—, dijo.

Brillante frase, Cory. Guau, eso es un verdadero ganador. Le dices dos palabras y ya sabe lo idiota que eres.

—Sí—, dijo ella. Se aclaró la garganta de nuevo. Su voz era poco más que un susurro. Pero parecía contenta de que le hablara.

—Te llamas Ana, ¿verdad? Yo soy Cory Brooks.

Eso está un poco mejor, Cory. Cálmate. Lo estás haciendo bien.

Extendió la mano para estrechársela. Tenía que tocarla, para estar seguro de que era real. Pero su mano estaba empapada. Ambos se quedaron mirándola. La recogió rápidamente.

—Encantada de conocerte—, dijo ella, volviéndose para buscar algo en su taquilla.

—Te has mudado a la calle del Miedo, ¿verdad? —Era casi la hora de que sonara la campana, pero no quería dejarla. Había tardado tanto en encontrarla.

—Sí. —Se aclaró la garganta.

—Debes ser muy valiente. ¿Has escuchado todas las historias de miedo sobre la Calle del Terror? Sobre los fantasmas y esas cosas de...

—¿Fantasmas? —Sus ojos se abrieron de par en par y su cara se llenó de un susto tan repentino, que él se arrepintió inmediatamente de haberle preguntado eso. Ella pareció palidecer aún más. —¿Qué clase de historias?

—Sólo historias—, dijo rápidamente. —No todas son ciertas, creo.

Bien hecho, Cory. ¿Eso fue lo único que se te ocurrió decir? ¿Qué tan débil puedes llegar a ser?

—Oh—, dijo en voz baja. El miedo no desapareció de sus ojos.

«Es tan bonita», pensó. Todo en ella es tan suave, tan ligero.

Su sueño sobre ella regreso a su mente. Le hizo sentir un poco avergonzado.

—¡Eh, Cory, estás muy guapo! —, le llamó un chico..

Se giró para ver quién era. Era Arnie, que le hacía señas de aprobación desde el fondo del pasillo.

—¡Hasta luego, Arnie! —, le dijo.

Vio a Arnie entrar en la carpintería y luego regreso su mirada hacia Ana.

—Llamé a tu casa anoche. Sólo quería saludarte. Uh... un tipo contestó y dijo que no vivías allí. ¿Me equivoqué de número de teléfono, o...?

—No—, susurró ella, cerrando su taquilla y echando el pestillo.

Luego se dio la vuelta sin mirarle y echó a correr por el pasillo, desapareciendo entre la multitud de chicos que se dirigían a clase.

—Buen salto—, dijo el entrenador Welner, dándole a Cory una palmada en la espalda. Cory, que aún respiraba con dificultad, sonrió al entrenador. Sabía que había hecho un buen salto, pero siempre era agradable oírlo del entrenador. El Sr. Welner, un hombre de aspecto severo y poderoso, con un físico de culturista a pesar de tener unos cincuenta años, era parco en cumplidos. Así que cuando decía algo bueno, significaba algo.

Detrás de ellos continuaba el partido contra Mattewan, el primero de la temporada. Cory miró al banquillo en busca de David, preguntándose si su amigo habría presenciado su rutina casi perfecta. Entonces recordó que David se había torcido el tobillo en el último entrenamiento. David estaba en algún lugar en las gradas sintiendo lástima por sí mismo y siendo miserable.

—Ahora, no presiones demasiado fuerte en los anillos—, advirtió el entrenador Welner. —Te has estado presionando, tratando de ir demasiado rápido ahí arriba, y te ha estado sacando de tu ritmo.

—Sí—, dijo Cory, todavía tratando de recuperar el aliento.

—¿Te sientes nervioso? —, preguntó el entrenador, mirando fijamente a Cory como si tratara de ver el nerviosismo en sus ojos.

—No, la verdad es que no. Sólo emocionado.

—Bien. Eso es lo que queremos—. El Sr. Welner parecía muy contento. —Sólo recuerda, no lo presiones. Lo hará más fácil. —Se apartó de Cory y dejó escapar un fuerte gemido. —Levántate, Tobin. Puedes descansar más tarde.

Arnie acababa de hacer la voltereta hacia atrás para terminar su salto en la colchoneta, había aterrizado de espaldas. Los veinte o treinta espectadores de las gradas se partían de risa. La cara de Arnie se puso colorada mientras se levantaba y se desplomaba sobre la colchoneta.

El entrenador Welner cerró los ojos y sacudió la cabeza con asco. El resbalón de Arnie no iba a ayudar al equipo de Shadyside a puntuar. Y el salto de pie era la mejor parte del programa de Arnie. Era un completo torpe en las anillas, y su trabajo en las barras paralelas era, como mínimo, irregular.

Los chicos de Mattewan eran enanos comparados con Cory y sus compañeros. Pero eso les daba una ventaja. Eran ligeros, fuertes y ágiles.

«Un tipo como Arnie debería jugar de delantero en el equipo de fútbol», pensó Cory. «¿Qué le hizo querer ser gimnasta?»

¿Qué hizo que Arnie decidiera hacer cualquier cosa? Era uno de los tipos más flojos que Cory había conocido. Se limitaba a sonreír por la vida, aparentemente sin que nunca se le pasara por la cabeza un pensamiento serio.

—Bueno, Brooks. —La voz del entrenador Welner irrumpió en los pensamientos de Cory. —Ve a enseñarles cómo se hace.

Cory respiró hondo y se dirigió a los aros. Por alguna razón siempre parecían mucho más altos en una competición real que en los entrenamientos.

Se desconectó del mundo mientras comenzaba su salto. No necesitaba su cerebro. Todos los movimientos estaban grabados en sus músculos. Después de practicar estos movimientos millones de veces, era como una máquina, una máquina que funcionaba sin problemas.

Vale. Arriba. Y encima.

Tranquilo, Cory. Ahora más rápido. Prepárate. Aquí viene la parte difícil. Arriba, arriba...

Y vio a Ana sentada en las gradas.

¿Era realmente Anna?

No. No podía ser, ¿verdad?

... Y gira. Y otra vez. Para. Regresa...

No. Era otra chica rubia.

Los ojos. Eran sus ojos.

Sí. Era Ana. ¡Qué sorpresa! Le estaba mirando fijamente con esos ojos azules.

«Me está mirando», pensó. Vino a verme.

Le devolvió la mirada. Y resbaló. Y cayó con fuerza al suelo.

No sintió ningún dolor. Sólo estaba confuso. Realmente no se cayó, ¿verdad? ¿No echó a perder todo el salto sólo porque cierta chica le había hecho perder la concentración?

—¡Me estoy enamorando de ella! —dijo en voz alta, riendo mientras se ponía de pie lentamente.

—¿Qué es tan gracioso, Brooks? —gritaba el entrenador Welner.

—Me estoy enamorando de ella—, se repitió Cory. Era la segunda vez que caía por ella, la segunda vez que se avergonzaba delante de un montón de gente.

¿Era eso amor verdadero, o qué?

—¿Qué es tan gracioso, Brooks? —El entrenador Welner parecía preocupado. —¿Estás nervioso o algo así? No te habrás golpeado la cabeza, ¿verdad?

—Estoy bien—, dijo Cory, pateando el borde de una colchoneta. —Sólo me resbalé, eso es todo.

—Habrá otros campeonatos—, dijo el entrenador Welner. De repente parecía muy cansado. —Esto es una comedia. Ve a ducharte, Brooks. Luego vete a casa y olvídate de lo de hoy.

—De acuerdo, entrenador—. Cory miró hacia las gradas. Recordó justo donde ella estaba sentada, en el centro de la tercera fila.

Pero ella no estaba allí ahora. Se quedó mirando un espacio vacío en la fila.

Se le encogió el corazón. ¿Había estado allí en primer lugar? No se la había imaginado, ¿verdad? ¿Se estaba volviendo loco por esa chica?

No, claro que no.

—Tengo que hablar con ella—, se dijo a sí mismo. —Tengo que volver a llamarla.

capítulo 4

Cory miró el calendario que colgaba sobre su escritorio. Sábado por la noche. Sábado por la noche, y estoy sentado aquí solo en mi habitación, con el *walkman* a todo volumen en los oídos, mirando fijamente mi escritorio, sin oír siquiera la música, pensando en Ana Corwin.

Un joven puede deprimirse mucho, se dijo. Se quitó los auriculares del *walkman* y los tiró sobre el escritorio.

Ana. Ana. Ana.

Se escribe igual de las dos maneras.

Brillante, Cory. Simplemente brillante. Tu mente realmente se está convirtiendo en queso, ¿verdad?

Sabía que tenía que dejar de pensar en ella. ¿Pero cómo podría? Ella seguía flotando en sus pensamientos sin importar lo que él hiciera. Ya le habían gustado otras chicas, pero nunca así.

Se inclinó y cogió el teléfono.

—La invitaré al cine o algo así—, se dijo a sí mismo. —Si puedo conocerla un poco, tal vez no esté tan loco, tan obsesionado.

Esos ojos. Ese susurro de voz, tan débil como el viento.

No. Basta. No puedo llamarla un sábado por la noche. No puedes llamar a una chica un sábado por la noche. Probablemente haya salido.

Lo intentaré de todos modos, decidió. Parecía tan contenta cuando hablé con ella en su taquilla.

No, no puedo llamarla. Se sentirá insultada. Pensará que la llamo un sábado por la noche porque sé que no saldrá con nadie.

Llamaré a David en su lugar. Tal vez él y yo podamos ir al centro comercial y ver la acción.

No. David no puede ir a ningún lado. Anda cojeando con muletas por su tobillo.

Llámala, Cory. Estará encantada de saber de ti... Oh, claro. Emocionada. El torpe que siempre se cae de bruces cuando ella lo mira.

Colgó el auricular. Esta noche no. De ninguna manera. Ya lo sé. La veré en su taquilla el lunes, quizá la invite al partido de baloncesto el próximo viernes. Se sentía mucho mejor. Tenía un plan.

¿Y ahora qué hago? El reloj de su mesa marcaba las ocho y veinte. Sus padres estaban jugando al *Scrabble* con los padres de Lisa. Cory decidió pasearse por la puerta de al lado y ver si Lisa estaba haciendo algo.

—¿Lisa está en casa? —, llamó al estudio, poniéndose una sudadera.

—Sí, está en casa—, dijo la señora Blume. —¿Por qué no vas y le haces compañía? Estaba un poco deprimida porque no tenía cita esta noche.

—Vale—, dijo Cory, cogiendo una bolsa de patatas fritas y una caja de galletas de chocolate de la estantería de la cocina para llevárselas. Nunca había nada para comer en casa de los Blume. Probablemente ésa era la verdadera razón por la que Lisa estaba deprimida. Seguramente se moría de hambre, pensó.

Puedo hablar con ella de Ana, se dijo Cory. Estaba deseando hablar de Ana con alguien. Siempre que sacaba el tema con David o Arnie, se burlaban de él y le hacían chistes malos.

—¿Cómo fue el partido con Mattewan? —Llamó el Sr. Blume.

—No le preguntes eso—, oyó decir Cory a su madre.

—No me preguntes eso—, repitió Cory.

—Se cayó de culo—, dijo el padre de Cory en un susurro lo bastante alto como para que se oyera al otro lado de la calle. Todos se rieron.

—Gracias, papá", dijo Cory. —Muchas gracias.

Con las galletas y las patatas fritas en un brazo, abrió la puerta trasera y salió a una noche helada. Una brizna de luna estaba parcialmente oculta por finos mechones de nubes. Esa luna es tan pálida, pensó. Es del mismo color que el pelo de Ana.

Uh-oh, Cory. Será mejor que tengas cuidado. Estás empezando a verla por todas partes, ¡incluso en la luna! Te estás volviendo raro, tío. Demasiado raro. Tienes que calmarte.

Tuvo que llamar tres veces antes de que Lisa abriera la puerta trasera. Llevaba unos vaqueros recortados y una enorme camisa blanca vieja que debía de ser de su padre.

—Oh, hola—, dijo, suspirando. —Sólo eres tú.

—¿Quién creías?

—Pensé que era un ladrón. Ya sabes, alguien excitante. Ella retrocedió para que él pudiera entrar. Ella sonrió. —Sólo bromeaba. Me alegro de que hayas venido—. Levantó los paquetes de comida.

—Ahora sí que me alegro—, dijo ella, arrebatándoselos de las manos. —Me muero de hambre.

La siguió hasta el salón y se sentó en el sofá de cuero marrón pegado a la pared. Ella sirvió las patatas fritas en un gran cuenco de cerámica y se sentó a su lado.

—Otra fabulosa noche de sábado.

—¿Qué estabas haciendo? —, preguntó él, cogiendo un puñado de patatas fritas y dejándoselas caer en la boca una a una desde arriba. Sabían mejor así, pensó.

—Nada. He alquilado una película, pero aún no la he empezado. ¿Quieres verla conmigo?

—No sé. ¿Cuál es?

Se acercó al mostrador que había bajo el televisor y levantó una caja de cintas de vídeo.

—¿Una película de Star Trek?

—No me gusta Star Trek—. Él le dio un doble pulgar hacia abajo.

—A mí tampoco—, dijo ella, suspirando de nuevo. —Llegué tarde al videoclub. Ya no quedaba nada.

Volvió a dejarse caer en el sofá, esta vez más cerca de él. Los dos alargaron la mano para coger más patatas fritas al mismo tiempo. Su mano agarró la de él. Rápidamente la soltó. No se dio cuenta de que parecía avergonzada.

—¿Cómo van las cosas, Cory? —, le preguntó, girándose hacia él. Sus rodillas se tocaron.

—No muy bien—, dijo él, encogiéndose de hombros.

Ella le puso la mano en el brazo. Él sintió el calor a través de su sudadera.

—Pobrecito. ¿Cuál es tu problema?

—No lo sé. En realidad, nada. Todo.

Ella resopló. No dijeron nada durante un rato.

Ella le llevó la mano al pelo y empezó a acariciarle los rizos.

—Me he enterado de lo del partido de gimnasia—, dijo en voz baja.

—La cagué—, murmuró él, sacudiendo la cabeza. —La he cagado.

Ella se apoyó en él, sin dejar de mover ligeramente el dedo por su pelo.

—No seas tan duro contigo mismo, Cory. Es sólo la primera competición—. Empujó el bol de patatas fritas a un lado y se acercó aún más a él.

—Ana Corwin estaba allí—, dijo. —La vi... observándome, y me sorprendí tanto que supongo que perdí la concentración.

—¿Qué?

—Dije que Ana Corwin estaba allí. Vi esos ojos azules mirándome y..."

—Espeluznante.

—¿Qué?

—Nada. No dije nada. —Ella se apartó de él y se puso en pie de un salto. Él levantó la vista, desconcertado. ¿Por qué parecía tan enfadada?

—¿Has hablado alguna vez con Ana? —, le preguntó.

Ella se puso a su lado y cruzó sus brazos con postura inquieta.

—Cory, creo que deberías irte a casa.

—¿Eh? Acabo de llegar.

—No. De verdad. Vete a casa. ¿Vale?

—¿Pero por qué?

—Es-es que no estoy de humor para compañía. ¿Entiendes? Te veré en la escuela el lunes. Esta noche no me apetece hablar.

Se levantó despacio, todavía confuso.

—Vale. Siento que no te encuentres bien. ¿Dejo las patatas y las galletas?

Ella lo fulminó con la mirada. Cogió la caja de galletas. Por un segundo pensó que se la iba a tirar. Pero se la puso en la mano.

—Coge las galletas. Yo me terminaré las patatas.

—¿Qué más da? También podría engordar. ¿Por qué no?

—Me alegro de haberte animado—, dijo él, intentando que ella sonriera. Ella no sonrió.

Unos segundos más tarde estaba de vuelta fuera, dirigiéndose a su casa sobre la dura hierba helada. Unos segundos después estaba de vuelta en su habitación, sentado en su cama, intentando pensar qué hacer el resto de la noche.

«¿Cuál era el problema de Lisa?» se preguntó. No era propio de ella estar tan malhumorada. No estaba deprimida sólo porque no tenía una cita. Algo más tenía que estar molestándola. ¿Pero qué?

Miró el reloj de su mesa: las nueve y veinticinco. Su mirada se posó en el bloc amarillo que había junto al teléfono. Se acercó al escritorio y se quedó mirando el número de teléfono de Ana.

Sin pararse a pensarlo, sin darse tiempo a ponerse nervioso, a disuadirse, marcó el número.

Sonó una vez, dos veces, y el sonido le pareció muy lejano a pesar de que estaba al otro lado de la ciudad.

Al tercer timbrazo, oyó un clic. Alguien lo cogió. Una suave voz femenina dijo:

—Corwins. ¿Hola?

—¿Hola, Ana?

Hubo una larga pausa. Cory escuchó las interferencias en la línea.

—¿Quién? —, repitió la voz de la mujer.

—¿Puedo hablar con Ana, por favor?"

—¡Ohhh! —La mujer soltó un fuerte grito ahogado.

Más silencio. Entonces Cory oyó un fuerte chillido de fondo. ¿Qué era ese horrible sonido? Parecía el grito de una chica.

«Sí. Debe de ser la tele», se dijo.

Tenía que ser la televisión.

—¿Por qué llama aquí preguntando por Ana? —, preguntó la mujer con enfado.

—Bueno, yo sólo...

De nuevo Cory oyó a la chica chillando en el fondo.

«¡Déjame hablar! ¡Es para mí! ¡Sé que es para mí!»

La mujer ignoró los gritos de la chica.

—¿Por qué llamas para torturarme así? —, le preguntó Cory, con voz temblorosa.

—Bueno, ¿está Ana? —preguntó Cory.

—¡No, no, no! —, insistió la mujer. —¡Sabes que Ana no está aquí! Sabes que no está. Para. Por favor, ¡para!

Oyó el comienzo de otro grito. Luego el teléfono se apagó.

capítulo
5

Cory escuchó el zumbido del tono de llamada mientras esperaba a que su corazón dejara de latir con fuerza. Reprodujo la conversación con la mujer una y otra vez en su mente hasta que las palabras se volvieron borrosas. Y por encima del borrón oyó los gritos, los gritos de protesta de la chica de fondo.

«¡Déjame hablar! ¡Es para mí! ¡Sé que es para mí!»

¿Qué estaba pasando?

La mente de Cory bullía con pensamientos locos y aterradores. ¿Qué le estaban haciendo a Ana? ¿Por qué no la dejaban ponerse al teléfono? ¿Por qué insistían en que no estaba allí?

La Calle del Terror. ¿Estaba reclamando otra víctima?

¿Tenían prisionera a Ana en su propia casa? ¿La estaban torturando?

«Has visto demasiadas películas malas», se dijo a sí mismo. «Estás haciendo el ridículo».

Entonces, ¿cuál era la explicación?

—Iré allí», dijo en voz alta.

La idea le vino a la cabeza. Le parecía bastante sencillo. Miró el reloj de la mesa. Eran poco más de las diez, todavía era temprano.

Se miró en el espejo de la puerta del armario, se alisó las mangas de la sudadera, se apartó el pelo oscuro y rizado de la frente con las manos y salió de su habitación para bajar las escaleras en dirección al punto que había obtenido

Se detuvo a mitad de camino antes de llegar a la puerta para salir.

«Espera un momento. ¿De verdad quiero ir yo solo a la Calle del Terror? ¿Y si realmente está pasando algo horrible en esa casa? ¿Y si esos gritos eran reales?»

De repente le vino a la mente el gran escándalo local que hubo hace unas semanas. Una familia de tres miembros había aparecido bruscamente asesinada en el bosque de la Calle del Terror. No se había denunciado la desaparición de nadie con anterioridad. Nadie se presentó para identificarlos ni los echaba de menos.

Otro asesinato sin resolver en la Calle del Terror....

Cory decidió llamar a David y pedirle que le acompañara a ir a la casa de Ana. Seguro que David estaba sentado en casa, mirándose el tobillo, aburrido como una ostra. Necesitaba un poco de emoción de vez en cuando.

Para sorpresa de Cory, David pensó que la idea era un poco extraña.

—A ver si lo entiendo, Brooks—, dijo después de que Cory le explicara su misión. —Tú quieres que conduzca hasta la Calle del Terror y me entrometa en una película de miedo de alguien para encontrar a una chica que no está allí en primer lugar.

—Eso es, —dijo Cory.

—Vale. Me parece bien—, contestó David. —Recógeme en diez minutos.

—Que sean cinco—, dijo Cory, y colgó antes de que David pudiera cambiar de opinión.

«El bueno de David», pensó Cory. «¡Siempre puedo contar con que sea tan estúpido como yo!»

La partida de Scrabble seguía a buen ritmo abajo, en el salón. El tablero estaba casi lleno y los cuatro adultos estaban sentados mirándolo en silencio, concentrados en encontrar un espacio abierto utilizable.

—Voy a salir un rato—, le dijo a su padre. —¿Qué coche puedo coger?

—Un poco tarde, ¿no? —, preguntó su madre sin levantar la vista del tablero de Scrabble. Tenía un cuadrado de fichas en la mano, en blanco, que hacía rodar una y otra vez entre los dedos.

—Sólo son las diez.

—Coge el Taurus—, dijo su padre. —No cojas el coche de tu madre.

—¿Adónde vas?, insistió su madre.

—Sólo a casa de David. — En parte era verdad.

—¿Vas a hacer una palabra, o qué? —preguntó la señora Blume a la madre de Cory con ese tono impaciente que todo el mundo tiene cerca del final de una interminable partida de Scrabble.

—¿Cómo está David? —preguntó el señor Brooks.

—Mal—, le dijo Cory. —Va con muletas. Está bastante deprimido.

—Pobre chico—, murmuró la señora Blume, mirando fijamente sus cartas.

—Paso—, dijo la señora Brooks, suspirando con infelicidad. Cory cogió las llaves del mostrador de la entrada

y y se dirigió al coche. David vivía a unas seis manzanas, en la esquina norte de North Hills, casi junto al río. Eran dos minutos en coche.

Cory llamó a la puerta y esperó. David tardó mucho en llegar a la puerta. "Lo siento, tío. No puedo ir contigo» fue su saludo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no puedo ir. Mi madre no me deja—. Parecía avergonzado.

—Hola, Cory—, llamó la madre de David desde detrás de David en el pasillo. —Realmente no quiero que David salga esta noche. Tiene que mantener en reposo el tobillo. Además, se está resfriando. Ya me entiendes.

—Claro, señora Metcalf—, dijo Cory, incapaz de ocultar su decepción. —Un resfriado—. Sonrió a David. —No querríamos que el angelito de mamá se vaya a resfriar, ¿verdad?

—Dame un respiro—. David puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

—Te llamaré más tarde para contarte lo que ha pasado en la Calle del Terror—, dijo Cory. —Si no sabes nada de mí, envía a los Policías Nacionales o a la Guardia Civil.

—¿Has visto Poltergeist? —David preguntó. —¡Si entras en esa casa, puede que te absorba la pantalla del televisor y no aparezcas más!

—¡Crees que todo esto es una gran broma, verdad! —Cory no se rio.

—Creo que es una tremenda locura. — David le dedicó una sonrisa exagerada.

—Bueno... —Cory se dio la vuelta y pisó fuerte por el camino de losas de vuelta hacia su coche. —Probablemente tengas razón.

Cory condujo hacia el sur por Park Drive y se dirigió hacia la Calle del Terror. Era una noche fría y siniestra. Gruesas nubes de niebla descendían rápidamente de las colinas. Subió la calefacción y encendió la radio. Necesitaba música alta para mantener el ánimo.

—¡Q-ROCK Beatles Blast! —, gritó con entusiasmo el disc jockey. —¡Veinticuatro horas de éxitos de los Beatles en orden alfabético!

Cory se echó a reír. «¿Por qué querría alguien escuchar música en orden alfabético?»

Deseó que David estuviera allí para compartir la risa. Deseó que David estuviera allí y punto. Realmente no le gustaba la idea de vagar solo por la Calle del Terror en una noche fría y brumosa. «Oh, bueno, no voy a salir del coche», se dijo a sí mismo. «Pasaré por delante de la casa y veré qué pasa».

La niebla se hizo más espesa al pasar Canyon Road y entrar en la avenida. Siempre había niebla por la noche en esta parte de la ciudad, incluso en verano. Los faros de los coches parecían golpear la niebla arremolinada y rebotar en el parabrisas. Probó los faros, pero no dieron el resultado esperado.

Un coche que circulaba en sentido contrario se desvió para no estrellarse con él. Los demás conductores tampoco podían ver, se dio cuenta Cory, un pensamiento que no le hizo sentirse más seguro. «Esto es un completo y estúpido error», se dijo a sí mismo.

Pero la niebla se disipó al girar por Mill Road. Un pequeño Toyota, atestado de al menos seis adolescentes, tocó el claxon al pasar junto a él. Probablemente venían del molino abandonado al final de la carretera, el lugar favorito de los chavales de Shadyside. Le vino a la mente el sueño de Anna

en el que le besaba la cara. Subió el volumen de la radio. Q-ROCK estaba poniendo el número uno. Estaba sonando "Love Me Do".

Golpeó el volante con las manos al ritmo de la música, recreando el sueño erótico en su mente, y casi se salta el desvío hacia la Calle del Terror. Se dio cuenta de dónde estaba y pisó el freno con fuerza, dando una vuelta derrapando sobre el pavimento mojado.

Parecía oscurecerse en cuanto entró en la estrecha y curva calle. Los altos arces y robles se alineaban a ambos lados, sus ramas desnudas y crujientes casi formaban un arco sobre la calzada, y sus enmarañadas ramas bloqueaban gran parte de la pálida luz gris de las farolas.

No podía verla en la oscuridad, pero sabía que estaba pasando junto a la aterradora e incendiada mansión de Simón Terror. Aceleró y subió la calefacción. Las casas, en su mayoría antiguas casas a estilo victoriano, estaban alejadas de la carretera, detrás de setos frondosos y descuidados o sobre céspedes todavía cubiertos de hojas marrones que daba pinta de llevar bastante tiempo sin limpiarse.

«¿Cómo voy a saber cuál es su casa?». se preguntó Cory, limpiando el interior del parabrisas con la manga de su sudadera que se había empañado de vapor. Entrecerró los ojos a través del cristal emborronado, tratando infructuosamente de ver un número de calle.

«¿Cuál era su número?», se preguntó, empezando a sentir bastante pánico. ¿Había conducido hasta allí sin saber siquiera el número de su casa? «No. Era el 444». Se acordó al momento.

Apartó el coche en uno de los lado de la carretera y aparcó. Apagó los faros y esperó a que sus ojos se adaptaran a la oscuridad. Podía ver un poco mejor con las luces apagadas.

Apagó el motor, abrió la puerta y salió del coche. Si quería encontrar su casa, tendría que hacerlo a pie. Los números estaban en las puertas de las casas. Era imposible leerlos desde el coche.

Se estremeció. La sudadera no le protegía mucho del frío húmedo. Respiró hondo. El aire olía agrio, probablemente a hojas en descomposición.

Un animal aulló cerca, un aullido largo y lastimero.

«No parece un perro», se dijo, mirando en la dirección del sonido, pero sin ver nada. «¿Podría ser un lobo?»

El animal volvió a aullar. Sonaba un poco más cerca.

Cory recordó de repente haber estado antes en la Calle del Terror. Era un niño de nueve o diez años. Su amigo Ben lo había invitado a caminar por el bosque. De alguna manera se había armado de valor para intentarlo. Pero sólo había caminado unos minutos cuando algo le agarró el hombro.

Quizá había sido la rama de un árbol. Tal vez no. Corrió gritando calle abajo. Nunca había pasado tanto miedo en su vida.

«Deja de pensar en ello», dijo en voz alta.

Sus zapatillas crujían sobre la grava que bordeaba la carretera. Se acercó a un buzón metálico inclinado hacia la calle. Entrecerrando los ojos en la oscuridad, trató de leer el nombre descolorido del buzón. Pero estaba demasiado oscuro y las letras estaban descascarilladas.

El animal volvió a aullar. Esta vez sonaba más lejos. El viento se detuvo de repente. Ahora sólo se oía el crujido de sus zapatillas. Pasó por delante de una casa grande y desgastada por el tiempo, con las contraventanas descascarilladas y colgando en ángulos extraños. Por alguna razón, un ancla de barco oxidada descansaba en el centro mismo del parcheado césped. En el camino de entrada había

una vieja furgoneta a la que le faltaba el parachoques trasero y dos de las ventanillas estaban cubiertas de cartón.

«Bonita noche para pasear», se dijo Cory. Empezó a tararear “Love Me Do” para sí mismo. Luego empezó a cantarla. ¿Por qué no? No había nadie cerca que pudiera oírle. La Calle del Terror estaba desierta. Nada se movía, excepto las hojas marrones movidas por el viento zigzagueante.

Una casa estaba muy iluminada. La luz del porche proyectaba brillantes rayos dorados sobre el césped, y todas las habitaciones de la planta baja y del segundo piso parecían estar iluminadas. ¿Era la casa de Ana?

No. Lo decía el cartel del porche, 442.

El viento se levantó de nuevo, enviando un escalofrío por la espalda de Cory. Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros para intentar calentárselas. De repente tuvo una corazonada y se volvió para ver si el coche estaba bien. No pudo verlo. La calle se había nublado con una densa niebla inquebrantable.

¿Debía volver?

No. Había llegado hasta aquí. La siguiente casa tenía que ser la de Ana.

Si ella vivía allí.

Comenzó a caminar más rápido. El pavimento bajo sus zapatillas estaba húmedo y resbaladizo, y tropezó un par de veces, pero recuperó el equilibrio rápidamente.

Un seto bajo y raído delimitaba el patio de la siguiente casa. ¿Era la casa de los Corwin? Cory no podía encontrar un buzón. Ah. Allí estaba. Abajo en la calle. Se había caído del poste.

Levantó el buzón. Había un número en su lado: 444. Era éste. Lo dejó caer de nuevo a la calle y se limpió las manos mojadas en los vaqueros.

La casa estaba completamente a oscuras y en silencio. No había señales de vida. No había ningún coche en la entrada. Cory se asomó por encima del seto bajo hasta el porche delantero. Una puerta de mosquitera colgaba abierta, golpeando contra el lateral de la casa cuando soplaba el viento. Junto a ella había una silla de jardín volcada con pinta de que llevaba ahí mucho tiempo.

Cory se acercó al borde del camino de entrada. ¿Y ahora qué? ¿Subir a la casa y llamar a la puerta? No parece que haya nadie en casa.

Miró los arbustos crecidos, la espesa capa de hojas sin raspar y las marañas de hierba y maleza que llegaban hasta la cintura. No parecía que nadie hubiera vivido allí en años.

Tiene que ser la casa equivocada, pensó.

Entonces oyó algo. Algo moviéndose sobre la grava. Una pisada.

Escuchó con más atención. Se levantó viento. No pudo oír nada. Debían de ser hojas. O un animal de algún tipo.

Decidió volver andando al coche. No tenía sentido quedarse quiero en el frío mirando una vieja casa desierta y sin vida.

Oyó otra pisada, luego otra.

Ahora sabía que había alguien detrás de él.

Alguien le seguía, se acercaba rápidamente.

Cory aceleró rápidamente el paso, empezó a trotar con todas su fuerzas, con la esperanza de dejar atrás aquellos sonidos extraños, esperando que sólo fueran hojas, sólo un perro, sólo un solitario gato de campo o simplemente algo que no le quisiera hacer daño.

Pero los pasos eran cada vez más rápidos. Alguien le perseguía por aquella extraña calle. Alguien estaba justo detrás de él, pisándoles los talones sin parar.

Empezó a darse la vuelta cuando una mano le agarró el hombro.

capítulo 6

Cory gritó y se apartó de la mano del hombre.

—Lo siento. No quería asustarte. — El hombre parecía más sorprendido que Cory.

Cory le miró fijamente, jadeando, con los músculos preparados para una pelea. O para una huida rápida.

Era un hombre alto, de aspecto poderoso, vestido con un chubasquero gris descolorido y una vieja gorra de tenis maltrecha. Llevaba una barba canosa de un día y olía a humo de cigarrillo rancio.

—No hay por qué asustarse—, dijo. Tenía una voz aguda para alguien tan grande.

—¿Por qué...? —Cory seguía sin aliento para hablar. Retrocedió unos pasos y se relajó un poco, pero seguía mirando al hombre con recelo.

—Te vi parar el coche—, dijo el hombre, señalando en dirección al coche de Cory. —Vivo calle abajo. Estaba

paseando a Voltaire. Es mi perro. Pensé que tal vez estabas perdido o en problemas. Así que vine a buscarte.

—¿Dónde está tu perro? —preguntó Cory con suspicacia.

El hombre frunció el ceño, aparentemente molesto por la desconfianza de Cory.

—A Voltaire no le gustan los extraños—, dijo lentamente. —Es muy protector con su territorio. Lo devolví a la casa antes de venir a ver si necesitabas ayuda.

Cory empezaba a respirar con normalidad de nuevo. Pero sabía que no podía bajar la guardia. Había algo extraño en ese vecino, no sólo en su aspecto, sino en su mirada amenazadora, en la forma en que no dejaba de mirar a Cory de arriba abajo, con el rostro tenso, sin expresión.

—¿Se te ha averiado el coche? —, preguntó el hombre.

—No—, respondió Cory.

—Entonces, ¿qué haces aquí? ¿Te has perdido?

—No exactamente. Estaba buscando a los Corwin.

—Los encontraste—, dijo el hombre, haciendo un gesto con la cabeza hacia la casa oscura. —¿Los conoces?

—Bueno... en realidad no.

—Son gente extraña. Yo no subiría allí sin invitación, no creo.

El hombre se rascó la barba incipiente.

—¿Qué quieres decir? —Cory se estremeció. Nunca había sentido tanto frío en su vida.

—Sólo eso.

—Ah.

Se quedaron mirándose durante un largo rato.

—Son muy reservados—, dijo el hombre. Se metió las manos en los bolsillos y se volteó, en dirección contraria. —Si no estás perdido ni nada, supongo que tomaré camino a casa.

—Sí. Quiero decir, no. Estoy bien. Gracias—, dijo Cory inseguro. Miró hacia la casa Corwin. Una luz parpadeó en una ventana de arriba.

Así que, después de todo, había alguien en casa.

—Son gente bastante extraña—, repitió el hombre, caminando deprisa ahora. Se dio la vuelta. —Por supuesto, todo el mundo es bastante extraño en la Calle del Terror—. Se rio como si acabara de hacer un chiste muy bueno y se escabulló en la oscuridad.

Cory esperó para asegurarse de que el hombre realmente se había ido. Luego se dio la vuelta y se dirigió lentamente hacia el coche. Se detuvo y miró hacia la casa. La luz seguía encendida en la habitación del segundo piso.

¿Debía subir y llamar a la puerta?

Había llegado hasta aquí. ¿Por qué no ser valiente? ¿Por qué no hacerlo? Actuar ahora, pensar después. ¿Por qué siempre tenía que ir y venir, pensar las cosas tan cuidadosamente antes de actuar?

Además, después tendría algo bueno que contarle a David.

Imaginó que su amigo se burlaría de él si le dijera que se había quedado parado al final del camino mirando la casa. Probablemente oiría hablar de ello durante semanas. Las bromas nunca pararían.

Vale, Cory. A por ello.

Empezó a correr por el camino de entrada de los Corwin. Corrió en parte para entrar en calor, y porque sabía que nunca lo lograría si no lo hacía rápido.

Un gimnasta aprende que tiene que ser valiente, se dijo a sí mismo. Tiene que agarrarse a las anillas y empujarse donde su cuerpo normalmente no llegaría. Como gimnasta, Cory era rápido y seguro.

Pero esto no era gimnasia. Esto era la vida.

Saltó al porche, esquivó la silla volcada, se deslizó sobre unos largos clavos de carpintero que había esparcidos por el suelo del porche y estuvo a punto de estrellarse contra la puerta principal.

Se estabilizó, apoyándose en la fachada de tejas de la casa, localizó el timbre y, sin vacilar, sin darse la oportunidad de retroceder, lo empujó con fuerza.

No oyó que sonara dentro de la casa. Volvió a pulsarlo.

Se alisó la sudadera y se echó el pelo hacia atrás con una mano.

El timbre no sonó. Debía de estar roto. Llamó, primero suavemente, luego con más fuerza.

Se hizo el silencio.

Carraspeó, ensayó una sonrisa.

Volvió a llamar.

Esta vez oyó pasos, alguien bajando deprisa una escalera.

La puerta se abrió una rendija. No había luz. La casa estaba a oscuras por dentro. Un ojo miraba fijamente a Cory. La puerta se abrió un poco más. Dos ojos miraron suspicazmente hacia fuera.

La luz del porche se encendió, proyectando un pálido resplandor amarillo sobre el porche y el césped delantero.

En la puerta había un hombre joven. Tenía una cara muy redonda con las mejillas hinchadas y redondas. Tenía los ojos azules, pequeños y llorosos, pegados a la nariz redonda y abultada. A pesar de que parecía bastante joven, de unos veinte años probablemente, su pelo rubio era escaso y dejaba ver mucha frente. Lo llevaba desordenado sobre la cabeza. En una oreja le brillaba un pendiente de brillantes.

Se quedó mirando a Cory largo rato sin decir nada. Cory le devolvió la mirada, incómodo. Finalmente dijo:

—Hola, soy Cory Brooks. ¿Está Ana?

Los ojos llorosos del joven se abrieron de par en par. Su boca se crispó una vez en señal de sorpresa.

—¿Ana? ¿Qué sabes de Ana? —Su voz era áspera, como si tuviera un fuerte dolor de garganta.

—Yo también voy a Shadyside.

—¿Shadyside? ¿Qué es Shadyside? —, dijo el joven, y luego tosió durante largo rato, agarrándose con fuerza a la puerta principal, una tos sibilante de fumador.

—Es el instituto—, dijo Cory cuando el joven por fin dejó de toser. —Conocí a Ana en el instituto esta semana y...

—Eso es imposible—, interrumpió el hombre, golpeando el marco de la puerta con el puño. Miró fijamente a Cory. Sus ojos parecían brillar en rojo a la luz del porche.

—No, en serio. Yo..."

—No conociste a Ana en la escuela. Ana no está en la escuela.

—Sí que está—, insistió Cory. —Ella...

—¿Fuiste tú quien llamó?

—Bueno, sí. Yo...

—Ana está muerta—, carraspeó el joven. —No vuelvas por aquí. ¡Ana está MUERTA!

capítulo 7

No recordaba haber conducido hasta casa.

Recordaba haber mirado fijamente los ojos llorosos del joven. Recordó el largo e incómodo silencio, el dolor en el rostro del joven.

Recordó las palabras. Se repetían en su cabeza una y otra vez, como un disco atascado en el mismo surco. “Ana ha muerto. Ana ha muerto...”

Recordó haber pronunciado algún tipo de disculpa.

—Lo siento. —Eso fue todo. Eso fue todo lo que pudo decir. —Lo siento. —Qué estúpido. Qué sin sentido.

¿Pero qué otra cosa podía decir?

Entonces recordó el ceño fruncido en la cara hinchada del joven, las sombras cerrándose sobre él cuando la puerta principal se cerró de golpe. Y Cory recordó haber corrido hacia su coche, corriendo hacia un lugar seguro con las palabras siguiéndole. “Ana ha muerto. Ana ha muerto.”

No pudo correr lo bastante rápido para dejar atrás aquellas aterradoras palabras.

Recordó el aire frío y húmedo en su cara, el crujido de las hojas marrones secas bajo sus zapatillas, la ramita afilada que le cortó el tobillo mientras corría.

«Aléjate de la Calle del Terror», se dijo a sí mismo.

¿Qué hacías tú solo en la Calle del Terror tan tarde? Todas las historias son totalmente ciertas, y ahora tú formas parte de una de ellas.

Recordó cómo le temblaba la mano al intentar meter la llave en el contacto. Y recordó su pánico cuando el coche no arrancó.

Entonces el motor arrancó y él se alejó a toda velocidad, con las manos agarrando el volante como si fuera un salvavidas en un océano agitado por la tormenta.

Pero no recordaba el camino de vuelta a casa. Era un remolino de faros amarillos y carreteras negras infinitas que parecía repetirse. Y no recordaba haber entrado a hurtadillas en casa, ni haber subido en silencio de puntillas las escaleras hasta su habitación para no despertar a sus padres, ni haberse desnudado y metido en la cama.

Sólo recordaba los ojos estrechos y llorosos del joven. El dolor en esos ojos, dolor mezclado con odio. Y las palabras.

"Ana está muerta. ¡Ana está MUERTA!"

No se durmió hasta pasadas las cuatro de la mañana. Y solamente fue un sueño ligero, un sueño agitado lleno de caras flotantes que no reconocía y de luces de coche que a veces parecían dirigirse directamente hacia él y a veces parecían brillar a través de él.

El lunes por la mañana se saltó el desayuno y corrió al colegio a buscar a Ana. Llegó pronto, veinte minutos antes de que sonara el primer timbre. Esperó junto a su taquilla. Había algunos chicos más en el pasillo. Parecían bostezarse unos a

otros, apoyándose en sus taquillas como si fueran a caerse si no lo hacían.

Intentó abrir la taquilla de Ana, pero la cerradura combinada no cedía. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y esperó. Al cabo de un rato, el pasillo se volvió ruidoso y se llenó de jóvenes. Algunos saludaron a Cory al pasar.

—¿Qué haces ahí abajo, Brooks? —preguntó Arnie al entrar por la puerta.

—Sólo estoy sentado—, le dijo Cory.

La respuesta pareció ser suficiente para Arnie. Lanzó su mochila contra Cory, intentando derribarlo. Cory lo esquivó. Arnie se echó a reír y caminó por el pasillo preparado para su próxima clase.

¿Dónde está Ana?

"Ana está muerta."

Ana es un fantasma.

Pero los fantasmas no existen.

Su taquilla era real. Hizo girar el dial y volvió a tirar de la cerradura. Sonó el timbre.

Se puso en pie. Se sentía como si pesara cuatrocientos kilos. Llevaba dos noches seguidas sin poder dormir. El pasillo se vaciaba rápidamente. Los chicos corrían a sus clases. Él también tenía que darse prisa. Ya había llegado tarde dos veces este trimestre y no quería que lo castigaran o peor, que los expulsaran.

¿Dónde estaba Ana?

Hoy no iba a venir.

Claro que no iba a venir hoy. Ana estaba muerta. Pero él la había visto con sus propios ojos. Había hablado con ella.

Llegó a clase justo cuando sonó el timbre. El resto de la mañana le costó mantener los ojos abiertos. Por suerte,

ninguno de sus profesores le llamó la atención en ninguna de sus clases. De hecho, nadie pareció darse cuenta de que estaba allí.

«Quizá yo también me esté convirtiendo en un fantasma», se dijo.

Buscó a Ana por el pasillo entre clase y clase, pero no la vio. Justo antes de comer, se cruzó con Lisa mientras depositaban su mochila dentro de su taquilla

—¿Estaba Ana Corwin en Física esta mañana? —, le preguntó ansioso.

—Buenos días a ti también—, dijo Lisa con sarcasmo.

—Oh. Perdón. Buenos días, Lisa. ¿Estaba Ana Corwin en Física esta mañana?

—No. —Cerró furiosa su taquilla de un portazo.

—Oh. —Cory metió su mochila en la taquilla. No vio la cara de enfado de Lisa. —Entonces supongo que ha faltado a clase.

—Eres todo un Sherlock Holmes—, dijo Lisa, sacudiendo la cabeza. Cerró la cerradura y empezó a alejarse. Pero luego cambió de idea y volvió a la taquilla.

—¿Cuál es tu problema?

—¿Problema?

¿Cómo sabía Lisa que tenía un problema?

—¿Por qué estás actuando tan raro?

—No estoy actuando raro. Sólo... —Empezó a inventar alguna excusa, pero luego decidió contárselo. Tenía que decírselo a alguien. Después de todo, ella era su mejor amiga.

Mientras caminaban hacia el comedor, le contó el resto de su noche de sábado.

Le contó cómo condujo hasta la Calle del Terror, como llamó a la puerta, como el joven de aspecto extraño le dijo que Ana había muerto.

Lisa escuchó la historia en silencio, con el ceño fruncido en señal de desaprobación. Pero cuando Cory terminó de hablar, el enfado desapareció, sustituido por la preocupación.

—Algo va mal aquí—, dijo en voz baja, siguiéndole a la cola del almuerzo.

—¡Aquí pasan muchas cosas! —exclamó Cory. —No puedo dejar de pensar en...

—Creo que te has equivocado de casa—, interrumpió ella. Ella sonrió, complacida con su idea.

—¿De qué estás hablando?

—De eso. Te equivocaste de casa. Despertaste a este tipo. Así que decidió gastarte una broma pesada—. Lisa esperó a que la cara de Cory se iluminara, esperó a que se diera cuenta de que su teoría era buena.

Pero su única reacción fue un suspiro cansado.

—Sé realista—, murmuró sombríamente. —No me equivoqué de casa.

—No lo sabes con seguridad—, insistió ella, aunque veía que esta teoría no iba a cuajar.

—¿Qué creías que estabas haciendo, de todos modos? —, le preguntó, pinchándole en las costillas de la forma en que lo había estado haciendo desde que eran niños. —¿Por qué conduces hasta la casa de esta chica en mitad de la noche? ¿Por qué la buscas todo el día? ¿Por qué estás tan obsesionado con Ana Corwin? Hay otras chicas en el mundo, sabes.

No dijo nada. Parecía estar mirando fijamente más allá de ella.

—Cory... ¿escuchaste una palabra de lo que dije?

—Sí, claro—, contestó rápidamente, aún sin mirarla. —Dijiste que el tipo de la puerta me estaba gastando una broma pesada.

"Ana está muerta." ¡Vaya broma!

—Adiós, Cory—. Ella le dio un exagerado apretón de manos y empezó a irse.

—¿Qué pasa con el almuerzo? —le llamó después.

—Ya no tengo hambre. ¿Quieres caminar a casa después de la escuela?

—No puedo—, le dijo. —Los lunes trabajo en la oficina.

Muchos chicos hacían trabajos administrativos después de clase en la oficina. La paga no era tan mala y el trabajo era fácil, sobre todo copiar y archivar.

La vio abrirse paso a través de la abarrotada cafetería hasta las puertas dobles que daban al vestíbulo. ¿Por qué le había acusado de actuar de forma extraña? Decidió que ella también estaba bastante rara. Tan temperamental. Siempre tan enfadada con él. ¿Por qué? ¿Qué le había hecho?

De repente una idea se formó en su cabeza.

La oficina.

Sí, claro. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? El despacho.

Después de clase, en el despacho podría responder a todas sus preguntas.

Salió de la cola del almuerzo y se dirigió hacia la puerta. Decidió salir a tomar el aire, tal vez caminar un poco. Tampoco tenía hambre.

«¿Había terminado de hacer el anuncio en la máquina de imprenta?» se pregunto. No se veían máquinas de copiar en ningún otro sitio que no fueran las escuelas.

Terminó de copiar el anuncio sobre la campaña de donación de sangre de la facultad. Aún le quedaba otra cosa por hacer antes de terminar sus tareas de oficina.

Con más sigilo y disimulo del necesario, se dirigió a la puerta del despacho interior y echó un vistazo. La habitación

estaba vacía. Había oído que el Sr. Sewall, el director, se había marchado temprano por un dolor de muelas. Y una de las secretarias estaba enferma. Sólo quedaba la señorita Markins, que tecleaba afanosamente en la recepción exterior.

No había moros en la costa. Y probablemente seguiría así. Entró en el despacho interior y cerró la puerta casi de un tirón. Acercó la mano al interruptor de la luz, pero se dio cuenta de que no era buena idea. Seguro que la señorita Markins se daría cuenta.

Se acercó sigilosamente a la mesa del director, en el centro del pequeño despacho. Las fotografías enmarcadas de los dos hijos del señor Sewall parecían mirarle con desaprobación. Cory caminó en silencio alrededor del escritorio para llegar al objeto de su búsqueda.

Contra la pared del fondo estaban los archivadores grises. Contenían los expedientes permanentes de todos los alumnos de Shadyside.

Eran los expedientes exclusivamente sagrados, los archivos secretos que podían convertirte en un triunfador en el mundo o destruir tu vida para siempre.

Al menos, eso es lo que la mayoría de los estudiantes de Shadyside High se les hizo creer.

"Lo siento, pero esto tendrá que ir en su registro permanente." Si un profesor o el señor Sewall te decían eso, sabías que estabas condenado para siempre. Fuera lo que fuera, el delito que hubieras cometido, el error que hubieras cometido te perseguiría el resto de tu vida. Allí estaría, en tu expediente permanente.

Cory pasó la mano por la primera fila de cajones de archivos, escaneando rápidamente las pequeñas tarjetas de identificación de la parte delantera. El mero hecho de estar en la misma habitación que los expedientes permanentes le ponía

nervioso. El hecho de que no tuviera nada que hacer allí y de que tuviera que dar explicaciones rápidamente si le pillaban le ponía tan nervioso que apenas podía leer las tarjetas de identificación.

Detuvo su búsqueda un segundo, contuvo la respiración y escuchó. La señorita Markins seguía tecleando. Uf. Volvió a respirar.

«No me puedo creer que esté haciendo esto. ¿Qué hago aquí?», se preguntó, agachándose y sacando un largo cajón de archivos de la última fila.

Sabía la respuesta a esa pregunta. Iba a echar un vistazo al expediente permanente de Ana Corwin. Iba a averiguar la verdad sobre ella. Iba a averiguar todo lo que pudiera sobre ella.

Sus dedos escudriñaron rápidamente los expedientes. Sabía que esto no estaba bien. Sabía que era una locura. Sabía que nunca había hecho cosas así. Al menos, antes de Ana nunca hacía cosas así.

Pasos.

Respiró hondo.

Escuchó su tecleo, pero se había detenido.

Se zambulló bajo el escritorio del Sr. Sewall justo cuando ella entraba en la habitación.

«¡Salvado!», se dijo a sí mismo. ¿O no? ¿Le había oído ella ahí dentro?

Estuvo a punto de gritar. Había dejado abierto el cajón del archivo. Si ella lo veía, sabría que alguien había estado allí rebuscando.

Ella se paró detrás del escritorio. Sus piernas estaban a cinco centímetros de su cara. Por un segundo se imaginó extendiendo la mano y agarrándole las rodillas para ver lo fuerte que gritaba. Sólo para reírse.

Una última broma antes de que se lo llevaran castigado. Expulsarlo para siempre. Ponerlo todo en su expediente permanente.

Contuvo la respiración. Parecía como si hubiera estado aguantando la respiración desde que se coló en esta oficina. Estaba inclinada sobre el escritorio, escribiendo algo. Dejando una nota de alguna reunión para el señor Sewall, lo más probable.

«No puedo creer que esté sentado aquí, bajo el escritorio del señor Sewall», se dijo en silencio. Pero el rostro de Ana volvió a aparecer en su mente. Y oyó las palabras del extraño joven en la puerta de su casa. Y recordó por qué realmente estaba haciendo eso.

La señorita Markins terminó su nota y salió del despacho sin fijarse en el cajón abierto. En cuanto la oyó reanudar su mecanografía, Cory se escabulló de debajo del escritorio y volvió al cajón de las carpetas, moviendo las manos rápidamente por las C.

¿Qué le diría el expediente de Ana? ¿Qué verdades revelaría sobre aquella hermosa muchacha que se había apoderado tan completamente de sus pensamientos y le había quitado el sueño?

"Corn…Cornerman…" Sus manos se movieron rápidamente, empujando las carpetas hacia atrás. Por fin. "Cornwall…Corwood…Corwyth…"

Un momento.

Retrocedió los últimos cinco o seis. Luego avanzó nueve o diez más. Pero no encontraba nada.

Sabía que no se le había escapado ningún expediente. Y ninguno de ellos estaba archivado fuera de orden, ya que el señor Sewall los ordenaba municiosamente. Los expedientes iban de "Cornwall" a "Corwood".

¡No había ningún expediente de alguien llamado Ana Corwin!

capítulo
8

—¡Timberrr! Mira cómo cae ese tío. —La voz de Arnie retumbó por encima de los vítores de la multitud.

—¡Es demasiado alto! —Gritó David. —¡Mide dos metros y medio, y es sólo un novato!

—¡Todavía está creciendo! —Arnie añadió.

Miraron a Cory, que miraba fijamente al otro lado del gimnasio.

—¡Hey, Brooks...Tierra llamando a Brooks! —David gritó justo en su oído. Pero Cory no respondió.

Las animadoras de Shadyside hicieron una rutina rápida durante el tiempo muerto. A continuación, el juego de baloncesto se reanudó. No era mucho de un juego. Westerville, con su centro de siete pies de primer año, estaba corriendo los Shadyside Cougars en la pista.

—Sólo tienen una jugada: lanzársela al grandote—, observó David.

—¡Me gustaría lanzársela a esa animadora del final! gritó Arnie, lo suficientemente alto como para que lo oyera la mitad del auditorio.

—Oh, tío. Que tramposos.

David y Arnie esperaron a que Cory añadiera su opinión. Pero él no dijo nada. Los miró como si los viera por primera vez.

—Buen partido, ¿eh? —, dijo, forzando una sonrisa.

—¿Qué partido estás viendo? —espetó Arnie. —Vamos perdiendo por veinte puntos.

—¡Y el partido no está tan igualado como el marcador! —, añadió David. Arnie y él estallaron en carcajadas y se chocaron los cinco.

La débil y forzada sonrisa desapareció de la cara de Cory. Se dio la vuelta y volvió a examinar el auditorio.

—Te estás riendo mucho estos días, Brooks—, dijo Arnie, acercándose a David para golpear a Cory tan fuerte como pudo en el hombro. —Aw, voy a bajar a por una Coca-Cola. — Se abrió paso por el pasillo y desapareció por el lado de las gradas.

—¿Te sientes bien? —Preguntó David. Tuvo que preguntarlo dos veces antes de que Cory le oyera.

—Sí. Bien.

—Bueno, ¿cómo es que faltaste al entrenamiento de este mediodía?

—No lo sé. Se me olvidó, supongo.

—Welner estaba furioso. Es el segundo entrenamiento que te pierdes esta semana, Cory. Y la práctica del viernes es la más importante, especialmente porque tenemos una reunión mañana.

—Lo sé», dijo Cory, sonando molesto. —Dame un poco de margen, David. No eres mi madre.

—Oye... —David parecía realmente dolido. —Soy tu compañero de equipo, ¿no? Soy tu amigo, ¿no?

—¿Y?

—Entonces... dímelo tú. ¿Cuál es tu problema, Brooks?

—Oh, nada. Sólo...

La multitud rugió. A su alrededor, la gente se puso en pie de un salto. Obviamente, algo había salido mal para Shadyside. Pero David y Cory se lo habían perdido. Las animadoras volvieron a la pista. Las gradas temblaban bajo el ruido ensordecedor. Cory miró el marcador. Los Cougars sólo perdían por quince. Eso debe explicar el entusiasmo.

—Es esa chica rubia, ¿no? —David dijo cuando se hizo lo suficientemente tranquilo como para hablar.

—Supongo. —Cory se encogió de hombros. Realmente no quería entrar en ninguna gran discusión con David. Se sentía mal. Realmente se había olvidado de la práctica de gimnasia. ¿Cómo era posible? ¿Realmente estaba perdiendo la cabeza por esta chica?

—¿Vas a salir con ella? —David preguntó.

—No la he visto—, dijo Cory, mirando a través de la pista de baloncesto.

—¿Qué?

—Ya me has oído. No la he visto en toda la semana. La busqué todos los días, pero no ha estado en la escuela.

—¿Y por eso te comportas como un zombi?

—Déjame en paz, Metcalf—, frunció el ceño Cory.

—¿Estás fastidiando tu nota de gimnasia por una chica que no conoces y a la que no has visto? Bueno, eso tiene sentido para mí.

Cory no dijo nada. Entonces, de repente, soltó:

—¡Ni siquiera sé si existe!

Se arrepintió inmediatamente de haberlo dicho. No tenía ningún sentido, y él lo sabía. Y ahora le había dado a David una oportunidad aún mayor de menospreciarle y hacerle pasar un mal rato.

Pero para sorpresa de Cory, David reaccionó con verdadera preocupación.

—¿Qué quieres decir, Brooks? Me dijiste que la habías visto más de una vez. Me dijiste que hablaste con ella. Me dijiste que está en la clase de física de Lisa. Me contaste todas estas cosas sobre ella porque es de lo único que hablas estos días. Entonces, ¿qué quieres decir con que ella no existe?

—Trabajo después de clase en la oficina los lunes. Ya sabes. Así que el lunes por la tarde fui a los archivos permanentes y la busqué. No había ningún expediente suyo.

David parecía sorprendido, pero no por la razón que Cory imaginaba.

—¿Puedes entrar en los archivos? —, gritó. —¡Genial! ¿Qué dice el mío sobre mí?

—Yo no...

—Te daré diez pavos por mirar mi expediente. Mejor que eso, ¡te devolveré los diez pavos que te debo!

—No hay trato—, dijo Cory con disgusto. —No lo entiendes. Fui a su casa la semana pasada, y este tipo dijo...

El público gimió. Los abucheos resonaron en las paredes de azulejos. El ojo de Cory captó el marcador. Shadyside perdía por veintidós.

Arnie se abrió paso de nuevo en la fila y se dejó caer al lado de David.

—Ese tipo es demasiado alto—, dijo. Había derramado Coca-Cola por la parte delantera de su sudadera. —¡Tienen que subir las canastas!

—¡O bajar el suelo! dijo David, y ambos empezaron a quejarse.

Cory se levantó.

—Supongo que me voy—, les dijo. —Esto es un rollo.

—Tú eres un rollo, dijo Arnie, sonriendo.

—Ella es una estudiante transferida, ¿no? —dijo David, tirando de Cory hacia el banco.

—Sí.

—Bueno, tal vez su expediente no ha sido enviado desde su otra escuela todavía.

David era inteligente. Tal vez tenía razón. Pero Cory realmente no lo creía. Ya era noviembre. ¿Cuánto tiempo se tarda en transferir archivos?

—¿Está hablando de esa chica rubia rara otra vez? —Arnie atronó, inclinándose sobre David para gritar justo en la cara de Cory. —¿Qué le has estado haciendo? —, le espetó. —Debe ser bastante buena o no estarías faltando tanto a los entrenamientos—. Arnie se rio como si acabara de decir la cosa más divertida jamás dicha.

Cory se limitó a sacudir la cabeza con cansancio. Se dio cuenta de que debía parecerles muy raro a sus dos amigos. A él mismo le parecía bastante raro.

Nunca se había sentido hechizado por alguien de esta manera. Nunca había tenido nada que no pudiera apartar de su mente, en lo que no pudiera obligarse a dejar de pensar. Siempre había tenido el control de sus pensamientos. Y ahora... ahora...

¿Estaba fuera de control?

—Hasta luego, chicos—, dijo, y se dirigió rápidamente hacia el otro lado de la fila para que no pudieran tirar de él. El público gimió y volvió a gemir. El pequeño grupo de hinchas de Westerville que había al otro lado de la pista aplaudía a rabiar.

Parecía una mala noche para los Cougars. Una mala noche para todos, pensó Cory. Había buscado a Ana fila por fila en las gradas. Pero no estaba por ningún lado por dirigiera la mirada.

Subió a su coche, temblando de frío. Después de tres intentos, consiguió arrancarlo. Condujo un rato sin rumbo fijo, bajó por Park Drive, cruzó Hawthorne y llegó a Mill Road. Las calles estaban vacías. La mayoría de las casas ya estaban a oscuras. Encendió la radio, pero no ponían ninguna música que le gustara, así que la apagó.

Se dio cuenta de que estaba muy cansado. No había dormido bien en toda la semana. Dio la vuelta al coche y se dirigió a casa.

Estaba dormido cuando le despertó el timbre del teléfono. Miró el despertador. Era la una y media de la madrugada.

Su mano tiró el auricular del teléfono. Tanteó hasta que lo cogió.

—¿Hola?

—Aléjate de Ana.

—¿Qué?

La voz al otro lado era un susurro ronco, tan bajo que apenas podía distinguir las palabras.

—Aléjate de Anna—, susurró la extraña voz lenta y claramente, cada palabra cargada de amenaza. —Está muerta. Es una chica muerta. Aléjate de ella o serás el siguiente.

capítulo 9

De repente, Cory sintió mucho frío. Se levantó de la cama y caminó en la oscuridad hasta la ventana de su habitación. Comprobó que estaba cerrada. Luego se agachó y palpó el radiador. El calor estaba a tope. Permaneció allí un buen rato, tratando de deshacerse del frío, contemplando la silenciosa tranquilidad de su patio trasero, iluminado únicamente por una pálida media luna.

La voz del teléfono seguía susurrándole al oído. Cory levantó la mano y tiró con fuerza de sus rizos negros, intentando hacer desaparecer los ásperos susurros, intentando que las palabras amenazadoras dejaran de repetirse en su mente. No funcionó.

Al darse cuenta de que el escalofrío le venía del interior, Cory se apartó del radiador y, tropezando con un par de zapatillas que había dejado en el centro de la habitación, se dirigió de nuevo a la cama.

Alguien le había amenazado de muerte. Alguien sabía dónde vivía. Alguien sabía cómo llegar a él.

Alguien lo conocía y sabía que estaba interesado en Ana.

Alguien quería asegurarse de que se mantuviera alejado de Ana. ¿Pero quién?

¿Era uno de sus amigos gastándole una broma?

No. Esto no era una broma. Esto era real. Los susurros estaban llenos de verdadera amenaza, verdadero odio. La amenaza era sincera.

"Aléjate de Ana... o tú también morirás."

¿Quién era? ¿El extraño joven de mejillas hinchadas que abrió la puerta de los Corwin? Tal vez. Era difícil saberlo por los susurros, difícil saber si era un hombre o una mujer.

Cory cerró los ojos con fuerza e intentó alejar los susurros de su mente. Ahora se sentía un poco más caliente, pero aún estaba lejos de dormir. Se puso de lado, luego se deslizó hacia el otro lado e intentó dormir boca abajo.

Por alguna razón se encontró pensando en el extraño vecino que le había parado aquella noche en la Calle del Terror. Llevaba toda la semana pensando en aquel hombre, imaginándose su gabardina gris desgastada, su cara barbuda, la forma amenazadora en que había mirado fijamente a Cory. Dijo que era un vecino, pero ¿por qué estaba justo delante de la casa de los Corwin a esas horas de la noche? Dijo que estaba paseando a su perro. Pero Cory no había visto ningún perro. ¿Y por qué había advertido a Cory que se mantuviera alejado de los Corwin? ¿Le estaba advirtiendo o amenazando?

Cory evitó pensar en la cara del hombre. En su lugar, decidió pensar en Ana: aquellos ojos azules tan claros y brillantes como los de una muñeca, los labios de un rojo espectacular sobre aquella piel pálida como el marfil. Recordó el sueño en el que ella le besaba una y otra vez.

Sonó el teléfono.

Aún estaba despierto, pero le sobresaltó y le hizo saltar de la cama. Descolgó al principio del segundo tono.

—¿Hola? —La palabra salió entrecortada y seca.

—Cory, ¿eres tú? —Una voz diminuta, muy débil.

—Sí. —El corazón le latía tan fuerte que apenas pudo pronunciar la palabra.

—¿Puedes ayudarme, Cory?

Sólo había hablado con ella una vez, pero reconoció su voz suave, casi infantil.

—Soy yo. Ana. Ana Corwin.

—Lo sé—, dijo. Entonces se sintió terriblemente tonto. ¿Cómo iba a saber que era ella quien le llamaba en mitad de la noche, a menos que llevara semanas pensando sólo en ella?

—Necesito que me ayudes—, dijo ella, hablando rápidamente, con la voz apenas por encima de un susurro. —No conozco a nadie más. Eres el único con quien he hablado. ¿Puedes ayudarme?

Parecía muy asustada, desesperadamente asustada.

—Bueno... —¿Por qué dudaba? ¿Era por el primer susurro que le decía que se alejara de ella?

—Por favor, ven rápido—, suplicó. —Queda conmigo en la esquina de la Calle del Terror, pasando mi casa.

Parecía asustada. Pero su vocecita entrecortada también la hacía sonar muy sexy. El escalofrío que Cory sintió ahora no era del todo miedo. Estaba mezclado con excitación. Miró el despertador. Era la una y treinta y siete. ¿Realmente estaba decidido en salir a hurtadillas y encontrarse con aquella chica extraña y asustada en la Calle del Terror en mitad de la oscura noche?

—Por favor, Cory—, susurró ella, ahora más tentadora que asustada. —Te necesito.

—Vale—, dijo él, sin reconocer su propia voz, sin estar seguro de que fuera él quien decía la palabra.

—Deprisa—, susurró ella, y la línea se cortó. Escuchó el teléfono en silencio durante unos segundos, tratando de averiguar si estaba despierto o lo estaba soñando. ¿De verdad Ana Corwin acababa de llamar y le había rogado que se reuniera con ella? Llevaba toda la semana pensando en ella, buscándola. ¿Era posible que ella hubiera estado pensando en él al mismo tiempo?

La idea era más que excitante. Pero, ¿por qué sonaba tan asustada, tan desesperada por que viniera de inmediato? ¿Y por qué quería que se reuniera con ella en la calle a alta horas de la noche?

La calle.

La Calle del Terror.

Cory había empezado a ponerse los vaqueros, pero se detuvo al recordar dónde vivía Ana, dónde quería encontrarse con ella.

—Tengo dieciséis años—, se dijo a sí mismo. —No soy un niño. No hay razón para que tenga miedo de una calle tonta.

Pero tuvo que admitir que la idea de esperar solo a alguien en la Calle del Terror en mitad de la noche le daba bastante miedo.

De repente recordó otra historia de la Calle del Terror en el periódico, ésta fue de la primavera anterior. Dos coches que circulaban en sentido contrario por la Calle del Terror a altas horas de la noche habían chocado frontalmente. Un vecino de la Calle del Terror oyó el choque, salió corriendo en pijama y vio que los dos coches estaban llenos de heridos graves. Algunos estaban inconscientes. Algunos estaban atrapados dentro de los coches aplastados.

Volvió corriendo a su casa y llamó a la policía. La policía llegó menos de diez minutos después. Encontraron los coches aplastados en medio de la calle. Pero ambos coches estaban vacíos. Había sangre oscura en los asientos y sangre en la calle. Pero todos los transeúntes habían desaparecido sin dejar rastro.

Nunca se encontró rastro de ellos. Seis personas, seis heridos, que habían quedado atrapados dentro de dos coches, desaparecieron en menos de diez minutos…

Cory terminó de vestirse. Sabía que no tenía elección. Tenía que ir. Tenía que ir con ella. Ella le necesitaba.

Bajó sigilosamente los escalones del vestíbulo, tropezó en la oscuridad y estuvo a punto de caerse. Se agarró a la barandilla y se estabilizó, esperando que sus padres no lo hubieran oído. Respiró hondo y siguió bajando. Buscó a tientas hasta que encontró las llaves del coche en el mostrador de la entrada. Entonces salió de la casa en silencio.

Se subió la cremallera de su chaqueta para protegerse del frío y corrió hacia el coche. Puso punto muerto y dejó que se deslizara por el camino. Luego lo arrancó en la calle, lo más lejos posible de la casa. «Me estoy volviendo muy bueno para escabullirme», se dijo a sí mismo. «¿Pero por qué estoy haciendo esto?»

Porque Ana tiene problemas.

Giró por Mill Road y se dirigió al sur, hacia la Calle del Terror. Las nubes habían cubierto la luna y las farolas sólo iluminaban tenuemente esa estrecha y vieja calle. Encendió las luces justo a tiempo para ver a un gran animal gris que salía corriendo hacia la carretera.

Pum.

No tuvo tiempo de frenar. Un solo golpe le dijo que lo había atropellado. Miró por el retrovisor, pero no vio nada.

Redujo la velocidad unos segundos y decidió seguir. Ya no podía hacer nada.

De repente se sintió mal. ¿Qué era? ¿Un mapache? ¿Un tejón? Era demasiado grande para ser un conejo. Podría haber sido una zarigüeya. Se preguntó si estaba pegado a su neumático. Qué asco. Se obligó a pensar en Ana.

No había más coches en Mill Road. Pasó junto a algunos camiones que iban en dirección contraria, cuyos faros le hicieron entrecerrar los ojos y mirar hacia otro lado.

Un viento arremolinado pareció levantarse en el momento en que giró hacia la Calle del Terror. El viento presionaba contra la parte delantera del coche. El coche se contuvo, como si no quisiera llegar hasta allí.

El interior del parabrisas se había empañado y le costaba ver. Redujo la velocidad al pasar junto a la mansión incendiada de Simón Terror. Los árboles desnudos vibraban y crujían con el viento, y sus ramas bajas se rozaban entre sí.

Se detuvo y limpió el parabrisas con un trapo que encontró en la guantera. Ahora el cristal estaba manchado, pero podía ver un poco mejor.

Pasó por delante de la casa de los Corwin. Estaba completamente a oscuras. Se detuvo y se quedó mirándola, buscando cualquier señal de vida. Pero no había ninguna.

¿Había sido una broma? ¿Había conducido hasta aquí para nada?

No. Era Ana. Reconoció su voz. Y sonaba demasiado asustada para ser una broma.

Se detuvo en la acera de la esquina. El viento corría entre los árboles. Las hojas se arremolinaban y se esparcían por la calle. Apagó las luces, pero dejó el motor en marcha.

«Quizá debería salir del coche», se dijo. «Quizá no pueda encontrarme si me quedo aquí dentro».

Pero recordó su última visita a la Calle del Terror, al vecino extraño, los aullidos de los animales, y decidió esperar dentro del coche. Apagó el motor. Luego volvió a encenderlo. «Pondré la radio. Al menos ahogará los espantosos lamentos del viento». Pero entonces recordó que podría agotar la batería. No quería quedarse atascado a las dos de la madrugada en la Calle del Terror con un coche que no arrancaba. Volvió a apagar el motor.

La puerta del pasajero se abrió de golpe. Empezó a gritar.

capítulo
10

—¡Ana!

—Hola, Cory—, susurró tímidamente, deslizándose a su lado en el asiento delantero. Iba envuelta en un antiguo chal gris de encaje. Llevaba el pelo alborotado y sin peinar, y sus ojos azules brillaban de emoción en el resplandor de la luz del interior del coche. Luego cerró la puerta y la luz se desvaneció.

—Me has asustado—, dijo él, volviéndose para mirarla.

Ella le dedicó una extraña sonrisa, casi diabólica. ¿O era sólo la escasa luz? No podía verla muy bien.

—¿Por qué me has llamado? ¿Qué te pasa?

Ella se acercó más. Casi lo tocaba. El viento cambió de dirección. Las hojas se alzaron contra las ventanillas del coche, oscureciéndolo aún más.

—Cory, eres el único que puede ayudarme—, dijo, con la voz apenas por encima de un susurro. Temblaba ligeramente,

como si estuviera conteniendo el miedo, luchando por mantener la compostura.

—Eres el único que me habla.

—¿Dónde has estado toda la semana? —, soltó. —Te he buscado».

Parecía sorprendida. Se volvió y miró hacia la ventanilla trasera. Estaba completamente empañada. Frotó la ventanilla lateral de al lado con la mano, haciendo una clara mirilla.

—¿Estabas enferma? ¿Estás bien? —preguntó Cory.

Ella le sonrió de nuevo.

—Estuve en tu casa antes—, dijo. —Quería hablar contigo—. Se dio cuenta de que debía sonar como un loco para ella. Las palabras le salían solas. No parecía tener ningún control sobre lo que decía.

Estaba tan contento de verla, tan emocionado. Era increíble que ella le hubiera llamado, que él hubiera acudido a ella en mitad de la noche, que tuvieran esta reunión secreta. Pero, ¿de qué se trataba? ¿Por qué no respondía a ninguna de sus preguntas?

—¿Tienes problemas? —, le preguntó. —¿Hay algo que pueda hacer? He estado pensando en ti esta semana. De hecho. He estado pensando en ti desde aquel día en el comedor.

El comedor. ¿Por qué tuvo que traer en ese momento aquella horrible ocasión? ¡Qué vergüenza!

—¿En serio? —, dijo ella. —Yo también pensaba en ti. —Se asomó por el pequeño círculo que había hecho en la ventana.

—¿Te está siguiendo alguien? —, preguntó él. —¿Hay alguien ahí fuera?

—No lo sé. —Ella negó con la cabeza.

—Tu familia me dijo que estabas... —¡Oh, no! Aquí estaba, soltándolo. ¿Por qué no podía controlarse? ¿Por qué

hablaba tan locamente?

Odiaba estar tan fuera de control. Como gimnasta, practicaba cómo tener cada músculo bajo control. Ahora ni siquiera podía controlar su boca.

—Sólo necesito saber si eres real—, se oyó decir.

Las palabras parecieron sorprenderla. Una sonrisa se dibujó lentamente en su rostro, una sonrisa socarrona.

—Soy real—, susurró, mirándole fijamente a los ojos. —Te lo demostraré.

Levantó las manos de repente y le agarró la nuca. Sus manos estaban calientes a pesar del frío de la noche. Le acercó la cara a la suya y apretó los labios contra los suyos.

Sus labios eran suaves y cálidos. Su boca se abrió un poco y luego se cerró. Le besó con gran fuerza, sin dejar de sujetarle la cabeza.

A él le costaba respirar. Ella apretó más fuerte y emitió un suave suspiro. Fue el beso más excitante, más excitante que en cualquier sueño que hubiera tenido. Quería que durara para siempre. Y parecía que así sería.

Ella lo besó con más fuerza. Le sorprendió lo necesitada que parecía. Le agarró la nuca y apretó aún más sus labios.

Cory no podía creer lo afortunado que era. «¿De verdad me está pasando esto?», se preguntó. Intentó rodearla con los brazos, pero no había espacio para moverse desde detrás del volante.

Ella le besó, acercando sus labios a los de él, hasta que el beso le dolió de verdad. Entonces separó su boca de la de él.

Ella deslizó sus cálidos labios por su mejilla hasta llegar a su oreja. Sintió su aliento cálido y constante en la mejilla. Ella susurró algo.

—Ahora eres todo mío—. ¿Era eso? ¿La había oído bien?

«¿Ahora eres todo mío?»

No. No podía ser eso. No la oyó.

—¿Crees que ahora soy real? —, le preguntó ella, con las manos aún en su nuca.

Intentó responder, pero no emitió ningún sonido.

Ella se rio, una carcajada sorprendentemente fuerte que los sobresaltó a los dos. Hasta entonces habían estado muy callados.

El viento volvió a cambiar. Grandes hojas de arce marrón soplaron con fuerza contra el parabrisas como si intentaran romperlo. En algún lugar cercano aulló un animal.

Ella lo soltó y se acomodó en el asiento, con una expresión de satisfacción en el rostro. Él aún podía sentir sus labios en los suyos, su sabor, la presión de su cara contra la suya.

No dijeron nada durante lo que pareció un largo, largo rato. Finalmente, él rompió el silencio.

—¿Por qué me has llamado, Ana?

No quería que ella respondiera. Lo que quería era que ella volviera a besarlo así. Y otra vez. Y otra vez.

—Parecías muy asustada—, dijo, buscando su mano, pero sin encontrarla.

Ella le sonrió, esta vez una sonrisa culpable.

—Sólo quería saber si vendrías—, dijo. Desvió la mirada. Empezó a frotar una nueva mirilla en la ventana.

—¿N-no estabas en problemas?

Ella no le miró.

—Sabía que vendrías—, dijo. "Lo sabía.

Le miró la nuca, el pelo dorado que caía en largos enredos sobre el chal gris.

Quería volver a besarla. Quería rodearla con sus brazos. Quería volver a sentir sus manos en su nuca. Alargó la mano y se la puso en el hombro.

—¿Por eso llamaste? ¿Querías que viniera?

Ella se dio la vuelta, con el rostro inexpresivo. Lo miró, pero no dijo nada.

—Cuando estaba en tu casa, un tipo abrió la puerta—. Tenía que preguntárselo. Tenía que hacerlo. Ahora sabía que era real. Entonces, ¿por qué su familia decía que estaba muerta?

—Mi hermano. Brad—, respondió ella, aún sin expresión. Miró fijamente hacia las ráfagas espesas del viento.

—Cuando pregunté por ti, se enfadó mucho. Dijo que no vivías allí.

—Brad diría cualquier cosa—, susurró ella, todavía mirando fijamente al parabrisas empañado.

—Pero él.

—Por favor, no me hagas hablarte de Brad. Está loco. No me hagas decir nada más. Sólo mantente fuera de su camino. Puede ser peligroso—. Todo su cuerpo tembló cuando dijo esa palabra.

—¡Me dijo que estabas muerta! —soltó Cory.

Durante un breve segundo sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa. Luego tiró de la manilla de la puerta, la abrió de un empujón y saltó del coche.

Cory intentó agarrarla. Pero ella ya se había ido. Abrió la puerta y salió. El viento arrastró una mata de hojas hasta las perneras de sus vaqueros.

—¡Ana! —, la llamó. Pero sabía que no había gritado lo bastante fuerte como para que se le oyera por encima del viento.

Empezó a correr tras ella, pero había desaparecido en la oscuridad.

—¡Ana! —, la llamó una vez más. Pero ya no estaba.

El viento parecía aumentar. Las ramas de los árboles sobre su cabeza crujían como huesos mientras las hojas secas daban

vueltas y giraban a sus pies.

Sintió el sabor de la sangre en los labios. Estaba lleno de deseo, de deseo de comprenderla, saber por qué había huido, por qué no respondía a sus preguntas, por qué estaba tan aterrorizada por su hermano, anhelaba más besos.

Estaba a pocos metros del coche cuando algo grande y poderoso saltó sobre sus hombros desde atrás.

capítulo 11

—¡Cory, despierta! ¡Vamos!

—¿Eh?

—¡Despierta! ¡Sal de la cama! ¿Tengo que conseguir una grúa para levantarte?"

—¿Eh?

—Llevo diez minutos intentando despertarte. ¿Qué te pasa? ¿No dormiste anoche? —. Su madre le agarró del hombro y empezó a zarandearle.

—¡Ay! —El hombro le palpitaba de dolor. Se lo apartó de un salto. Empezaba a acordarse de todo. Le dolía el hombro porque el perro gigante había saltado sobre él.

—Cory, vamos. Tienes una competición de gimnasia en dos horas. Será mejor que te despiertes—. Su madre estaba más divertida que molesta. Nunca le había costado tanto despertarlo.

Por supuesto, nunca había pasado media noche en la Calle del Terror. Pensó en el beso de Ana.

—¿Por qué sonríes? Cory, estás actuando demasiado raro esta mañana.

—Lo siento, mamá. Buenos días—. Intentó aclarar sus ideas. Le sonrió, pero su boca no quiso cooperar y le salió torcida. Intentó parecer normal. No quería que ella le hiciera un millón de preguntas. Si tan sólo su espalda y hombros no lo estuvieran matando. —¿Qué día es hoy?

—Sábado—, dijo ella, dándose la vuelta para irse.

—¿Sábado? La competición contra Farmingville es hoy.

—¿No acabo de decir eso, o estoy perdiendo la cabeza también?

Se sentó en la cama con un fuerte gemido. Ella se dio la vuelta y lo miró.

—Date prisa en bajar antes de que se te enfríe el desayuno.

—¿Qué hay para desayunar?

—Copos de maíz.

Los dos se rieron. Era una de sus bromas favoritas.

Cuando ella se fue, él se quitó con cuidado la camiseta del pijama y examinó los daños en los hombros. Estaban muy arañados. Aquel enorme dóberman, Voltaire, se había abalanzado sobre él como si fuera un ratón.

Toda la escena, con todo su horror, se repitió en su mente. Volvió a oír los gruñidos bajos, sintió el aliento caliente del perro en la nuca y luego sintió la sacudida de las patas gigantescas que se le echaban sobre los hombros, empujándolo al suelo, inmovilizándolo, las enormes mandíbulas del perro chasqueando ruidosamente mientras gruñía sobre él.

Le pareció que llevaba horas en el suelo antes de que llegara el extraño vecino del chubasquero gris.

—Al suelo, Voltaire. Siéntate, muchacho—, le había dicho con calma, sin emoción alguna. El perro obedeció de inmediato, retrocediendo, silencioso salvo por su jadeo pesado y excitado. —¿Has vuelto otra vez, hijo?

El tipo ni siquiera se disculpó. Se limitó a mirar a Cory con suspicacia mientras Cory se ponía en pie lenta y dolorosamente con un fuerte gemido.

—Visitando a los Corwin, ¿verdad? —, preguntó el hombre, acariciando la esbelta cabeza negra del dóberman como si quisiera felicitarle por un trabajo bien hecho.

—Ya... ya me iba—, balbuceó Cory, con el corazón agitado en el pecho, los hombros doloridos y la cabeza dándole vueltas.

—La mayoría de la gente no viene por la Calle del Terror en mitad de la noche—, dijo el hombre, con una expresión tan poco reveladora como siempre. A Cory le sonó como una amenaza.

Cory no contestó. Se las arregló para subir a su coche, arrancar el motor y marcharse. El hombre y el perro se quedaron mirando hasta que Cory se perdió de vista.

«¿Qué estaba pasando aquí?» se preguntó Cory. ¿Por qué estaba siempre allí aquel tipo raro cuando Cory aparcaba cerca de la casa de los Corwin? ¿Estaba vigilando a Cory? ¿Era realmente un vecino? ¿Estaba espiando a Ana?

¡Es el loco de su hermano Brad disfrazado!

—¡Sé realista! —, se había regañado a sí mismo.

Pero, ¿quién era?

Era la mañana siguiente y estaba a menos de dos horas de la competición contra Farmingville. Se miró los hombros arañados en el espejo. ¿Cómo iba a explicárselo al entrenador Welner? ¿Cómo iba a subirse a las anillas? Balanceó los brazos, probándolos. No estaban tan mal. Tal vez podría

aguantar el dolor. Tal vez serían lo suficientemente flexibles para actuar.

Se vistió rápidamente, se puso unos vaqueros limpios y una sudadera fresca, y se apresuró a bajar a desayunar. Decidió ir pronto al gimnasio y hacer algunos ejercicios de estiramiento. Estaría bien.

Pensó en Ana. Qué suave era, que cálida. Al menos había comprobado que estaba viva. ¡Caramba! ¡Estaba viva!

Sí. Estaría bien, decidió Cory. Estaría perfectamente bien.

Con disgusto, Cory se echó una toalla al hombro. Empezó a caminar detrás del banco del equipo y chocó con Lisa.

—¡Ay! —, gritó ella, frotándose el hombro. —Mira por dónde vas.

—¿Qué haces aquí? Hay un torneo, dijo Cory.

—¿De verdad? ¿Cómo lo sabes? —, se quejó ella.

—Dame un respiro. ¿Has venido aquí sólo para insultarme? —preguntó Cory con desgana. Aceleró el paso.

Ella se apresuró a alcanzarle.

—No, lo siento. Se me escapó—. Ella le puso una mano en el hombro para detenerlo, pero él se apartó dolorido. —¿Qué te pasa?

—Supongo que me lo forcé—. No tenía fuerzas para decirle la verdad. No sabría por dónde empezar. —¿Estabas viendo el campeonato?

—No. La verdad es que no. Llegué justo a tiempo para ver tu rutina de bar.

—No era una rutina de bar. Era un número de payaso—, dijo Cory con auténtica tristeza.

—Lo siento—, dijo ella. Empezó a acariciarle el hombro de nuevo, pero rápidamente se lo pensó mejor. —He venido a decirte algo. Algo que creo que te interesará—. Parecía tensa. Se mordía el labio inferior.

—¿Puede esperar hasta después? El entrenador va a…

—Se trata de Ana Corwin—, dijo ella.

—Cuéntame—, dijo él, tirando la toalla al suelo. Ella frunció el ceño. Le cogió ambas manos y tiró de él hacia un lado del gimnasio. —Anoche estuvimos en casa de mi prima—, le dijo, apoyándose en la pared de azulejos.

—¿Qué prima?

—¿Qué más da? No conoces a ninguno de mis primos.

—Ah, claro.

—Mi prima tenía una amiga en casa, una chica que va a Melrose. Y estaba hablando con ella, y le pregunté si conocía a Ana Corwin porque Ana solía ir a Melrose antes de ser trasladada aquí.

—Sí. ¿Y?

—Bueno, cuando le pregunté por Ana, la chica puso una cara rara. Se puso pálida.

—¿Por qué? —Cory preguntó impaciente. —¿Qué te dijo?

—Bueno, no te lo vas a creer. Dijo que Ana había estado en su clase, pero que Ana estaba muerta.

capítulo 12

La cara de Cory se llenó de sorpresa, y luego de ira.

—No tiene gracia, Lisa. ¿Por qué me apartaste de la reunión para decirme una estupidez...?

Empezó a retroceder, pero ella lo empujó contra la pared.

—¡Owwch! —Le dolían los hombros.

—Lo siento. Déjame terminar. No es una broma. Fue una terrible tragedia, dijo la amiga de mi prima. Había rumores sobre Ana Corwin por toda su escuela. Nadie estaba seguro de lo que realmente había pasado. La historia era que Ana se había caído por las escaleras del sótano de su casa. Murió instantáneamente en la caída.

—Pero eso es imposible —, dijo Cory débilmente. Pensó en su beso de la noche anterior. Sintió los labios de Ana presionando tan fuerte contra los suyos. —Totalmente imposible.

—La amiga de mi prima juró que era verdad—, le dijo Lisa. —Ocurrió durante las vacaciones de verano, y la gente seguía hablando de ello en otoño.

—No puede ser—, dijo Cory, agachándose para recoger la toalla. —No me lo creo. No me lo creo.

—Hay una manera fácil de demostrarlo—, dijo Lisa. —Vístete. Vamos a investigar un poco.

—¿Estás bromeando? ¿En mitad del campeonato? —Miró nerviosamente al entrenador. El entrenador Welner estaba infelizmente absorto en la rutina de barra de Arnie.

—De todas formas, ya has terminado, ¿no? —preguntó Lisa con impaciencia.

—Sí. En más de un sentido—, dijo Cory cabizbajo, recordando de repente la patética actuación que acababa de dar. —Pero si el entrenador me pilla escabulléndome en medio…

Cambió de opinión. Sabía que no tenía elección. Tenía que descubrir la verdad sobre Ana de inmediato.

—De acuerdo. Nos vemos en el aparcamiento—, dijo.

Asegurándose de que el entrenador Welner seguía observando la actuación de Arnie en la barra, Cory salió por la puerta y entró en los vestuarios, donde se puso la ropa de calle lo más rápido que pudo.

Esta historia sobre Ana no podía ser verdad.

No podía estar muerta. ¡No podía estar muerta!

No había besado a un fantasma, ¿verdad?

De repente recordó la cara de susto que había puesto la primera vez que había hablado con ella, cuando le había hablado de fantasmas en la Calle del Terror.

No. Sé realista. Los fantasmas no existían. La chica que le había besado con tanto calor, con tanto sentimiento, ¡tenía que estar viva!

Unos minutos después había salido a hurtadillas del edificio y estaba con Lisa en su coche, en dirección a la biblioteca pública de Shadyside. Una ligera nevada había

caído durante la tarde, cubriendo los árboles, haciéndolos parecer fantasmales a la luz gris del atardecer.

—¿Qué hay en la biblioteca? —, le preguntó rompiendo un largo silencio.

—La sala de microfilmes. Allí tienen microfilmados todos los periódicos locales de todo el estado. Utilizo mucho esta sala para investigar para los artículos que escribo para El Espectador.

Hicieron el resto del trayecto en silencio.

En la biblioteca, Lisa pidió los periódicos de Melrose de cuatro y cinco meses antes.

—Toma—, dijo, entregándole a Cory una bobina de microfilm.

—Tú coge un visor y yo cogeré otro. Así será mucho más rápido.

Unos veinte minutos más tarde encontró lo que buscaban. Era un artículo de periódico de la primavera anterior. Cory se quedó mirando el tipo negro del titular a través del visor:

ANA CORWIN, ESTUDIANTE DE MELROSE,
MUERE EN ACCIDENTE

Las palabras de la noticia se desdibujaron ante los ojos de Cory. Pero había una fotografía que no podía dejar de mirar. La foto era muy poco clara. La reproducción era demasiado clara, toda en grises, como si la chica hubiera sido un fantasma desde el principio.

«Es Ana», pensó. Esos ojos. El pelo rubio. Es Ana. Entrecerró los ojos en la máquina, tratando de hacer más clara la foto gris.

—Pero... ¿cómo... cómo puedes explicar esto?, consiguió decir, todavía con la mirada fija en el visor, sus pensamientos

arremolinándose locamente en su mente, pensamientos de Ana, de hablar con ella, de tocarla.

—No puedo explicarlo—, dijo Lisa suavemente. —No sé qué decir.

Se quedó mirando la fotografía gris y luego de nuevo el titular en negrita.

La pregunta se repetía sin cesar en su mente...

¿Cómo podía estar muerta Ana Corwin?

¿Cómo podía Ana Corwin estar muerta?

Volvió a sentir sus labios, presionando tan fuerte contra los suyos, presionando, más fuerte, más fuerte hasta que le sangraron los labios.

¿Cómo podía Ana Corwin estar muerta?

Esa noche Cory estaba demasiado inquieto para hacer nada. Intentó ponerse al día con los deberes, pero no conseguía concentrarse. A las ocho y media salió a hurtadillas de casa y condujo un rato por la ciudad. Había pequeñas manchas blancas a los lados de las carreteras y salpicando el césped, restos de la ligera nevada caída ese mismo día.

Condujo sin rumbo, haciendo el mismo círculo por North Hills, pasando por el instituto, cruzando Canyon Road y volviendo a subir. Pero siempre supo dónde acabaría.

En la Calle del Terror.

Aparcó en la acera frente al jardín de los Corwin y se quedó mirando la casa. El cielo estaba enrojecido y proyectaba una luz espeluznante que hacía que la vieja casa pareciera irreal, como el decorado de una película de terror.

El interior de la casa estaba completamente a oscuras, como de costumbre. Una contraventana lateral golpeaba ruidosamente con el viento. Una tenue luz se encendió en una ventana del piso superior. Cory se quedó mirándola, incapaz

de ver a nadie moviéndose dentro, y al cabo de un minuto la luz se apagó.

Oyó un ruido detrás de él, un fuerte ladrido. Por el retrovisor vio al gran dóberman negro que se acercaba al coche, galopando como un caballo por la oscura calle. El vecino del chándal gris le seguía de cerca.

. «Ahí está otra vez», pensó Cory. «¿Acaso él y el perro merodean por la Calle del Terror toda la noche? ¿También son fantasmas?»

«Los guardias fantasmales», pensó. «Han sido contratados para evitar que la gente descubra la verdad sobre la Calle del Terror: ¡que todos los que viven en la Calle del Terror están MUERTOS!»

Sacudió la cabeza con fuerza, tratando de alejar aquellos ridículos pensamientos. Luego arrancó el motor frenéticamente y pisó a fondo el acelerador. Por el retrovisor vio que el hombre y el perro se paraban en seco, asustados por su rápida huida.

Condujo directamente a casa y se metió en la cama. Se durmió rápidamente y soñó con la competición de gimnasia. Estaba subido a las anillas y se daba cuenta de que no sabía cómo bajar. Todos le miraban, esperando a que se moviera. Pero él no recordaba cómo hacerlo.

Se despertó cuando alguien le tocó la cara. Se sentó en la cama, agradecido de que el sueño se hubiera interrumpido. La mano volvió a deslizarse por su mejilla. Parpadeó y se despertó.

¡Ana!

Estaba en su cama. Estaba sentada a su lado, con sus ojos azules clavados en los suyos.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? —, le preguntó, con la voz ronca, un susurro aún cargado de sueño.

—Cuídame, Cory. Por favor—, suplicó ella, asustada y desamparada. Volvió a tocarle la mejilla. Le rozó la frente con los labios.

—Ana…

Apretó su cara contra la de él.

No podía creer lo que estaba pasando. Estaba sola con él. En su habitación. Quería otro beso. Quería desesperadamente otro beso como el del coche.

—Ana —Él la alcanzó. Quería ponerla encima de él.

Ella le sonrió. Su suave pelo le rozó la cara.

—Ana, ¿por qué tu familia dijo que habías muerto? —Ella no parecía sorprendida ni molesta por la pregunta.

—Estoy muerta—, le susurró al oído. —Estoy muerta, Cory. Pero aún puedes cuidar de mí.

—¿Qué quieres decir? —De repente se sintió muy asustado. Ella parecía ahora muy fantasmal, pálida y transparente. Sus ojos se clavaron en los de él. No eran ojos amistosos. Eran ojos amenazadores, ojos malignos.

—¿Qué quieres decir? —, repitió, incapaz de contener el terror en su voz.

—Tú también puedes morir—, susurró ella. —Entonces podremos estar juntos.

—¡No! —, gritó él, apartándola, —¡No, no quiero!

El teléfono estaba sonando.

Se incorporó y miró a su alrededor.

No estaba Ana. Había sido un sueño. Todo había sido un sueño.

Pero había parecido tan real.

El teléfono era real. Miró el reloj de su escritorio. Era poco más de medianoche. Cogió el auricular.

—¿Hola, Cory? —Una voz susurrada. La voz de Ana.

—Hola, Ana—, susurró él.

—Cory, ven rápido. Por favor. ¡Tienes que venir! Por favor. ¡Pero no aparques cerca de mi casa! Nos encontraremos frente a esa vieja mansión quemada. ¡Date prisa, Cory! Eres el único al que puedo acudir.

capítulo 13

Agarró el teléfono mucho después de que ella colgara. Necesitaba saber que era real, que no lo estaba soñando también.

Sí, ella le había llamado de verdad. Era real. Estaba viva.

¿Debía ir? ¿Tenía elección?

Pensó en ella sentada tan cerca de él en el coche, apretando su cara contra la suya, besándole, besándole, besándole.

Por supuesto que tenía que ir.

Ella le necesitaba.

Y él necesitaba... hacerle todas las preguntas que le rondaban por la cabeza, averiguar la verdad sobre ella de una vez por todas.

Se vistió en segundos, apagó la lámpara del escritorio y empezó a bajar silenciosamente las escaleras. Estaba a medio camino cuando se abrió la puerta de la habitación de sus padres y su padre salió al oscuro pasillo.

—Cory, ¿eres tú?

Tenía que contestar. Si no lo hacía, su padre pensaría que era un ladrón.

—Sí, papá. Soy yo—, susurró.

—¿Qué te pasa? ¿Qué estás haciendo?

Piensa rápido, Cory. Piensa rápido.

—Eh... sólo voy a bajar a tomar un tentempié. Me desperté porque tenía hambre.

Su padre gruñó, aceptando la historia.

—Me pareció oír sonar el teléfono—, dijo, bostezando.

—Sí. Era un número equivocado—, dijo Cory.

Esperó hasta que oyó a su padre volver a entrar y cerrar la puerta del dormitorio. Esperó uno o dos minutos más. Luego bajó sigilosamente el resto de las escaleras y salió por la puerta principal.

Hacía aún más frío que la primera noche que había salido a hurtadillas, pero no había nada de viento. El suelo estaba duro y helado bajo sus zapatillas. La luna estaba oculta tras densas nubes. De nuevo, dejó rodar el coche por el camino de entrada y luego lo arrancó en la calle.

Mill Road estaba tan oscura y vacía como antes. Cory se quedó mirando la línea blanca que se curvaba en el centro de la estrecha carretera y pensó en Ana.

¿Estaba realmente en apuros esta vez? Sonaba muy asustada, muy frenética. ¿Cuál podía ser el problema? ¿Tenía miedo de decírselo?

¿O sólo quería verle? Si era así, ¿por qué sólo podía verle en mitad de la noche? ¿Y por qué no podía aparcar cerca de su casa? ¿Por qué tenía que encontrarse con él delante de la vieja y espeluznante mansión de Simón Terror?

Pensó en el inquietante sueño que acababa de tener con ella. Y le vino a la mente la foto del artículo del periódico. Se

obligó a no pensar en eso. Quería volver a besarla. Otra vez.

¡Qué emocionante!

Giró por la Calle del Terror y se detuvo frente a la mansión incendiada. Al otro lado de la calle, el cementerio estaba oscuro y quieto. Apagó los faros. La oscuridad lo envolvió. No veía nada. De repente sintió como si la negrura le hubiera aislado del resto del mundo, como si hubiera entrado en un túnel negro, un túnel negro interminable, un túnel que conducía a...

Se dio la vuelta para buscarla por la ventanilla trasera. No había rastro de ella. Nada se movía. Los árboles, sombras negras contra el cielo más negro, podrían haber sido pintados sobre un telón de fondo.

Bajó la ventanilla y respiró el aire gélido. La buscó por el retrovisor. Seguía sin aparecer. Alargó la mano hacia el pomo de la puerta para salir del coche. Pero al acordarse del enorme dóberman, decidió no hacerlo.

Hacía demasiado frío con la ventanilla bajada. Volvió a subirla. ¿Dónde estaba? Levantó la muñeca para ver la hora, pero se había olvidado de ponerse el reloj. Se volvió de nuevo y miró por la ventanilla trasera. Sólo había oscuridad.

A pesar del frío, tenía las palmas de las manos calientes y sudorosas. Tosió. Sentía la garganta tensa y seca. Ya no podía quedarse quieto. Estaba demasiado nervioso.

Empujó la puerta y salió. Cerró la puerta rápidamente para que nadie pudiera ver la luz. Escuchó al vecino y a su feroz compañero de cuatro patas. Los guardias fantasmales. Silencio.

—Así debe ser en la Luna—, se dijo. Tan tranquilo. Tan quieto. Tan... irreal. El insistente tema musical de *La Dimensión Desconocida* corrió por su mente.

¿Dónde estaba?

Empezó a caminar por la larga calle que conducía a su casa. El aire era frío y húmedo, tan húmedo que parecía pegarse a él mientras caminaba. Se detuvo al borde del camino de entrada y miró la vieja casa.

Oscura. Completamente oscura.

¿O lo estaba? ¿Era una pizca de luz lo que se escapaba por debajo de la persiana de la ventana del segundo piso?

Alguien estaba despierto allí. ¿Era Ana?

¿Estaba esperando el momento oportuno para escabullirse y bajar hacia él? ¿Alguien le impedía escapar?

Brad.

El loco Brad.

Se estremeció mientras un escalofrío recorría su cuerpo. Decidió volver y esperar en el coche. La calle estaba tan oscura que no podía ver más que unos metros delante de él. Sólo se oían sus pasos sobre la grava. Finalmente, subió al coche y cerró la puerta. Dentro no hacía mucho más calor. Se acomodó en el asiento, metiendo la cabeza en la chaqueta, tratando de entrar en calor.

¿Dónde estaba ella?

Se quedó mirando el parabrisas, viéndolo helarse por su respiración.

¿Temblaba de frío? ¿O porque empezaba a preocuparse por ella?

Quizá le había ocurrido algo terrible. Quizá le había llamado porque sabía que estaba en peligro y él no había acudido lo bastante pronto.

Mirando fijamente las capas opacas de vapor en el escudo contra el viento, las ideas de Cory se volvían cada vez más descabelladas. Tal vez Brad tenía prisionera a Ana en aquella casa. Ella había dicho que Brad era peligroso. Ésa era la palabra que había utilizado. «Peligroso». Tal vez quería que

Cory la ayudara a escapar de Brad. Sólo que Brad se había enterado de su plan, y había... ¿qué?

Empujó la puerta y salió de un salto. Miró hacia atrás por la cuadra hacia su casa. Ella no venía. Su aliento formaba cortinas de humo delante de él. Se dio cuenta de que respiraba muy deprisa y de que el corazón le latía con fuerza que parecía que se le fuera a salir.

¿Dónde estaba ella?

No tenía elección. Tenía que ir a su casa. Tenía que asegurarse de que estaba bien.

Ella le había pedido ayuda, y todo lo que él había hecho era sentarse en su coche tratando de mantenerse caliente. Un poco de ayuda.

Empezó a correr hacia su casa, con el ruido de sus zapatillas sobre el duro suelo como único sonido, aparte de su respiración entrecortada. Subió por el camino de grava y aceleró el paso. Miró hacia arriba y vio un rayo de luz en el dormitorio de arriba.

El suelo se inclinaba y se balanceaba. Se obligó a seguir trotando con firmeza. Ya estaba en el porche. Luego tocó el timbre, olvidando que estaba roto. Luego llamó a la puerta, primero un golpe normal y luego, cuando nadie respondió, tan fuerte como pudo.

¿Dónde estaba?

¿Qué le estaban haciendo?

La puerta se abrió de golpe. Brad, con cara de sueño y los ojos hinchados, salió rápidamente al porche, casi haciendo caer a Cory de espaldas. Sus ojitos se abrieron brevemente por la sorpresa y luego se entrecerraron mientras la ira se extendía por su rostro rosado.

—Tú—, dijo, y giró la cara como si fuera a escupir. Cory intentó decir algo, pero estaba sin aliento.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó Brad, inclinándose amenazadoramente sobre Cory. —¿Qué haces aquí?

—Ana me llamó... —Cory logró dejar escapar.

La cara de Brad se llenó de rabia. Extendió la mano y agarró la parte delantera de la chaqueta de Cory.

—¿Intentas torturarme? —, gritó. —¿Es una broma cruel?

Cory intentó zafarse, pero el agarre de Brad era sorprendentemente fuerte.

—Espera. Yo...

—Te lo dije—, gritó Brad con todas sus fuerzas, —¡ANA ESTÁ MUERTA! ¡ANA ESTÁ MUERTA! ¿Por qué no puedes creerme?

Estaba tirando de la chaqueta de Cory con tanta fuerza, que Cory tenía problemas para respirar. En un intento desesperado por liberarse, Cory levantó ambas manos y las estampó contra los antebrazos de Brad.

Brad lo soltó. Cory empezó a retroceder.

Esto pareció enfurecer aún más a Brad. Volvió a agarrar a Cory por la parte delantera de la chaqueta y empezó a arrastrarlo. Tiró de él a través de la puerta principal abierta y en la casa.

—Ahora voy a deshacerme de ti de una vez por todas—, dijo Brad.

capítulo 14

«Esto no me está pasando a mí», se dijo Cory. Esto es sólo otro mal sueño. Despierta ahora, Cory. Despierta.

No se despertó. Ya estaba despierto. Esto no era un sueño.

Brad tiró de él hasta el salón. La casa estaba caliente y húmeda. El aire olía a rancio. Había un pequeño fuego en la chimenea de la pared del fondo. No había más luz. Las sombras se retorcían en las paredes oscuras. El fuego crepitó con fuerza, sobresaltando a Cory.

Brad se rio. Estaba disfrutando con el terror de Cory. Soltó la chaqueta de Cory. Cory dio un paso atrás. El pendiente de brillantes de Brad centelleó a la luz del fuego. Se le humedecieron los ojos de la risa.

—Me tienes mucho miedo, ¿verdad? —, dijo, secándose las lágrimas.

Cory no respondió. Se quedó mirando al extraño joven, tratando de imaginar cómo escapar si Brad volvía a atacar. Pero estaba demasiado asustado para pensar con claridad.

—Vete de aquí—, gruñó Brad. —Te dejo marchar. Pero no vuelvas nunca.

Cory dudó un segundo. No estaba seguro de haber oído bien. Luego corrió junto a Brad y salió de la casa. La puerta se cerró con fuerza tras él.

El impacto del aire frío lo reanimó rápidamente. Se detuvo a mitad de camino, se giró y miró hacia la ventana del segundo piso. La persiana se había levantado y la luz se derramaba en la oscuridad circundante.

Una figura se asomó a la ventana y le miró desde arriba.

—¡Ana! —, gritó llevándose las manos a la boca. —Ana, ¿eres tú? —La saludó frenéticamente.

La figura de la ventana bajó la persiana. El patio delantero volvió a la oscuridad total.

—¿Hasta dónde puedes escupir eso?

—¿Qué? ¿Este hueso de melocotón? —Arnie levantó el hueso rojo entre el dedo y el pulgar.

—Sí. ¿Hasta dónde? —preguntó David, con expresión seria, como si estuviera haciendo un estudio científico.

—Puedo escupirlo en esa papelera—, dijo Arnie, señalando una papelera verde al otro lado del comedor, al menos a treinta metros de distancia. —Fácil.

—Estás loco—, dijo David. —Nunca lo conseguirás.

—No hay problema—, insistió Arnie. —De hecho, es demasiado fácil. Te diré una cosa. ¿Ves a ese chico pelirrojo que se parece a ti? Voy a rebotar en la cabeza de ese chico y

colarla en la papelera. Sólo para ponerlo algo más difícil de hacer.

—De ninguna manera—, dijo David, sacudiendo la cabeza. —No puedes escupirlo ni la mitad de lejos. ¿Qué te parece, Brooks?

—¿Qué? —Cory levantó la vista de su bocadillo de jamón.

—¿Crees que puede hacerlo?

—Lo siento. Estaba pensando en otra cosa. —Cory se encogió de hombros.

Estaba pensando en Ana, por supuesto. Llevaba dos días intentando llamarla. Nadie había contestado el teléfono.

—Arnie dice que puede escupir el hueso en la cesta de allí—, explicó David.

—¿Y? —Cory frunció el ceño.

—¿Y? ¿Has perdido todo interés en los deportes, Brooks? —preguntó David. —Ya es bastante malo que hayas perdido el sentido del humor. ¿Ahora no te importan las demostraciones atléticas de las grandes ligas?

—¿Por qué no maduráis? —dijo Cory con cansancio. Dio un mordisco al bocadillo, pero se sentía demasiado cansado para masticar.

—Estás destrozado, tío—, dijo Arnie, haciendo rodar el hueso del melocotón entre sus dedos. —¿Cuál es tu problema?

—No he dormido mucho—, le dijo Cory.

—¿Esa chica rubia te mantiene despierto hasta tarde? —Arnie dijo con una mirada exagerada. —¿Cómo es que no compartes nada de esto con tus amigos?

—Déjalo en paz—, dijo David, girando a Arnie en su silla. —Escupe el hueso. Cinco dólares a que no atraviesa media habitación.

—Acepto, tío, —dijo Arnie. —Es una apuesta—. Se metió el hueso del melocotón en la boca y respiró hondo.

De repente, sus ojos se abrieron de par en par. Se agarró el cuello. Se quedó con la boca abierta. Jadeó.

—¡Oh, no! ¡Se lo ha tragado! Se está ahogando—. gritó David, levantándose de la silla y golpeando frenéticamente a Arnie en la espalda.

La cara de Arnie se puso roja. Luchaba por respirar, pero era obvio que no podía.

—¡Socorro! ¡Que alguien nos ayude! —Cory gritó.

—¡Oh, Dios mío! ¡Se está ahogando! —David, horrorizado, se puso blanco como la harina, parecía que se iba a desmayar.

—Ayuda… hay alguien...

Cory dejó de gritar. Miró fijamente a Arnie. Se dio cuenta de que Arnie se estaba riendo ahora. Arnie le guiñó un ojo. Levantó la mano. El hueso del melocotón seguía dentro. Ni siquiera se lo había llevado a la boca.

—Te pillé—, dijo Arnie a sus dos amigos, con una sonrisa triunfante. Se desplomó sobre la mesa riendo a carcajadas. David se reanimó rápidamente y se unió a él, riendo y golpeando la mesa.

Cory se levantó y, asqueado, tiró el resto de su almuerzo a la basura.

—Estáis enfermos—, murmuró.

—Eh, vamos, Brooks—, dijo Arnie, —¿cuál es tu problema? Es gracioso, y lo sabes.

Cory sacudió la cabeza y salió por la puerta. Deambuló un rato por el aparcamiento. Hacía mucho frío y no llevaba la chaqueta, pero no se dio cuenta.

Intentaba convencerse de que debía dejar de pensar en Ana, de que debía borrarla de su mente por completo. Sabía que se sentiría mucho mejor si pudiera olvidarla y volver a su antigua vida.

«Mírame», pensó. «Estoy totalmente destrozado. No he dormido nada. Mi trabajo escolar está sufriendo. Mi gimnasia está sufriendo. ¡Estoy sufriendo! ¡Y todo por una chica cuyo espeluznante hermano sigue diciéndome que está muerta!» Tuvo que dejarla, forzarla a salir de su vida. Sabía que eso era lo que tenía que hacer.

Pero también sabía que no podía hacerlo.

Al menos no hasta que obtuviera algunas respuestas. Sobre el recorte de periódico. Sobre su hermano. Sobre por qué le había llamado y luego no había aparecido...

Oyó la campana de aviso dentro del edificio. Era casi la hora de la quinta clase. Temblando, sintió el frío por primera vez y, frotándose los brazos para calentárselos, se apresuró a entrar en el edificio.

Lisa y él llegaron a sus taquillas al mismo tiempo.

—¿Qué tal? —, le preguntó ella.

Él inclinó la mano de un lado a otro para indicar que sí.

—Siento mucho lo del sábado—, dijo ella. —Quiero decir, lo del campeonato de gimnasia y todo eso—. Él buscó su cara para ver si se estaba burlando de él, pero ella parecía sinceramente arrepentida.

—Siempre habrá otros campeonatos—, murmuró.

—Supongo—, dijo ella. Él la notó extraña. Incómoda. No se burlaba de él ni lo menospreciaba como lo había hecho toda la vida.

—¿Cómo te va? —, preguntó.

—Bien. — Tenía problemas con la combinación de la cerradura. Finalmente la abrió y abrió su taquilla. —¿Puedo preguntarte algo? —Su voz se apagó tras la puerta de la taquilla.

—Claro—, dijo. No era propio de Lisa ser tan formal. Si tenía algo que preguntar, normalmente lo preguntaba sin más.

—Eh... bueno... Sabes que el sábado por la noche hay baile aquí. ¿Quieres ir conmigo? —Lo preguntó muy rápido, como si todo fuera una sola palabra. Seguía escondida detrás de la puerta de la taquilla.

Cory estaba muy sorprendido. Lisa y él habían sido amigos toda la vida. Pero nunca habían tenido una cita.

Era una muy buena idea, decidió rápidamente. Tenía que intentar olvidarse de Ana. O al menos no pensar en ella todo el tiempo. Salir con Lisa le ayudaría. Qué buena amiga era Lisa. Realmente estaba ahí para él cuando la necesitaba.

—Claro—, dijo. —¡Genial!

Lisa se asomó por detrás de la puerta de su taquilla. Tenía una gran sonrisa en la cara.

—Te recogeré a las ocho—, dijo. Parecía realmente emocionada.

Cory le devolvió la sonrisa. Lisa estaba actuando de forma extraña, como si estuviera enamorada de él o algo así. Miró más allá de ella por el pasillo que se vaciaba rápidamente. ¿Era Ana la que los observaba desde las sombras dos aulas más abajo?

¿O se estaba imaginando que era Ana?

—Tengo que sacármela de la cabeza—, se dijo, sintiéndose realmente asustado. —¡Ahora empiezo a verla por todas partes!

Pero, espera. Salió de las sombras. Caminaba hacia ellos. Era Ana.

Caminó rápidamente entre ellos y le dedicó a Cory una cálida sonrisa.

—Hola—, le dijo en voz baja, y sus ojos revelaron que se alegraba de verle. Llevaba una blusa blanca y un jersey antiguo con motivos florales. De algún modo, parecía aún más frágil que de costumbre.

—Hola—, dijo Cory. Dio un paso atrás. Estaba demasiado cerca de él. Miró a Lisa, que parecía demasiado extrañada con lo que veía.

—Hola—, dijo Lisa, extendiendo la mano para estrecharla.

—No nos conocemos. Soy Lisa. Lisa Blume. Estás en mi clase de física.

—Sí, lo sé—, dijo Ana, estrechando la mano de Lisa y dedicándole una cálida sonrisa. —Me he fijado en ti. Eres muy graciosa.

—Por desgracia, lo gracioso no te lleva muy lejos en física—, dijo Lisa, sacudiendo la cabeza. Se tiró de sus rizos negros. Parecía nerviosa. —¿Cuándo te mudaste a Shadyside?

—Hace unas semanas—, le dijo Ana. —Es difícil ser una chica nueva aquí. Es una escuela tan grande. Yo solía ir a Melrose al norte del estado. Sólo teníamos doscientos alumnos. Cory es el único amigo nuevo que he podido hacer en esa escuela. — Sonrió a Cory. Podía sentir cómo se ruborizaba.

—Chica afortunada—, dijo Lisa con su habitual sarcasmo. Le dirigió una mirada divertida a Cory.

—¿Cuánto hace que se conocen? —le preguntó Ana a Lisa.

—Demasiado tiempo—, soltó Lisa.

Cory no se unió a sus risas. No podía apartar los ojos de Ana. Era tan hermosa. Y era genial tener una conversación normal con ella, verla llevarse tan bien con su mejor amiga, Lisa.

Ana pareció disgustada de repente.

—Vaya, espero no haber interrumpido nada—, le dijo a Lisa. —Lo siento. Te oí invitar a Cory al baile. Entonces irrumpí aquí entre ustedes dos y...

—No. No seas tonta—, dijo Lisa. Miró su reloj. —Oh. La campana va a sonar. Prometí llegar temprano hoy. Tengo que irme—. Recogió su mochila y cerró la taquilla. —¡Adiós, Cory! Encantada de conocerte, Ana—, gritó mientras corría por el pasillo.

En cuanto Lisa dobló la esquina, Ana agarró la mano de Cory y la apretó con fuerza.

—¿Te acuerdas del viernes por la noche? —, le susurró al oído, poniéndose de puntillas para alcanzarla.

Sí, se acordaba del viernes por la noche. Pero tenerla tan cerca de él, cogiéndole de la mano, le hacía olvidar por completo todo lo demás que se le pasaba por la cabeza sobre Ana.

—Sí—, dijo. Brillante respuesta, Cory. Muy impresionante.

Le rozó la oreja con los labios y le susurró algo más. No pudo entender lo que era. Sonaba como:

—Ahora eres todo mío —Pero no podía ser eso.

—Oye, Ana...—, empezó él. —Tenemos que hablar. Tengo que preguntarte sobre...

Pero ella le tapó la boca con la mano. Luego reemplazó la mano por sus labios y lo besó. El beso pareció eterno. Cory tuvo que esforzarse por respirar. Finalmente, alguien les interrumpió silbándoles.

Ana se echó hacia atrás. Cory levantó la vista para ver quién silbaba.

Sonó el timbre.

—Adiós, Cory—, susurró ella, dedicándole una sonrisa conspiradora, y salió corriendo por el pasillo.

—No, espera...

Pero ella ya no estaba. Y ahora llegaba tarde a clase. Sacudió la cabeza. Sabía que no escucharía ni una palabra de

lo que se dijera en ninguna de sus clases. Estaría pensando en Ana toda la tarde.

—Buen movimiento, as.

—¿Eh?

—Ya me has oído—, dijo Lisa.

Habían pasado tres horas. La escuela había terminado sus clases por esa tarde. Se habían reunido una vez más junto a sus taquillas.

—Cuando el señor Martin se paró frente a ti y te dijo: “Cory, no creo que hayas escuchado una palabra de lo que dije hoy”, y tú dijiste “¿Qué? Un movimiento realmente suave."

—No me vengas con cuentos—, espetó Cory. —No estaba escuchando, eso es todo.

—Supongo que no—. Lisa se rio. —¿Qué haces ahora? ¿Tienes entrenamiento?

—Sí. Todavía estoy en el equipo, lo creas o no—, murmuró Cory desanimado.

—Bueno... eh... ¿quieres venir después de cenar? Tal vez estudiar y... —Abrió su taquilla y metió la mano dentro. —Hey-hay algo pegajoso...

Sacó la mano. Y entonces gritó. Su mano estaba cubierta de sangre.

—Lisa, ¿qué es eso? —Cory preguntó.

Un gato muerto salió de su taquilla y cayó sobre sus zapatillas blancas. La taquilla estaba completamente salpicada de sangre. Le habían abierto el estómago de arriba a bajo.

Lisa apoyó la cabeza contra la fría pared de azulejos.

—No me lo puedo creer.... No me lo puedo creer.... —Se repetía a sí misma, sin moverse de la pared.

Cory vio algo atado alrededor de la garganta del gato muerto. Era una nota escrita en papel blanco de cuaderno. Se

agachó, la arrancó y la leyó para sí:

"LISA…TÚ TAMBIÉN ESTÁS MUERTA".

capítulo 15

—Ana!

—Hola, Cory. Te estaba esperando. ¿Qué tal el entrenamiento?

Suspiró y se echó cansadamente la mochila sobre el hombro.

—No preguntes. No llegué al entrenamiento.

—Oh. —Ella se apresuró a seguirle mientras él se dirigía hacia la calle. Eran las cinco y el cielo ya estaba oscuro. Un viento húmedo soplaba en sus caras, soplando a su alrededor, haciendo difícil caminar.

Pero Cory necesitaba aire fresco. Necesitaba moverse, usar los músculos, descargar energía.

—Tenía que ayudar a Lisa a limpiar su taquilla—, dijo. Se dio la vuelta y miró a Ana a los ojos. Quería ver si ella tenía

alguna idea de lo que estaba hablando.

—¿Qué es? ¿Una persona obsesivamente ordenada? —preguntó Ana, soltando una ligera carcajada musical. —¿Quién ha oído hablar de limpiar su taquilla cuando acaban de empezar las clases?

No parecía saber lo del gato. O bien era muy buena actriz.

Mientras limpiaban el desastre, Lisa había insistido en que Ana tenía que ser la principal sospechosa.

—Se ha enterado de que vamos a ir juntas al baile. Está celosa—, había dicho Lisa, viendo cómo las toallitas de papel que tenía en la mano absorbían la sangre roja oscura del gato muerto.

—Sé realista. Nunca he salido con ella—, había insistido Cory.

—Vi cómo te miraba —, dijo Lisa. —La forma en que se paró a tu lado. Muy posesiva. Ella hizo esto. Lo sé.

—Eso es estúpido. —Las acusaciones de Lisa estaban enfadando mucho a Cory.

—Ve a buscar más toallas de papel—, dijo Lisa. —Ucccch. Creo que voy a vomitar. Menos mal que odio a los gatos.

Ahora, una hora y media más tarde, Cory estaba caminando en el viento, explicando a Ana lo que había sucedido.

—Era un gato muerto. Alguien le había abierto el estómago—, le dijo. Estudió la reacción de Ana.

Su boca formó una pequeña O de horror.

—¡No!

—Alguien ató una nota alrededor del cuello del gato—, continuó Cory. —Decía: Tú también estás muerta.

—¡Qué horrible! —gritó Ana, llevándose la mano a la boca. —Pobre Lisa. ¿Quién haría algo tan repugnante?

Parecía realmente afligida. Cory se sintió culpable por sospechar de ella. Sabía que no había sido ella.

—¿Quieres ir a por una Coca-Cola o algo? —, preguntó.

—No. —Negó con la cabeza, con el cabello claro revoloteando alborotado por el fuerte viento. —Caminemos. No puedo creer lo de Lisa. Es horrible.

—Cambiemos de tema—, dijo él, tratando de animarse y no pensar en aquella aterradora imagen.

—He oído que fuiste el mejor gimnasta de Shadyside el año pasado—, dijo ella, cambiando obedientemente de tema.

—Eso fue el año pasado—, dijo él en voz baja.

«Eso fue antes de que llegaras», pensó.

—Todos los atletas tienen bajones, ¿no? —, preguntó ella suavemente, cogiéndole del brazo, usándolo como escudo contra el viento.

—Cambiemos de tema otra vez—, dijo él.

—Tal vez podríamos hablar del Baile de Graduación—, dijo ella en voz baja, acercando la boca a la oreja de él. Le recorrió un escalofrío por la espalda.

—¿Sobre qué? —, preguntó él.

—¿No preferirías ir conmigo? —. Su voz se hizo diminuta y dulce, como la de un niño que pide un caramelo.

—Bueno... eh... sí... supongo.

—¡Genial!

—Pero no podría hacerle eso a Lisa. Hemos sido amigos demasiado tiempo y...

—Oh. —Ella frunció el ceño decepcionada, luego casi inmediatamente su cara se iluminó de nuevo. —Oh, bueno. En otra ocasión, supongo.

Doblaron por Park Drive, caminando despacio, Ana agarrándose ligeramente a su brazo, tan ligeramente que él apenas podía sentir su tacto a través de su chaqueta de plumas.

Era estupendo caminar con ella. Era tan hermosa. Caminar por la calle arbolada, con las altas farolas apenas encendidas para iluminar el atardecer gris, parecía más guapa, tranquila y feliz de lo que nunca la había visto.

Se sintió mal por interrumpir ese momento de paz. Pero se dio cuenta de que no tenía elección. Había demasiadas preguntas que tenía que hacerle, demasiadas cosas que ansiaba saber.

—Estuve en tu casa otra vez—, empezó. Podía sentir como ella le apretaba el brazo, como si esperara lo que iba a suceder a continuación, como si lo esperara... y lo temiera. —Tu hermano... Brad... volvió a abrir la puerta.

—Brad—. Ella pronunció la palabra sin hacer ruido, como una voz fantasmal.

Cory dejó de caminar y se volvió hacia ella.

—Parecía muy alterado, Ana. Me agarró, me metió en casa y empezó a maltratarme. No paraba de decir que habías muerto.

Ana se quedó boquiabierta. Lanzó un grito, un chillido de dolor y sorpresa, como un perrito al que han pisado fuertemente la cola.

—¡No!

Se soltó de su brazo y empezó a correr por la acera, sin hacer ruido con sus mocasines blancos.

Esta vez no la iba a dejar escapar. Tiró su mochila al suelo y corrió tras ella. La alcanzó con facilidad, la agarró de los brazos y la hizo girar.

Ella se negó a mirarle.

—¡Vete! —, gritó, empujándole. —Vete, Cory. No quieres involucrarte.

—¡Ya estoy involucrado! —le dijo él, negándose a dejarla ir. —¡No puedo dejar de pensar en ti!

Esas palabras hicieron que ella dejara de forcejear. Ella le miró interrogante, como si no se lo creyera, como si no hubiera podido oírle bien.

—Lo siento—, le dijo, con voz de susurro.

A medida que oscurecía, el aire se volvía aún más frío y el viento arreciaba. Le soltó los brazos. Ella se dio la vuelta y empezó a caminar en dirección al instituto. Él la siguió, caminando unos pasos detrás de ella.

—Tengo que saber la verdad—, dijo. —¿Por qué tu hermano dijo eso de ti?

—No lo sé—, respondió ella sin mirar atrás. —Te dije que estaba loco.

—Alguien me llamó antes que tú el pasado viernes por la noche y me dijo que no te viera porque estabas muerta y que, si te veía, yo también estaría muerto. ¿Era tu hermano?

—No lo sé—, dijo ella. —De verdad que no lo sé. Tienes que creerme—. Ella empezó a caminar más rápido. Él tuvo que darse prisa para seguirla.

—¿Pero por qué tu hermano diría una cosa así? —Cory exigió. —¿Por qué le diría a la gente que estabas muerta?

Ella giró y él casi chocó con ella.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡No lo sé! ¡Está loco! Te lo he dicho. Está loco y es muy peligroso—, gritó, con lágrimas en los ojos. —No puedo hablar de ello. ¿No lo entiendes?

—¿Quién más vive contigo? —preguntó Cory, bajando deliberadamente la voz. No quería hacerla llorar, no quería que se pusiera histérica. Era evidente que la pobre chica tenía un hermano problemático que le hacía la vida extremadamente imposible.

—Sólo mi madre—, respondió Ana, secándose los ojos con el dorso de las manos. —Pero no está muy bien. Estamos los tres solos.

Caminaron un rato en silencio, uno al lado del otro.

—No escuches a Brad—, dijo ella finalmente. —Estoy aquí. Estoy aquí contigo. No le hagas caso. Aléjate de él. No debe saber... lo nuestro.

—Perdón por todas las preguntas—, dijo suavemente, poniendo su brazo alrededor de su hombro. —No quería molestarte. Es sólo que no sabía qué pensar, y tú... tú me llamaste el sábado por la noche y entonces…

—¿Qué? No, Cory. Querrás decir el viernes por la noche.

—También me llamaste el sábado por la noche, y vine tan rápido como pude y…

Ella se volvió y lo detuvo poniéndole ambas manos en el pecho. Parecía muy disgustada.

—Alguien te gastó una broma horrible—, dijo, sus ojos azules ardiendo en los de él. —Nunca te llamé el sábado por la noche.

—Entonces, ¿quién...?

—Shhhhh. Está bien—, dijo ella, poniéndole el dedo en los labios. —No hablemos más—. Ella levantó la cabeza. Él se inclinó y empezó a besarla.

—¡No! —, gritó ella de repente, sobresaltándolo. Se apartó. No le miraba a él. Miraba más allá de él, hacia los altos setos que bordeaban la acera. —Tengo que irme. No me sigas. Me está vigilando.

Se dio la vuelta y echó a correr calle arriba hacia el instituto. Cory se quedó impotente mirándola huir durante unos segundos. Luego se movió rápidamente para investigar los setos. Corrió hacia el otro lado.

A unos cien metros de distancia, alguien con una chaqueta de piel oscura corría a toda velocidad en la otra dirección a lo largo del seto. ¿Era Brad?

Podría ser.

Ana decía la verdad.

Ahora su hermano loco los estaba espiando.

—Bueno, me enteré de la gran noticia.

—¿Qué? —Cory levantó la vista del nuevo número de *Sports Illustrated*.

—Me he enterado de la gran noticia—, repitió su madre. Parecía molesta porque Cory no sabía de qué estaba hablando. —Estaba hablando con la madre de Lisa.

—¿Sí? —Cory hojeó hasta encontrar el artículo de gimnasia que buscaba. —¿Y cuál es la gran noticia?

—Sobre Lisa y tú—, dijo impaciente la señora Brooks.

—¿Eh?

Se acercó y se puso delante del sofá, obligándole a levantar la vista de la revista.

—¿Estoy hablando con Cory Brooks del planeta Tierra? —, preguntó.

—Déjame en paz—. Él puso los ojos en blanco.

—Bueno, ¿vas a salir o no con Lisa?

—Oh. —De repente se acordó del Baile del Graduación. —Sí. Sí, supongo. —¿Cuál era el problema? ¿Por qué sonreía así su madre? ¿Por qué parecía tan contenta?

—Siempre supe que pasaría—, dijo, cruzando los brazos como si se abrazara a sí misma y poniéndose de puntillas, para luego volver a bajar rápidamente, repitiéndolo varias veces. Era su movimiento recurrente. Siempre lo hacía en lugar de quedarse quieta.

—¿Qué?

—Siempre supe que llegaría el momento en que Lisa y tú ya no querríais ser sólo amigos.

—Mamá, ¿de qué planeta eres? —Preguntó Cory con asco.

—Bueno, es que me parece bien que Lisa y tú…

—Tengo cosas más importantes en las que pensar—, dijo.

—¿Como qué?

«Como Ana», pensó. Pero no dijo nada. Se limitó a encogerse de hombros.

—¿Como tus deberes? —, preguntó ella.

—Oh. Cierto. Se me había olvidado—. Se levantó del sofá y subió rápidamente a su habitación. —Gracias por recordármelo—, exclamó. —Muchas gracias.

—Cuando quieras—, la oyó decir desde la cocina. —Oye, tu padre y yo vamos a salir. Así tendrás paz y tranquilidad para estudiar.

Se sentó en su escritorio e intentó concentrarse en la antigua China. Pero su mente seguía divagando. El rostro de Ana aparecía una y otra vez en sus pensamientos, alejándolo de la cuarta dinastía Ming. Una y otra vez veía la expresión de terror en su rostro cuando se daba cuenta de que Brad los estaba observando.

¿Por qué tenía tanto miedo de Brad? ¿Qué poder tenía sobre ella? ¿Qué le estaba haciendo?

Se dio cuenta de que no había obtenido respuestas satisfactorias de ella. De hecho, no había obtenido ninguna respuesta. Ana parecía demasiado asustada para hablar de ello.

Decidió que subrayar el texto le ayudaría a concentrarse. Abrió el cajón de su escritorio y empezó a buscar un subrayador amarillo. Sonó el teléfono.

Se quedó mirándolo, con una sensación de pesadez en el estómago.

Antes esperaba con impaciencia que sonara el teléfono. Ahora el sonido le llenaba de pavor.

Sonó una segunda vez. Una tercera vez.

Estaba solo en casa. Podía dejarlo sonar para siempre. Se quedó mirándolo, con la mano a escasos centímetros del auricular.

¿Debía contestar o no?

capítulo 16

—¿Hola?

—Hola, Cory.

—¿David? Hola. —Se sintió muy aliviado al oír la voz de David.

—¿Qué haces?

—No mucho. Estudiando. Leyendo cosas.

—¿Qué estás leyendo?

—No estoy seguro—, le dijo Cory. Los dos se rieron. Hablaron durante un rato de nada en absoluto. Fue la conversación más relajada que habían tenido en semanas, probablemente porque Cory estaba muy contento de que fuera David quien hablara por teléfono.

Finalmente, Cory preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué has llamado?

—Pensé que tal vez te gustaría hablar—, dijo David, sonando de repente incómodo.

—Vale. Entonces hablemos—, dijo Cory, sin comprender.

—No. Quiero decir...—David vaciló. —Sobre por qué has estado tan raro últimamente. Por qué has estado metiendo la pata, ya sabes, faltando a los entrenamientos y esas cosas. Pensé que tal vez…

—No hay nada que hablar—, dijo Cory bruscamente.

—No quise molestar ni nada. Sólo pensé... —David sonaba muy dolido.

—Estoy bien—, insistió Cory. Realmente no tenía ganas de entrar en eso. Él apenas no tenía la energía. —He tenido otras cosas en la cabeza, supongo.

—¿Te refieres a la chica nueva?

—Bueno, sí....

—Ella es realmente genial—, dijo David, su mayor complido. — Ella es... diferente.

—Sí—, asintió Cory rápidamente. Pero realmente no quería hablar de Ana con David. —Escucha, tengo que bajar.

—¿Seguro que no quieres hablar... de nada?

—No. Gracias, David. Estoy bien. De verdad. Estoy recuperando mi ritmo, creo. Estuve mucho mejor en el encuentro del sábado. Y...

—Supongo que no fuiste tú el que se resbaló de las barras a los pocos segundos del calentamiento".

—Cualquiera puede caerse, David—, dijo Cory, empezando a molestarse. —Sólo perdí la concentración durante un segundo…

—¡Perdiste la concentración! Cory, has estado en un mundo de ensueño desde que conociste a Ana. Has estado dando vueltas como si te hubieras caído de los aros y hubieras aterrizado de cabeza.

—¿Y? ¿Qué te pasa? —Se oyó gimotear Cory, sorprendido de su propia vehemencia.

—Bueno, creía que era tu amigo—, dijo David, sonando tan exasperado como Cory.

—Bueno, los amigos no hacen pasar malos ratos a los amigos—, dijo Cory. —Ya te veré, David.

—No si yo te veo primero—, dijo David.

Normalmente se habrían partido de risa con esa estúpida frase. Pero esta vez los dos colgaron.

Cory se paseó enfadado de un lado a otro de su habitación durante un rato. No podía decidir si estaba enfadado consigo mismo o con David. Finalmente decidió que estaba enfadado consigo mismo por dejar que David lo molestara tanto.

Cerró de golpe su libro de Historia Universal. Siguió deambulando un rato más. Sabía que debería estar estudiando, pero no conseguía concentrarse. Se apoyó en el alféizar de la ventana y se quedó mirando la noche. Al otro lado del patio estaba encendida la luz de la habitación de Lisa. Cory decidió acercarse a ver cómo estaba.

Sus zapatillas resbalaban sobre la hierba mojada. Llamó suavemente a la puerta de la cocina y luego un poco más fuerte. Tras una breve espera, apareció en la cocina con cara de confusión.

—¿Te has equivocado de casa?—, le preguntó, alisándose el largo pelo negro mientras le abría la puerta.

—No lo creo.

—Tus zapatillas están mojadas. Mira el suelo de la cocina. —Hizo una mueca.

Él miró las huellas húmedas que estaba dejando en el linóleo. Luego, con un movimiento rápido y fácil, se levantó y se puso de pie sobre las manos.

—¿Así está mejor? —Empezó a cruzar el suelo sobre las manos.

Ella se rio a carcajadas.

—¡Genial! —, dijo, siguiéndole de cerca. —Eres un chimpancé de verdad. ¿Sabes comer con los pies?

Al llegar al pasillo, se cayó y rodó hasta ponerse de pie.

—Tu turno—, dijo, señalando al suelo.

—De ninguna manera—, dijo ella, retrocediendo. —¿Quieres un plátano?

Sacudió la cabeza y se dejó caer en uno de los sillones mullidos del salón. De repente se sintió agotado.

—Entra en el estudio—, dijo ella, tirando de su brazo. —No te quiero en los muebles buenos. ¿Qué haces aquí?

—No lo sé. Casa equivocada, supongo—, dijo él.

Ella volvió a reírse mientras lo arrastraba hacia el estudio. A él le gustaba su risa. Salía de lo más profundo de su garganta. Era una risa sexy. Estaba muy guapa, pensó. Llevaba unos vaqueros descoloridos y una sudadera vieja del Shadyside High con el cuello rasgado y deshilachado.

Ella tiró de él con más fuerza y él chocó con ella. Su pelo olía a coco. Debía de habérselo lavado antes con champú. Inhaló profundamente. Le encantaba ese olor.

—¿Qué tal te va? —, preguntó ella. ¿Mejor?

—¿Mejor que qué? —, preguntó él, apartando unos periódicos para dejarse caer en el sofá de cuero negro. —¿Mejor que ser atropellado por un camión? Casi.

—Así de mal, ¿eh? —, dijo ella con simpatía. Se sentó a su lado, tocándole la pierna con la rodilla.

—Si pudiera recuperar mi sincronización con los anillos—. ¿Cuántas veces había dicho eso últimamente?

—Lo recuperarás—, dijo ella, poniéndole una mano cómodamente en el hombro.

—Ana me estaba esperando a la salida del colegio—, dijo. —Fue una sorpresa.

Ella quitó la mano de su hombro y suspiró.

—¿Qué quería? ¿Algunos consejos sobre cómo hacer autostop?

Él no notó su sarcasmo. Al ver un artículo que le interesaba, cogió la primera sección del periódico que había dejado a un lado. Un coche había perdido el control en la Calle del Terror y se había estrellado contra un árbol. El conductor, confuso, no se explicaba lo ocurrido. La carretera estaba seca y él circulaba a muy baja velocidad.

—Me encantan estas visitas tuyas, Cory—. La voz de Lisa irrumpió en su lectura. —Me hablas de Ana y luego lees el periódico. Eres un tipo divertido.

Cory dejó el periódico y empezó a disculparse cuando sonó el teléfono.

—¿Quién llama tan tarde? —preguntó Lisa. Saltó del sofá y cogió el teléfono antes de que sonara por segunda vez y despertara a sus padres. —¿Hola?

Se hizo el silencio al otro lado.

—¿Diga? —, repitió.

—Tú también estás muerta—, le susurró una voz al oído. —Tú también estás muerta. Tú también estás muerta.

Igual que en la nota atada al gato.

capítulo 17

—Fue Ana quien me amenazó, Cory. Ella mató al gato. Ella hizo la llamada amenazadora.

—No, eso es imposible—, insistió. —Vamos, Lisa. Bailemos y no hablemos de ello. —Cory tiró de ella hacia el centro de la pista del gimnasio, donde ya bailaban otras parejas. La pista vibraba al ritmo de la música, un disco de Phil Collins con un ritmo de batería maquinal y un bajo palpitante que casi ahogaba la voz del cantante.

Lisa hizo un intento poco entusiasta de bailar con Cory, pero al cabo de un minuto o dos se detuvo y tiró de él hacia un lado.

—Sólo intentas cambiar de tema—, le dijo, agarrándolo de las manos. Las suyas estaban frías a pesar del calor del gimnasio.

—No, sólo intento bailar—, dijo él, exasperado. —¿Por qué me has invitado a este baile? Si lo único que querías era

hablar de Ana, podríamos haber ido a mi casa, o a la tuya.

—Pero ella amenazó mi vida, y todo lo que haces es defenderla.

—No fue Ana—, dijo Cory. —Lo sé. Cuando le conté a Ana lo del gato muerto en tu taquilla, se quedó horrorizada. De verdad. Se sintió fatal por ello.

—Así que es una buena actriz—, dijo Lisa, con desprecio. —Lo suficientemente buena como para engañarte.

Un par de chicos del equipo de gimnasia saludaron a Cory desde el otro lado del gimnasio. Él les devolvió el saludo. Quería correr por la pista y hablar con ellos. Jugar con ellos. Divertirse un poco. Esta primera cita con Lisa no estaba funcionando.

—¿Por qué Ana pondría un gato muerto en tu casillero? ¿Por qué? ¿Por qué te llamaría y te amenazaría? —Cory preguntó, gritando por encima de la música, un nuevo disco de alto voltaje de Prince que era extremadamente difícil de gritar. —Ni siquiera te conoce.

—Está celosa—, dijo Lisa. —Ya te lo dije.

—Sé realista—, le dijo Cory, sacudiendo la cabeza con incredulidad. Se dio la vuelta y empezó a alejarse, pero ella le siguió de cerca. —¿Te ha invitado a este baile?

—Tal vez.

—Vamos, ¿te invitó? Di la verdad.

—Bueno... sí.

—¿Y estaba de pie en el pasillo espiándonos cuando te invité a este baile?

—No. Ella no estaba espiando. Ella...

—Ella estaba escuchando, ¿verdad? Ella estaba allí en el pasillo. Nos vio juntos. Y después recibí el gato muerto con la nota.

—Eso no prueba nada.

—¡Vaya si le eres leal! —espetó Lisa, con los ojos oscuros llenos de ira. Algunos chicos que estaban cerca los miraban fijamente, sorprendidos al ver que lo que obviamente era una discusión acalorada se volvía aún más acalorada.

Cory se sintió avergonzado.

—Lisa, por favor. La cogió del brazo, pero ella se lo apartó. —Conozco a Ana. Ella no...

—¿Qué tan bien conoces a Ana? —Lisa exigió. —¿Qué tan bien?

—Tiene que ser otra persona la que está tratando de asustarte. Alguien que te conoce.

—¿Quién entonces? ¿Quién es?

—¡No lo sé, pero no es Ana! —Cory gritó. —Ana tiene sus propios problemas. No tiene tiempo para inventarse problemas para ti.

—Oh, ¿no es así? —La ira de Lisa estaba sacando lo mejor de ella. Empujó a Cory con fuerza en el pecho, empujándolo hacia atrás contra las serpentinas de papel crepé que se alineaban en la pared del gimnasio. —Vamos, siéntate. Quizá quieras contarme todos los problemas de Ana. Podríamos pasarnos toda la noche hablando de los problemas de Ana. Te gustaría, ¿verdad?

—Cálmate, Lisa. Todo el mundo nos está mirando.

—¿Cuáles son los problemas de Ana, Cory? Vamos a discutirlos. Discutámoslos. ¿Cuáles son sus problemas? ¿Está demasiado delgada? ¿Es ese su problema? ¿Es demasiado guapa? Ya está. Lo he adivinado, ¿verdad? Es demasiado guapa, pobrecita.

—Lisa, por favor. Te estás volviendo loca por nada.

—¿Por nada? ¿Por nada? Alguien me amenazó de muerte. Supongo que eso no es nada.

—Eso no es lo que quise decir, y lo sabes. No pierdas los estribos. Bailemos o algo. Te pido disculpas. ¿De acuerdo?

—¿Disculparme por qué?

—No lo sé. Por lo que sea.

Suspiró y sacudió la cabeza.

—Debería haber sabido que esto no funcionaría—. El disco se había detenido. Su voz parecía resonar por todo el gimnasio abarrotado. —Estás totalmente obsesionado con esa chica. Oh. Te estoy avergonzando, ¿verdad, Cory? —Otro disco comenzó.

—No. Quiero decir, sí. Quiero decir...

—Lo siento mucho. No te avergonzaré más—. Ella se apartó de él y echó a correr por la abarrotada pista de baile. Empezó a seguirla, pero decidió no hacerlo. La vio abrirse paso entre las parejas de baile hasta que llegó al otro lado del gimnasio y desapareció por las puertas dobles.

¿Y ahora qué?

¿Le doy un poco de tiempo para que se calme y luego voy a pedirle disculpas? Probablemente era la mejor idea. Había visto a Lisa perder los estribos cientos de veces. Siempre se encendía como un fuego que acababa de prenderse, pero su ira siempre se desvanecía tan rápido como se encendía.

Lisa era la celosa, decidió. La idea le hizo sonreír a pesar de la pelea que acababan de tener. Estaba celosa de Ana. Y, por supuesto, tenía buenas razones para estarlo.

Ana. Por una fracción de segundo creyó verla al otro lado de la pista de baile.

No, no podía ser. La apartó de su mente. Decidió acercarse a la mesa de refrescos y tomar una Coca-Cola, tal vez charlar un rato con algunos chicos y luego ir a disculparse con Lisa.

Estaba a mitad de camino a través del gimnasio cuando oyó el grito.

Era el grito de una chica. Un grito de terror. La música se detuvo. Todos lo oyeron. Cory lo supo enseguida.

¡Era el grito de Lisa!

capítulo 18

Cuando Cory llegó, ya había varios chicos en el oscuro pasillo. La única fuente de luz era una bombilla ámbar situada al fondo del pasillo. Los chicos eran sombras que se movían en la oscuridad mientras buscaban a la chica que había gritado.

—¡Aquí no hay nadie!, gritó alguien, con su voz resonando en las paredes de azulejos.

—Entonces, ¿quién ha gritado? —, preguntó otro.

Cory sabía quién había gritado. Pero ¿dónde estaba?

—¡Estoy aquí abajo! ¿Alguien puede ayudarme? —La voz de Lisa flotó desde la escalera.

De dos en dos, Cory fue el primero en bajar las escaleras.

—¿Qué está pasando?

—¿Quién es?

—¿Hay alguien ahí abajo?

Las voces rebotaban por los pasillos vacíos.

—Lisa, ¿estás bien? —preguntó Cory. Ella estaba sentada en el suelo al pie de las escaleras.

—No, creo que no.

Él la ayudó a ponerse de pie, pero ella no podía pararse sobre su pie derecho. Así que la volvió a tumbar en el suelo.

Varios niños estaban en la escalera ahora, mirándolos en la tenue luz. «¿Qué ha pasado?» «Es Lisa Blume.» «¿Está bien?» «¿Se ha caído?»

—Estoy bien—, les dijo Lisa. —Perdonad si os he asustado. Ya podéis volver al gimnasio. De verdad. Estaré bien.

Unos cuantos chicos se quedaron en los escalones. Algunos empezaron a silbar fuerte, viendo cómo sonaba en el eco de los pasillos. Finalmente, la música volvió a sonar en el gimnasio y todos volvieron a entrar.

—Es mi tobillo—, le dijo Lisa a Cory, haciendo una mueca de dolor al intentar ponerse de pie de nuevo. —Se me ha torcido. Pero creo que estoy bien. Sólo tengo que caminar, si es que puedo caminar. Vaya, he tenido suerte. Podría haberme matado. Estas escaleras son duras.

Dejó que apoyara su peso en él mientras probaba el tobillo.
—¿Te caíste? —, preguntó.

—No. Me empujaron.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Pero quién...

—¡Ay! —, gritó ella, y se apoyó con más fuerza en su

brazo. —¿Cómo iba a saberlo? Estaba tan oscuro. Pasaba por delante de la escalera. No vi a nadie. Pensé que estaba sola. Estaba tan tranquila aquí, era espeluznante. Sólo el sonido de los tambores vibrando desde el gimnasio. Creo que será mejor que me siente.

La llevó a medias hasta el último escalón, donde ella se dejó caer pesadamente, respirando con dificultad por el dolor.

—Vaya primera cita más memorable, ¿eh? —, preguntó ella.

Ambos rieron, más por la tensión que por su comentario.

—Bueno continuemos, —dijo Cory. —¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Supongo que alguien estuvo allí todo el tiempo. No oí pasos ni nada. Por supuesto, no estaba prestando mucha atención. Estaba concentrada en lo enfadada que estaba contigo.

—Muchas gracias—, dijo Cory sarcásticamente. —Sabía que esto tenía que ser culpa mía.

—Pues claro que lo es—, dijo ella, tirando de él hacia abajo a su lado y agarrándose a su brazo. —De repente dos manos me empujaron con fuerza por detrás. Vi a un tipo de pie mientras caía por las escaleras. Supongo que grité.

—¿Un tipo? ¿Qué tipo?

—Tenía un aspecto extraño. No podía ver muy bien en la oscuridad. Tenía los ojos llorosos y la cara hinchada. Y tenía un pendiente brillante en una oreja.

—¿Un pendiente?

A Cory se le cayó el corazón a las rodillas.

—¡Brad! —, gritó.

—¿Brad? ¿Quién es Brad? ¿Lo conoces?

—Es el hermano de Ana—, dijo Cory. —Está muy loco.

—¡Pero intentó matarme! —Lisa gritó, empezando a darse cuenta de lo cerca que había estado. —¿Por qué iba a intentar

matarme el hermano de Ana?

—Se me acaba de ocurrir algo—, dijo Cory, poniéndose en pie de un salto. —¿Se abrió la puerta después de que te cayeras por las escaleras?

—¿Qué quieres decir? —Lisa parecía confusa.

—¿Se abrió la puerta de fuera? ¿Salió corriendo el tipo del pendiente?

—No. No lo creo. No. Estoy segura. La puerta nunca se abrió.

—Bueno, mantienen todas las otras puertas cerradas por la noche—, dijo Cory con entusiasmo. —Sólo la puerta cerca del gimnasio está abierta para el baile. Eso significa…

—¿La persona que me empujó todavía está en el edificio?

—Así es. Vamos a echar un vistazo —. La levantó del escalón. —¿Puedes andar?

Ella apoyó el pie en el suelo y lo probó.

—Sí. Un poco mejor.

La ayudó a subir las escaleras.

—Buscaremos primero en el pasillo largo. Luego volveremos y registraremos el más corto—. Ahora susurraba.

Ella se apoyó ligeramente en él, permaneciendo cerca mientras caminaban. Sus zapatos chasqueaban contra el suelo duro, el único sonido en el largo y oscuro pasillo.

—Esto es una tontería—, susurró ella.

—Tal vez. Tal vez no—, le susurró Cory, con la mirada fija en el frente. —Shhhh. —Se detuvo y la retuvo. Había oído un ruido en el laboratorio de idiomas.

¿Había alguien escondido allí?

Se acercaron sigilosamente a la puerta de cristal, que estaba abierta hasta un tercio, y escucharon. Volvieron a oírlo. Un arrastre, como los pasos de alguien que corretea hacia un nuevo escondite.

Se quedaron escuchando junto a la puerta durante unos segundos.

—Hay alguien ahí—, susurró Cory. —Creo que estamos a punto de encontrar al tipo que te empujó.

Abrió la puerta por completo. Los dos entraron rápidamente en la gran habitación. Lisa palpó la pared hasta encontrar el interruptor y encendió las luces.

—¿Quién está aquí? —llamó Cory.

Otra vez el sonido.

Lo siguieron por la habitación. Una de las ventanas había quedado abierta unos centímetros. El sonido que habían estado oyendo era el de la persiana veneciana agitándose con el viento.

—Buen trabajo, Sherlock—, espetó Lisa, sacudiendo la cabeza. —Has pillado a la veneciana con las manos en la masa.

Cory no se rio

—Vamos. Sigamos buscando—, dijo, apagando las luces. —Si Brad sigue en el edificio, quiero encontrarlo.

Doblaron la esquina cerca del aula del señor Cardoza y siguieron caminando en silencio, Lisa apoyándose un poco más en Cory cuando su tobillo empezó a hincharse y a dolerle más. El pasillo se fue oscureciendo a medida que se alejaban de la luz.

Sonidos de arañazos. Ambos jadearon. Algo correteó delante de ellos, metiéndose en una de las aulas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Lisa.

—Deja de tirar tan fuerte de mi jersey. Me estás quitando toda la lana—, se quejó Cory.

—Pero ¿qué ha sido eso? —susurró Lisa en voz alta, agarrándole aún más fuerte del brazo.

—Una criatura de cuatro patas—, dijo él. —

Probablemente una rata.

—Oh—, dijo ella. —¿Crees que hay más?

—Probablemente.

Caminaron hasta el final del pasillo, pegados unos a otros, y luego regresaron, abriendo puertas y mirando en las oscuras y silenciosas habitaciones. Nada parecía igual. En la oscuridad, las aulas familiares parecían mucho más grandes. Se convirtieron en misteriosas cavernas llenas de sonidos chirriantes y sombras cambiantes.

—Cory, creo que será mejor que me lleves a casa—, susurró Lisa, sonando muy desanimada. —Mírame el tobillo. Es del tamaño de un melón. No creo que pueda caminar mucho más.

—¿Seguro que no quieres bailar un poco más? —Era la débil idea de broma de Cory. Ambos sabían que era débil, pero se rieron de todos modos.

Pero la risa se cortó cuando oyeron una voz que venía del aula de biología del Sr. Burnette. La voz de un hombre joven.

Muy tranquila. Pero sin duda una voz de hombre joven.

Lisa se apoyó en la fría pared de azulejos para apoyarse. Se arrastraron en silencio hasta la puerta, que estaba abierta sólo un resquicio.

Otro sonido. Una tos.

Alguien se escondía allí.

—¿Brad? —susurró Lisa, acercando la boca al oído de Cory.

—Pronto lo veremos—, le susurró Cory, con el corazón latiéndole con fuerza.

Abrió la puerta y entró. Encendió la luz.

Una chica gritó.

Estaba sentada en el regazo de un chico. Tenía la barbilla manchada de carmín.

Cory reconoció al chico: Gary Harwood, un estudiante de último año del equipo de lucha libre.

—Oye, Brooks, ¿qué crees que estás haciendo? —Gary ladró, entrecerrando los ojos por la luz repentina.

—Déjanos en paz—, dijo la chica, frunciendo el ceño, con el brazo todavía alrededor del enorme hombro de Gary. —¿No podemos tener un poco de intimidad?

—Sí. Piérdete—, dijo Gary amenazadoramente.

—Lo siento—, alcanzó a decir Cory. Apagó las luces con cuidado y salió de la habitación.

Lisa ya estaba en el pasillo, apoyada contra la pared, riendo y sacudiendo la cabeza. Cory estiró la mano y le tiró del pelo.

—No tiene gracia—, insistió.

La arrastró por el pasillo hasta la pequeña sala de música. Se reía tanto que las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—No te pongas chistosa conmigo—, dijo él, forzando una cara seria.

—Pero es chistoso—, dijo ella, secándose las mejillas con las manos abiertas. —Un chico del equipo de lucha. ¿Ese es con quien te metes? ¡Te va a asesinar! ¡Se rompe las nueces contra el cuello! —Empezó a reírse de nuevo.

—No es gracioso—, insistió Cory. —Vamos. Tenemos que seguir buscando. Si el tipo que te empujó sigue…

Se detuvo a mitad de la frase. Alguien había entrado en las sombras de la puerta. Primero Cory vio la manga de la chaqueta de piel negra mientras la figura oscura agarraba el pomo de la puerta. Luego vio la capucha levantada para proteger el rostro del hombre.

Lisa agarró el brazo de Cory.

—Es-es él—, susurró.

La capucha se deslizó hacia atrás cuando el hombre entró

en la habitación.

Era Brad.

capítulo 19

Brad retrocedió hacia la oscuridad. Pero ya le habían visto la cara.

Sorprendentemente, parecía más asustado que ellos.

Se dirigió hacia ellos, subiéndose la capucha de la sudadera por la cabeza como si pudiera esconderse en ella. Cory y Lisa retrocedieron hacia las altas ventanas. Lisa chocó contra un atril, haciéndolo caer al suelo. El fuerte golpe hizo que ambos gritaran, sobresaltados.

Brad se detuvo a medio camino de la habitación.

Sus ojos iban de un lado a otro. Parecía incapaz de decidir qué hacer a continuación. Murmuró algo en voz baja. Cory sólo pudo oír la última palabra: «Error».

Brad volvió a decirlo. De nuevo Cory sólo pudo oír «error».

¿Les estaba amenazando Brad? ¿Les estaba advirtiendo que no fueran a por él? No lo sabían. No podían oírle.

Brad se quedó mirándolos, con sus pequeños ojos negros abiertos por el pánico. Dentro de la sudadera, su frente estaba cubierta de grandes gotas de sudor. Tenía la cara roja.

De pronto se dio la vuelta y, sin decir una palabra más, huyó de la habitación. Cory se zafó del asustado agarre de Lisa y corrió tras él.

Pero Brad cerró la puerta con fuerza antes de que Cory pudiera llegar. Y entonces Cory y Lisa oyeron un fuerte golpe.

—¡Eh! —gritó Lisa.

Cory intentó abrir el pomo. Volvió a intentarlo. Otra vez. Intentó tirar. Luego empujó. Se volvió hacia ella, muy preocupado.

—No gira. Debe de haber empujado algo contra la puerta.

—¿Estás seguro? Quizá estás empujando cuando deberías estar tirando.

—¿Quieres probarlo? —espetó Cory.

—No. Supongo que te tomaré la palabra. ¿Era el hermano de Ana? —Se dejó caer en una silla plegable y se frotó suavemente el tobillo.

—Sí.

—¿Vamos a llamar a la policía cuando salgamos de aquí? Si es que salimos de aquí—, añadió, sólo para demostrar que aún podía ser su sarcástica habitual.

—No lo sé—, dijo Cory, intentando la puerta de nuevo sin éxito. —Creo que me gustaría hablar con Ana primero. Podría estar en peligro. Si enviamos a la policía tras Brad, no se sabe lo que podría hacerle a Ana.

—Salgamos de aquí, dijo Lisa cansada. —¿Qué podríamos hacer? Oh, ya sé. Llama a Harwood. Él y esa chica probablemente todavía se están besando al otro lado del

pasillo, ¿verdad?»

Cory se encogió de hombros. Apoyó la cara contra la puerta y gritó:

—¡Eh, Harwood, déjanos salir de aquí! ¡Harwood!

No hubo respuesta.

Lo intentó de nuevo, más fuerte. Aún sin respuesta.

—Oh, ¡qué estúpido! —dijo Lisa. —Deja de gritar. Nadie puede oírte. Esta es la sala de música. Todo está insonorizado.

Cory se quedó mirando el pomo de la puerta durante unos segundos. Luego se dio la vuelta, corrió hacia la ventana y subió las persianas metálicas. La habitación daba al aparcamiento de estudiantes. Era una noche clara. Las filas de coches reflejaban las brillantes luces de los postes del aparcamiento.

—¡Eh, mira! —gritó Cory.

Brad corría hacia un coche pequeño en el borde del aparcamiento. Cory lo vio subir al coche y alejarse a toda velocidad, con los neumáticos chirriando sobre el asfalto.

—Venga, vámonos de aquí—, dijo Cory. Desbloqueó una de las ventanas y la abrió del todo.

—Pero estamos a dos pisos de altura—, protestó Lisa.

Cory sacó la cabeza por la ventana y se asomó. Unos segundos después, volvió a meterla.

—No hay problema—, dijo sonriendo. —Soy gimnasta, ¿recuerdas?

—Uh-oh. No me gusta esa sonrisa. ¿Vas a actuar como Tarzán ahora?

—Sí—, dijo, rascándose y asintiendo con la cabeza como el chimpancé de Tarzán.

—Bueno, no me siento exactamente como Jane—, dijo Lisa, haciendo una mueca de dolor mientras trataba de poner peso en su tobillo.

—No hay problema. Volveré a por ti—, dijo Cory.

—¿Qué vas a hacer?

—Hay un saliente de tres pulgadas que pasa por debajo de las ventanas. Voy a caminar por la repisa hasta ese árbol, luego treparé a esa rama que se extiende y luego me deslizaré por el tronco.

—Quizá deberíamos quedarnos aquí hasta que abran la escuela el lunes por la mañana—, dijo Lisa.

—Gracias por los ánimos—, dijo Cory, mirando hacia el estrecho saliente de granito.

—Podríamos sentarnos, relajarnos y ver cómo se me hincha el tobillo—, sugirió Lisa, acercándose cojeando a la ventana, cogiendo la mano de Cory y apartándolo de la ventana.

—No hay problema—, le dijo Cory, apartándose. Levantó una pierna por encima de la ventana y empezó a asomarse a la repisa. —No hay problema. No hay problema. Podría hacerlo con los ojos vendados.

Lisa se apartó de la ventana, se dejó caer en una silla y apoyó el tobillo en el escritorio justo a su lado. No podía soportar mirar.

Cory tenía ahora los dos pies en la cornisa. Seguía agarrado a la parte inferior del marco de la ventana. Miró a su izquierda. Sólo tenía que moverse unos tres metros y llegaría al árbol.

Con cuidado, se dio la vuelta para quedar de cara a la ventana. Dio un paso de lado.

—¡Eh! ¡Está resbaladizo!

—¡Genial! —reclamó Lisa, frotándose el tobillo dolorido. —¡Vuelve aquí!

—No. Me largo de aquí—, dijo, pero no sonaba tan seguro como unos segundos antes.

Tuvo que soltarse del marco de la ventana para dar un segundo paso. Eso significaba que ahora estaba presionando contra ladrillo macizo.

Despacio, con cuidado, con las palmas de las manos apoyadas en la pared de ladrillo, dio otro paso lateral. Luego otro.

Para su consternación, la cornisa se estrechó de repente. Tuvo que ponerse de puntillas para mantenerse en ella. Pero ponerse de puntillas dificultaba el equilibrio.

Se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración todo el tiempo. Exhaló y respiró hondo. Giró la cabeza y miró al árbol por encima del hombro.

El árbol parecía estar más lejos que desde el interior del edificio. Y al acercarse, se dio cuenta de que la rama a la que pensaba subirse no estaba tan cerca de la cornisa como parecía en un principio. De hecho, estaba al menos a metro y medio, quizá más lejos.

Se estaba dando cuenta de que nunca podría alcanzar la rama cuando su pie derecho resbaló por la resbaladiza cornisa y empezó a caer.

capítulo 20

Utilizando sus reflejos de gimnasta, Cory levantó la mano cuando empezaba a caer y se agarró a la cornisa como si fuera una barra paralela.

Falló.

Sus manos se deslizaron fuera de la cornisa de piedra mojada y continuó cayendo, su cuerpo se deslizó hacia abajo contra la pared de ladrillo.

—Hey.

Sus pies chocaron contra un saliente del primer piso e instintivamente se lanzó hacia delante, cayendo por una ventana abierta. Aterrizó de rodillas sobre el suelo de madera.

Tardó una eternidad en recuperar el aliento. Luego se levantó lentamente de rodillas y echó un vistazo a la oscura habitación. La reconoció de inmediato. Se había caído en la carpintería.

—Tendré que dar las gracias a quien haya dejado la ventana abierta—, dijo en voz alta.

Se levantó, se estiró y probó su cuerpo. Parecía estar bien, salvo que aún tenía la sensación de que estaba cayéndose. Al

acordarse de Lisa, se apresuró a salir de la tienda y dirigirse al pasillo. Podía oír los ritmos de tambor de la música del gimnasio resonando por el pasillo embaldosado. Se dio la vuelta, subió los escalones de dos en dos y corrió hacia la sala de música. Vio que el escritorio del vigilante de sala se había atascado contra la puerta. Era pesado, pero lo apartó y abrió la puerta de la sala de música.

—Ha sido rápido—, dijo Lisa. Seguía desplomada en la silla con el tobillo apoyado en el escritorio.

—He tomado un atajo—, dijo él.

Media hora más tarde estaban sentados en el sofá bajo del salón. Lisa apoyó el tobillo hinchado en la mesita y se recostó cómodamente contra los cojines.

—Menuda aventura—, dijo Cory abatido. Estaba pensando en Brad. Y en Ana. Pobre Ana.

—Alguna primera cita—, dijo ella, con la mirada fija en su tobillo. —Lo siento mucho. Yo…

—No. Yo lo siento—, dijo.

Ella se inclinó hacia delante de repente y empezó a besarlo, un beso suave y tentativo.

Sonó el teléfono junto al sofá. Ambos se sobresaltaron.

Ella lo cogió rápidamente, apartándose el pelo de la cara con la mano libre.

—¿Diga?

Oyó una respiración al otro lado.

—¿Hola? ¿Hola?

—¿Quién es? —le preguntó Cory.

Ella se encogió de hombros.

—¿Hola?

Más respiración. Respiración áspera y rítmica. Quería sonar amenazadora.

—¿Por qué me haces esto? —Lisa gritó. El teléfono se

apagó.

Lisa colgó el auricular. Le temblaban las manos, pero parecía más enfadada que asustada.

—Esto tiene que acabar—, gritó.

Cory se acercó al sofá con la intención de consolarla. Pero ella se apartó de él.

—Tenemos que llamar a la policía—, dijo Lisa.

—Lo sé. Lo sé —asintió Cory—. Déjame hablar con Ana primero. Iré a verla a primera hora de la mañana.

—Pero Brad estará allí, ¿no?

—No me importa. No le tengo miedo a Brad. Iré a ver a Ana. Y haré que Ana me cuente lo que está pasando. Y le diré a Ana que no tenemos elección. Tenemos que denunciar a Brad a la policía.

—¡Ay! —Se dejó caer de nuevo en el sofá y empezó a frotarse el tobillo. —Hey, una cita. Realmente sé cómo hacer pasar un buen rato a un chico, ¿no?

—¡Al menos no fue aburrido! —, dijo, forzando una carcajada. Se levantó y se dirigió a la puerta. —¿Seguro que estarás bien?

—Sí. Claro. Llámame mañana después de hablar con ella, ¿me oyes?

—De acuerdo. No te preocupes.

—Buena suerte mañana.

—Gracias—, dijo. —La necesitaré.

capítulo 21

Giró el coche en la Calle del Terror, recorrió la larga manzana y esta vez subió por el camino de grava hasta la casa de los Corwin. Nunca había visto la casa a la luz del día. Parecía aún más destartalada con el sol brillando sobre las tejas descoloridas y los canalones caídos.

Sus padres se habían preguntado adónde iba tan temprano un domingo por la mañana. Él les había dicho que tenía un

entrenamiento especial con el equipo de gimnasia. No le gustaba mentirles, sobre todo cuando se trataba de una mentira tan débil. Pero no podía decirles que se dirigía a la Calle del Terror para averiguar por qué el hermano de una chica los aterrorizaba a Lisa y a él e intentaba matarlos.

Realmente no sabía qué haría si Brad abría la puerta. Había estado despierto casi toda la noche pensando en ello, pero no había sido capaz de idear un plan. Toda la noche había tratado de ordenar sus sentimientos hacia Ana. Estaba enfadado consigo mismo por haberse involucrado con ella y con su enfermo y loco hermano. Pero también sentía pena por ella. Y temía por ella. Y... y... seguía sintiéndose terriblemente atraído por ella, por su belleza pasada de moda, por su sensualidad burlona, por su... diferencia.

Todas estas semanas las había pasado pensando sólo en Ana. Y todavía, en ese mismo momento, ella era un completo misterio para él.

Bueno, ya no más.

Estaba a punto de desvelar el misterio. Todos los misterios. No iba a irse hasta que todas sus preguntas fueran respondidas.

Llamó con fuerza a la puerta.

No hubo respuesta. Esperó un rato.

Ignorando las palpitaciones de su pecho y el impulso de huir lo más lejos posible de aquella casa, levantó el puño y volvió a golpear.

Silencio.

Volvió a golpear, con más fuerza. Otra vez.

Esperó. No se oía nada dentro de la casa, no había señales de que hubiera alguien.

Más enfadado que decepcionado, Cory se dio la vuelta y volvió al coche.

—Buenos días.

Era el vecino extraño. Estaba apoyado en el capó del coche de Cory. Llevaba el mismo chubasquero y gorra de tenis blanca, aunque la mañana era soleada. Voltaire, el gran dóberman, estaba a su lado. Cory dio un respingo y se sintió aliviado al ver que el perro llevaba correa.

—No te veo mucho de día—, dijo el hombre, sonriendo a Cory, no exactamente una sonrisa amistosa, pero sí una expresión más agradable de la que Cory le había visto nunca.

—Supongo que no—, dijo Cory, caminando lentamente hacia el coche.

—No están en casa—, dijo el hombre, señalando la casa. —Se fueron temprano esta mañana.

—Oh—, dijo Cory. —¿Sabes adónde fueron?

El hombre pareció ofendido por la pregunta.

—No soy un fisgón—, dijo secamente.

—Parece saber mucho sobre ellos—, dijo Cory. El hombre le miró pensativo.

—Es inevitable fijarse en algunas cosas cuando se es vecino—, dijo finalmente. —Parece usted un joven muy correcto—. El cumplido sobresaltó a Cory.

—Gracias.

—Por eso no puedo entender que vengas a visitarlos—, dijo señalando. El perro ladró. —Vale, vale, Voltaire. —El hombre se levantó del coche de Cory. —Nos vemos—, dijo, saludando a Cory con la mano como si fueran viejos amigos, y se fue trotando para seguir el ritmo de su perro.

—No si yo te veo primero—, dijo Cory en voz baja. Ni el viejo ni su perro parecían tan amenazadores durante el día. Sólo un vecino fisgón que paseaba a su perro día y noche, tratando de ver qué podía aprender por el vecindario.

Bueno, Cory no había aprendido absolutamente nada.

Echó un último vistazo a la vieja casa y, abatido, volvió al coche. Se había pasado toda la noche dándole vueltas a lo que iba a decir. Y ahora no había nadie a quien decírselo.

Pasó la tarde intentando hacer algo de trabajo en casa. Llevaba un retraso terrible. Llamaba a casa de los Corwin cada media hora. No hubo nadie en todo el día ni en toda la noche.

A la mañana siguiente, nervioso y desorientado, se dirigió a la escuela temprano y esperó junto a la taquilla de Ana a que apareciera. Pero ella no había llegado cuando sonó el timbre, y él se fue a su clase, decepcionado de nuevo.

No la alcanzó hasta después de clase. Entonces se la encontró por casualidad fuera del laboratorio de biología.

Ella le miró por un momento como si no le reconociera. Luego su expresión cambió y le dedicó una cálida sonrisa.

—Cory. Hola.

—Tengo que hablar contigo.

—No puedo. Tengo que ir a casa y...

La agarró del brazo. No estaba seguro de por qué. No estaba seguro de lo que planeaba hacer. Sólo sabía que no iba a dejarla escapar.

—No. Tú vienes conmigo. Tengo que hablar contigo. Te llevaré a casa después.

Ella no se resistió. Pudo ver que hablaba en serio, que no aceptaría un no por respuesta.

La llevó a su coche en silencio, tirando de ella como si estuviera cautiva, sin soltarle la mano, como si pudiera escabullirse y desaparecer en el aire si él no la sujetaba. Condujo hasta el centro comercial de la Calle División. Ella jugaba con la radio, pulsando los botones en orden, escuchando una emisora durante diez segundos y luego pasando a la siguiente.

En el Pizza Oven, la guio hasta un reservado en la parte de atrás. Ella se sentó frente a él, sonriendo con inquietud, mientras sus ojos miraban nerviosos hacia la parte delantera del largo y estrecho restaurante. Estaba tranquilo. Sólo había unos pocos reservados estaban llenos. La mayoría de la gente de la noche aún no había llegado.

Una camarera se inclinó hacia ellos, explotando ruidosamente su chicle. Cory pidió dos Coca-Colas.

Luego se volvió hacia Ana y le cogió la mano.

—Dime la verdad sobre ti y sobre Brad—, le dijo, mirándola fijamente a los ojos azul oscuro, misteriosamente opacos. —Quiero saber qué está pasando. Todo.

Ella no le cuestionó. Parecía saber que esta vez no tenía elección. Y una vez que empezó a hablar, parecía ansiosa por contar la historia, desesperada por contársela a él, aliviada por tener por fin a alguien a quien contársela.

—Me mudé aquí el mes pasado con mi madre y Brad—, empezó, mirando a Cory, luego desviando la mirada hacia la ventana del restaurante y luego de nuevo a Cory. —Mi padre nos abandonó, desapareció hace varios años. Mi madre no está bien. Es muy frágil. Brad siempre ha sido el cabeza de familia.

» Hace aproximadamente un año—, continuó hablando rápidamente con su voz suave, —a Brad le ocurrió algo terrible. Estaba enamorado de una chica llamada Emily. Emily murió en un accidente de avión. Fue horrible. Y Brad nunca se recuperó del shock.

—¿Qué quieres decir? —Cory preguntó.

—Perdió el control de la realidad. No pudo soportar la muerte de Emily. Durante un tiempo imaginó que Emily seguía viva. Teníamos una hermana. Se llamaba Willa. Willa era un año mayor que yo. Se parecía a mí, pero era realmente

hermosa. Ella era la verdadera belleza de la familia.

» Tras la muerte de Emily, Brad se volvió muy protector con Willa y conmigo. Se volvió muy loco, muy confundido. Empezó a llamar a Willa por el nombre equivocado. Empezó a llamarla Emily. Poco después empezó a decirle a la gente que Willa estaba muerta, ¡incluso cuando ella estaba allí en la habitación!

» No sabíamos qué hacer con Brad. Estaba tan confundido. Intentamos que fuera al médico. Pero se negó.

—Aquí están las Coca-Colas. Pague ahora, por favor—, interrumpió la camarera.

Cory sacó la cartera y encontró dos billetes de un dólar. Ana arrancó el papel de la pajita y se bebió con avidez su Coca-Cola casi hasta el fondo sin tomar aliento.

—Sigue. Por favor—, le instó Cory.

—La historia no hace más que empeorar—, dijo ella. Una sola lágrima grande se formó en cada ojo. «Sus ojos parecen dos lagos azules», pensó Cory.

—Brad confundía a Willa con Emily. Decía que Willa estaba muerta. Entonces, un día horrible, ocurrió. Willa fue asesinada. Se cayó por las escaleras del sótano.

—Qué horrible...—Cory gimió en voz alta.

—Brad estaba en casa en ese momento. Dijo que fue un accidente. Willa llevaba ropa al sótano, resbaló y se cayó. Pero mamá y yo nunca le creímos. Sospechábamos que Brad había empujado a Willa.

» Primero le decía a la gente que Willa estaba muerta. Y luego... ¡realmente estaba muerta!

» Estábamos tan asustados. Estábamos aterrorizados de Brad, de lo que podría hacer a continuación. Pero no teníamos a nadie más que nos apoyara. Papá se fue cuando éramos pequeños. Se largó. Mamá estaba demasiado enferma para

trabajar y demasiado orgullosa para recibir asistencia social. No teníamos a nadie más que a Brad. ¿Qué podíamos hacer? Tuvimos que creer su historia de que la muerte de Willa fue un accidente.

—¿Entonces te mudaste a Shadyside? —preguntó Cory.

—No. Todavía no. Esto fue todavía la primavera pasada. Brad parecía mejor por un tiempo. Pero luego su mente se confundió de nuevo. Empezó a decirle a la gente que yo estaba muerta. Estaba tan asustada que no sabía qué hacer. ¿Sería Brad el siguiente en matarme? Estaba aterrorizada todos los días.

—No puedo creerlo. Simplemente no me lo creo—, dijo Cory, ofreciéndole su Coca-Cola ya que ella se había terminado la suya.

Ella tomó un largo sorbo.

—De alguna manera mamá sacó fuerzas para insistir en que nos mudáramos. Nos mudamos aquí, a Shadyside. Esperábamos que el nuevo entorno ayudara a Brad a salir de su shock, de su confusión. Pero no ha servido de nada. Sigue diciéndole a la gente que estoy muerta. Y al mismo tiempo es terriblemente sobreprotector. No me deja salir, ni tener citas, ni nada. Algunos días ni siquiera me deja ir al colegio.

—Así que eso lo explica—, dijo Cory, más para sí mismo que para ella. Los terribles detalles de su historia seguían dándole vueltas en la cabeza. «Esta pobre chica está viviendo una pesadilla», pensó. «Tengo que encontrar la manera de ayudarla. Tenemos que sacar a Brad de la casa. Pero entonces recordó algo».

—Oye, espera un minuto—, dijo.

—¿Qué? —Ella parecía temer lo que él iba a decir.

—Vi un recorte de periódico. De Melrose. Decía que habías muerto. Tenía una foto y todo.

—Oh. —Se sonrojó. Sus manos agarraron el borde de la mesa de formica. Se lo estaba pensando mucho. No parecía tener una respuesta. —Ah, sí. Ahora recuerdo lo del periódico—, dijo, recuperando su color normal. —Supongo que lo bloqueé. ¿No es horrible? ¿Te imaginas ver tu propia esquela en el periódico? Brad decía que el periódico se había equivocado. Pero creo que Brad no podía afrontar la muerte de Willa y por eso les dijo que había sido yo.

Cory sacudió la cabeza con incredulidad.

—Cory, estoy tan asustada todo el tiempo—, dijo Ana, cogiéndole la mano con la suya. —No sé qué pensar. ¿Me confunde Brad con Emily? ¿Me confunde con Willa? Como le dice a la gente que estoy muerta, ¿significa que planea matarme a mí también? Estoy muy asustada, especialmente ahora que mi madre está visitando a su hermana... Brad y yo estamos solos...

Cory se limitó a mirarla fijamente, a las suaves lágrimas que se formaban en el borde de sus hermosos ojos, a su cabello dorado. No sabía qué decir. Era una historia tan triste y aterradora.

De repente, ella se inclinó sobre la mesa y le acercó la cara. Empezó a besarle, primero suavemente y luego con más fuerza.

Luego, de repente, se detuvo y se apartó.

Su rostro se llenó de horror.

Cory se dio la vuelta para ver qué estaba mirando. Brad estaba fuera de la ventana, con la cara pegada al cristal y una expresión de furia en el rostro.

—Tengo que irme—, dijo Ana, con la cara llena de pánico.

Se levantó de un salto y desapareció por la puerta trasera del restaurante.

Cory se volvió hacia el frente. Brad no se había movido de

la ventana. Miraba fijamente a Cory, con la cara congelada por el odio y la rabia.

capítulo 22

Intentó llamar a Lisa en cuanto llegó a casa, pero estaba fuera con su familia. Después de cenar, intentó llamar a Ana. El teléfono sonó y sonó. Dejó que sonara veinte veces. Contó los timbres.

Luego, la cabeza le daba vueltas con imágenes aterradoras, imágenes de la cara furiosa de Brad, imágenes del

terror de Ana, imágenes de Ana cayendo por las interminables escaleras del sótano, y colgó.

Lo intentó cinco minutos más tarde, y cinco minutos después, dejando que el teléfono sonara veinte veces en cada llamada, pero con los mismos resultados.

«¿Y si le hubiera pasado algo? ¿Y si Brad, furioso por verlos juntos en el restaurante, le había hecho algo?»

No. No podía permitirse pensar eso.

Pero tenía que hacerlo. Brad ya había matado una vez. O eso creía Ana. ¿Quién iba a decir que no podría volver a matar?

De pie, con la cara roja pegada a la ventana del restaurante, los ojos desorbitados y la boca torcida por la furia, Brad tenía sin duda el aspecto de alguien capaz de matar.

Cory cogió el teléfono e, ignorando el temblor de su mano, volvió a marcar la casa de los Corwin. Alguien contestó al sexto timbrazo.

—¿Sí?

Cory reconoció la voz áspera.

—¿Brad? Sé que Ana está allí. Ponla al teléfono.

—Ana no está en ningún lado. Ana está muerta.

El teléfono se apagó. Brad le había colgado. ¿Qué quería decir Brad? ¿Estaba Ana realmente muerta? ¿La había matado Brad?

No. Esto era sólo otra de las fantasías enfermas y retorcidas de Brad.

¿O no?

Cory se dio cuenta de que no tenía elección. Se puso la chaqueta, bajó corriendo las escaleras de dos en dos y cogió las llaves del coche de la mesa de la entrada.

—Eh, ¿adónde vas? —, llamó su madre.

Murmuró una respuesta. No estaba seguro de lo que había

dicho. Cerró la puerta principal tras de sí y, unos segundos más tarde, conducía a ciegas a través de una niebla espesa y húmeda, con el rostro de Ana como único punto de referencia, conduciendo de nuevo hacia la Calle del Terror.

—Ana, vive—, se dijo a sí mismo. —Por favor, vive, vive, vive—. Los limpiaparabrisas, limpiando la niebla húmeda del cristal, marcaron el ritmo de sus palabras: «Vive, vive, vive...».

El trayecto parecía durar horas. Finalmente, subió por el largo camino de grava hasta la casa de los Corwin y se detuvo. Sin apagar el motor ni las luces, abrió de golpe la puerta del coche y corrió hacia el porche.

Se detuvo ante la puerta principal, levantó la mano, llamó y oyó un fuerte grito.

Un grito de rabia, de furia.

—¡Ha venido a por mí! ¡Suéltame!

«Está viva», pensó.

Y sin dudarlo, empujó la pesada puerta de madera de la entrada e irrumpió en la casa. Se encontró en una entrada oscura y estrecha con un pequeño armario para abrigos a lo largo de la pared. Aspiró un fuerte olor a naftalina. Más allá de la entrada estaba el salón, iluminado únicamente por un pequeño fuego vacilante en la chimenea.

—¡Suéltame! —, oyó gritar a Ana. —¡Ha venido a verme! A mí.

Con el corazón palpitante, Cory corrió al salón. Allí, en el suelo, frente a la chimenea, Ana y Brad parecían enzarzados en una lucha desesperada. Ella estaba sentada sobre el pecho de él, luchando por quitarle los brazos de la cintura para poder levantarse. Consiguió inmovilizarle, pero Brad levantó una mano y la empujó bajo la barbilla hasta que ella echó la cabeza hacia atrás. Luego se apartó rápidamente de ella y le dio un

fuerte empujón que la lanzó hacia el fuego. Con un fuerte gemido se puso en pie, preparado para atacar de nuevo.

Cory cruzó la habitación con los brazos extendidos, dispuesto a ayudar a Ana como fuera. Al oír acercarse a Cory, Brad se dio la vuelta, sobresaltado. Pero se giró demasiado tarde. Cory saltó sobre su espalda. Cory clavó un puño en el costado de Brad, y ambos cayeron al suelo y empezaron a forcejear para conseguir ventaja.

—¡Cory! ¡Estás aquí! —gritó Ana, recuperándose y alejándose del fuego.

Brad giró, tratando de asestar un puñetazo en la sección media de Cory. Pero Cory se escabulló y el puñetazo salió disparado.

—¡Fuera de aquí! —Brad gritó, la saliva goteando por la barbilla, sus pequeños ojos desorbitados de rabia. —¡No sabes lo que estás haciendo! No quieres estar aquí.

—¡Demasiado tarde! —Cory gritó. Bajó la cabeza y la clavó en el pecho de Brad. Brad gritó y se tambaleó hacia atrás.

—¡Ayúdame, Cory! Por favor, ¡ayúdame! —Ana gritaba desde la esquina de la habitación. Se tapaba los oídos con las manos, como si intentara acallar un sonido ensordecedor.

Pero Cory y Brad se peleaban en silencio.

Brad era blando y no muy poderoso, pero era más grande que Cory y parecía tener más experiencia en la lucha. Hizo girar a Cory y lo empujó con fuerza contra la pared.

Aturdido, Cory se puso a cuatro patas e intentó sacudírselo de encima. Pero Brad saltó rápidamente sobre su espalda y empezó a tirarle de la cabeza hacia atrás.

—¡Mi cuello! ¡Me vas a romper el cuello! —gritó Cory.

Pero sus gritos hicieron que Brad tirara aún más fuerte.

—Ayúdame, Cory. Ayúdame—. Ana seguía gritando,

encajándose con fuerza en la esquina de la habitación asustada por la situación.

Sin dejar de tirar de la cabeza de Cory hacia atrás, Brad la puso en pie. Cory luchaba por respirar. Se dio cuenta de que estaba a punto de desmayarse, a punto de perder el conocimiento. El dolor le impedía moverse y pensar.

De algún modo, cogió un jarrón de la mesa que había junto al sofá. Pesaba mucho y casi se le resbaló de las manos. Pero con un último golpe de rabia lo derribó con fuerza sobre la cabeza de Brad.

Los ojos de Brad se cerraron con fuerza por el dolor. Lanzó un pequeño grito que se desvaneció al caer al suelo. Cory, jadeante, dio un paso atrás, intentando prepararse para la siguiente embestida de Brad. Pero no llegó. Brad cayó pesadamente al suelo y no se movió. Estaba inconsciente.

Antes de que Cory pudiera recuperar el equilibrio, Ana estaba en sus brazos. Lo rodeó con los brazos, casi derribándolo, y apretó la cara contra la suya.

—Gracias—, susurró. —Gracias, gracias. Sabía que vendrías. Lo sabía.

El corazón de Cory latía tan fuerte que parecía a punto de estallar. Su pecho se agitaba mientras luchaba por recuperar el aliento. Le dolían los músculos por el esfuerzo de la pelea y empezó a sentir náuseas.

—Sabía que vendrías. Lo sabía—, repitió Ana, apretándose contra él.

—Tenemos que llamar a la policía—, dijo Cory, tratando de zafarse de su agarre, tratando de calmarse, de ralentizar la respiración.

—Gracias por salvarme. Gracias—. Su aliento estaba caliente contra su mejilla.

Miró a Brad, todavía inconsciente sobre la alfombra.

—Ana, por favor. Tenemos que movernos rápido. Brad no estará inconsciente mucho tiempo—, suplicó Cory. No estaba seguro de que Ana le oyera. —Tenemos que sacarte de aquí. Tenemos que asegurarnos de que estás a salvo de él, tenemos que escapar de este horrible sitio.

—Sí—, susurró ella. —Sí. —Le cogió las manos y empezó a tirar de él hacia la escalera del vestíbulo. —Ven conmigo, Cory. Ahora estamos solos. No puede molestarnos—. Le besó la mejilla, la frente. Le lanzó una mirada diabólica. —Ven a mi habitación, Cory. Ahora no puede molestarnos.

—No, Ana, por favor. Tenemos que llamar a la policía—, insistió él. Sus ojos eran salvajes, irreales, como grandes botones azules. Su cara parecía brillar de excitación. —Ana-Brad se despertará pronto. No podemos...

Ella tiró de él escaleras arriba, chirriantes y desiguales.

—Tenemos que celebrarlo, Cory. Tú y yo. Ven. —Una sonrisa sexy y tentadora se dibujó en su cara. Sus ojos se abrieron aún más, aún más opacos.

Cory cedió. Se dio cuenta de que no podía resistirse a ella. Empezó a seguirla escaleras arriba.

—Quiero enseñarte algo, Cory—, dijo cuando llegaron al rellano.

—¿Qué? ¿Qué es, Ana?

—Esto—, dijo ella. La sonrisa desapareció instantáneamente de su rostro. Sus ojos se entrecerraron. Se acercó a una mesa baja del estrecho pasillo y cogió algo con la mano.

¿Qué era?

A Cory le costó distinguirlo en el pasillo poco iluminado.

Lo levantó. Era un abrecartas de plata con forma de daga, afilado como una daga, también, por lo que parecía.

—Ana—Cory sintió que el terror se le agolpaba en el pecho.

—Esto se encargará de Brad—, dijo ella. Lo lanzó por el aire, un golpe de práctica.

—¡No! —Cory gritó. —No te dejaré.

—No dejaré que nadie se interponga en mi camino—, dijo ella. —Ni siquiera tú.

Levantó el abrecartas por encima de su cabeza. Se acercó a él, blandiéndolo como un cuchillo. A la luz de las sombras, su rostro se volvió duro, aterrador, feo por el odio, una cara irreconocible en ella antes.

—¡Suelta eso! —, gritó él, retrocediendo, confuso, sin estar seguro de que esto estuviera ocurriendo realmente. ¿No acababa de salvarla? ¿No estaba ella en sus brazos dándole las gracias, invitándole a subir a su habitación? —Ana, ¿qué estás haciendo? Detente. Tenemos que llamar a la policía.

Sus ojos eran claros y fríos. Ella no respondió, no pareció oírle. Giró rápidamente el abrecartas, intentando apuñalarle en el pecho.

Cory saltó hacia atrás. La hoja no le alcanzó por menos de un centímetro.

Ella se lanzó hacia delante, levantando de nuevo la hoja, preparando otro ataque. Él retrocedió, levantando las manos para repelerla.

—Ana, ¿qué estás haciendo? Ana, por favor, escúchame.

Se dio cuenta de que estaba de espaldas a una ventana abierta. Ya no tenía espacio para moverse, no tenía escapatoria.

Se movió rápidamente hacia delante, blandiendo la hoja plateada frente a ella.

Él intentó retroceder, esquivarla.

Ella se abalanzó sobre él.

Él intentó saltar, perdió el equilibrio y cayó de espaldas por la ventana abierta.

capítulo
23

Fue como si ocurriera a cámara lenta. Primero sintió que sus pies abandonaban el suelo. Luego vio el cielo negro y sintió el impacto del aire frío de la noche en la cara.

Entonces supo que estaba cayendo, cayendo hacia atrás, cayendo de cabeza.

Instintivamente, sus piernas se doblaron. Se agarró al alféizar de la ventana. Después de todo, era gimnasta, se dijo. Tenía habilidades. Sólo tenía que usarlas.

Tenía que usarlas. O morir.

Las rodillas golpearon el alféizar. Apretó las piernas con fuerza y se agarró. Luego se balanceó hacia arriba, utilizando los fuertes músculos del estómago que había desarrollado con años de práctica. Se balanceó hasta que tuvo la cabeza erguida y se deslizó con facilidad hacia el pasillo. Ana no se había

movido. Estaba de pie en el pasillo, con el abrecartas delante y la mirada perdida en la ventana.

Cory dio una voltereta hacia delante por el pasillo y le quitó el abrecartas de la mano de una patada.

Ella chilló y pareció salir de su asombro. Cayó de pie y la miró fijamente. Su rostro, que había estado inexpresivo mientras miraba la ventana, se llenó de ira. Con un grito desesperado, un grito de ataque de animal salvaje, se abalanzó sobre él.

Esquivando a un lado, la agarró cuando pasaba a su lado. La hizo girar y le tiró de los brazos a la espalda.

—Suéltame. Suéltame—, gritó. Pero era ligera y débil, no era rival para él.

La sujetó firmemente por la espalda y empezó a avanzar, empujándola hacia las escaleras. Ella luchó con todas sus fuerzas, chillando y maldiciéndole.

Empezó a tirar de ella escaleras abajo cuando oyó un ruido. Al mirar hacia abajo, vio con horror que Brad había revivido.

Brad subía las escaleras tras él. Cory estaba atrapado.

capítulo 24

—Aléjate, Brad. ¡Aléjate! —Cory se oyó gritar.

No tenía sentido. ¿Por qué iba a alejarse Brad?

—Te lo advertí—, dijo Brad cansado. Estaba a mitad de la escalera.

Ana forcejeó para liberarse, pero Cory la sujetó con fuerza. Volvió a mirar hacia la ventana abierta. Por un momento pensó en dejar caer a Ana o tirársela a Brad, y luego saltar por la ventana.

—Intenté asustarte—, dijo Brad, subiendo hacia él despacio, deliberadamente. —Traté de asustarte, de evitar que te involucraras con ella.

—¡Vete, Brad! —gritó Ana.

Brad se acercó un paso más. Ana forcejeó. Cory apretó su agarre.

—Sólo quería mantenerte a salvo de ella—, dijo Brad.

—¡Cállate, Brad! ¡Te mataré a ti también! —chilló Ana. Con un arrebato de fuerza se zafó del agarre de Cory. Se lanzó a por el abrecartas. Pero Cory volvió a agarrarla y tiró de ella hacia atrás.

Brad se sentó en el último escalón y se frotó la nuca. De repente, Cory se dio cuenta de que Brad no tenía intención de luchar contra él.

—¿Quieres saber toda la historia? —Brad preguntó a Cory. —No te va a gustar.

—¡Cállate, Brad! ¡Cállate! —gritó Ana.

—Te he estado diciendo la verdad. Ana está muerta.

—¡Cállate, cállate, cállate!

—Ella no es Ana. Ella es Willa. Es la hermana de Ana. —Cory estaba tan atónito que casi la suelta.

—Cuando Ana se cayó por las escaleras y murió, mamá y yo sospechamos que no fue un accidente, que Willa la empujó—, dijo Brad, frotándose el chichón de la cabeza. —Siempre estuvo locamente celosa de Ana. Ana lo tenía todo. Ana era guapa. Tenía un millón de amigos. Sacaba sobresalientes sin tener que estudiar mucho. Willa no podía competir de ninguna manera, y Ana nunca la dejó olvidarlo.

—Cállate, Brad. Lo digo en serio...

—Pero no pude probar que Willa había matado a Ana. Y mamá no está bien. Sabía que no podría sobrevivir a perder a sus dos hijas. Así que nunca hice nada con respecto a Willa.

» Después del supuesto accidente de Ana, Willa parecía estar bien—, continuó Brad, con voz suave y temblorosa, tan suave que Cory tuvo que esforzarse para oír. —Pero la vigilé de cerca. Nos mudamos aquí. Esperaba que el nuevo entorno nos ayudara a olvidar la tragedia de perder a Ana. Era algo estúpido de esperar.

—Cállate, Brad. Eres un estúpido. Siempre has sido

estúpido—. Willa chilló, todavía luchando por liberarse del agarre de Cory.

—Como dije, Willa en realidad parecía estar bien una vez que nos mudamos aquí—, le dijo Brad a Cory, ignorando el arrebato de su hermana. —Al menos, actuaba con total normalidad en casa. Pero cuando empezaste a venir, preguntando por Ana, empecé a sospechar lo que Willa estaba haciendo. Me di cuenta de que empezó a vestirse como Ana. Y a hablar como ella. Traté de ahuyentarte, Cory. Hice todo lo posible para que no te involucraras con ella. Averigüé que se hacía llamar Ana en la escuela, que intentaba colarse en la identidad de Ana.

—¡Te voy a matar! —chilló Willa, con los ojos clavados en el abrecartas.

—Sabía que debería haberle buscado ayuda profesional a Willa—, dijo Brad con tristeza. —Pero no podíamos permitírnoslo. Fui un tonto. Debería haber hecho algo por Willa. Cualquier cosa.

—¡Te voy a matar a ti también! —Willa gritó. —¡Voy a mataros a los dos!

—Sé que te ha estado llamando por teléfono a ti y a esa chica que es tu amiga. Sé que ha estado haciendo todo tipo de amenazas, incitándote, forzándote a reunirte con ella, atrayéndote a su red. Supongo que no puede evitarlo.

—Espera un minuto—, dijo Cory. —Tengo un pequeño problema con tu historia, Brad. ¿Qué pasa con la otra noche en el baile? No fue Ana, quiero decir, Willa, quien empujó a Lisa por las escaleras. Fuiste tú.

—Te dije que fue un error, —dijo Brad acaloradamente. —Te dije en la sala de música que todo fue un error. Seguí a Willa al baile. Me imaginé que iba allí a causarte problemas. Quería detenerla. La esperé en el vestíbulo. Estaba oscuro. No

podía ver casi nada. Pensé que era Willa la que se apresuraba a pasar a mi lado. La agarré. No quería empujarla, pero se cayó. Cuando la vi bien, me di cuenta de que me había equivocado de chica. La miré para asegurarme de que no estaba malherida. Entonces entré en pánico y me escondí. No sabía qué hacer. Me sentí fatal. Sólo intentaba protegerte de Willa.

—Ana fue al baile, no Willa. ¡Willa está muerta! —Willa irrumpió. —Deja de llamarme Willa. No soy Willa. Soy Ana. ¡Soy Ana! ¡Soy Ana! —Empezó a gritar con todas sus fuerzas.

Brad se levantó y extendió los brazos. Cory le entregó a Willa. Ella se desplomó contra Brad, extasiada.

—Llama a la policía—, le dijo Brad a Cory. —Tenemos que conseguirle ayuda.

capítulo 25

—¡Cory, te has comido media tarta de chocolate!

—No te preocupes. Te guardaré un trozo—. Se cortó otro trozo grande y se lo puso en el plato. Estaba hambriento desde que salió de casa de los Corwin.

Lisa se sentó a su lado en el sofá de cuero del estudio y lo miró comer.

—¿Así que ésa es toda la historia? —, le preguntó.

Él tragó un bocado de glaseado.

—Sí. Eso es todo—, dijo él, que de repente ya no tenía hambre.

—Y tenía razón. Lo del gato muerto y las llamadas... todo era Ana

—No. Todo Willa—, la corrigió. —Pero sí. Tenías razón—. Frunció el ceño y dejó el plato sobre la mesita. —Otra historia de terror de la gente de la Calle del Terror—, dijo con amargura. Se sentía inestable, tembloroso, como si fuera a ponerse a gritar o a llorar. Se quedó mirando la pared,

tratando de recobrar la compostura. Experimentaba tantos sentimientos a la vez que no podía ordenarlos.

Ella le puso una mano suavemente en el hombro.

—Cuando se trata de novias, sí que sabes elegirlas—, dijo.

—Sí. Quizá a partir de ahora debería dejar que tú las eligieras por mí —él suspiró.

Ella le llevó la mano a la cara. Le frotó tiernamente la mejilla con el dorso de la mano.

—Tal vez debería—, dijo en voz baja.

—¿Tienes a alguien en mente? —él se volvió y la miró.

Sus caras estaban a centímetros de distancia. Ella se adelantó para rellenar los centímetros. Lo besó, un beso largo, un beso dulce.

—Tal vez...—, dijo

SOBRE EL AUTOR

R. L. STINE es autor de más de 70 libros de humor, aventuras y misterio para jóvenes lectores. En los últimos años, se ha concentrado en novelas de suspense como ésta.

Durante diez años fue editor de *Bananas*, una revista nacional de humor para jóvenes. Además de escribir para revistas y libros, actualmente es Guionista Jefe del programa infantil de televisión “El castillo de Eureka”.

Vive en Nueva York con su esposa Jane y su hijo Matthew.

LAS PESADILLAS
NUNCA TERMINAN...
CUANDO VISITAS

LA CALLE DEL TERROR

LA PRÓXIMA: *LA FIESTA SORPRESA*

Lo único que Meg quería era organizar una fiesta sorpresa para su vieja amiga Ellen. Pero alguien tenía otros planes. Alguien estaba decidido a impedir la fiesta a cualquier precio.

Ahora la vida de Meg está en peligro, y la sorpresa de la fiesta es... ¡un asesinato!



BIENVENIDO A LA CALLE DEL TERROR

No escuches las historias que cuentan sobre la Calle del Terror. ¿No preferirías explorarla tú mismo... y comprobar si sus oscuros terrores e inexplicables misterios son ciertos? No tienes miedo, ¿verdad?

Muriendo por un Beso

Ella es pálida como un fantasma, rubia y extremadamente hermosa, y parece quererlo tanto como él a ella. Cory Brooks anhela los besos de Ana Corwin, se ahoga en sus ojos azules claros. No puede quitársela de la cabeza. Y los problemas no han hecho más que empezar: la gimnasta estrella de Shadyside High está perdiendo el sueño, faltando a los entrenamientos y actuando de forma extraña. Todos los chicos se han dado cuenta, pero sólo Lisa, la amiga de Cory, sabe la verdad: Ana Corwin está muerta y vive en la Calle del Terror. Ahora Cory debe explorar su amenazadora oscuridad para descubrir la verdad. Ya se lo han advertido: ¡ven a la Calle del Terror y estás muerto!